

El último set

Jordi Sierra i Fabra

G r a n A n g u l a r

se

Virginia acaba de ganar el torneo Roland Garros y busca refugio en el pueblecito donde vive su abuela. La euforia del triunfo ha dado paso al miedo al futuro que le preparan su padre y su entrenador, un futuro de lucha constante por el éxito y expuesto a las miradas de todos.



Jordi Sierra i Fabra

El último set

Gran angular - 114

ePub r1.0

Titivillus 23.04.2020

A Conchita Martínez
A Arantxa Sánchez Vicario
A Tracy Austin
Y a todas las demás

Prólogo

Match ball

En la pista central de Roland Garros, el murmullo, que no acababa de extinguirse, obligó al juez árbitro del partido a rogar:

—Silencio, por favor.

Arriba, en la cabina de los comentaristas, el locutor de Radiotelevisión Española comentó en voz muy baja:

—Cinco-cinco en este crucial *tie break*. Atención, porque con el servicio a su favor, Virginia puede colocarse a un paso de apuntarse este segundo set, el partido y la gloria.

Los ojos de los presentes y de los de millones de personas en todo el mundo, fijos en la pequeña pantalla, se quedaron prendidos de la figura de la muchacha que en aquel momento se disponía a efectuar el servicio. Alta, atlética, esbelta, con el cabello muy largo recogido en la nuca, la cámara pudo captar el detalle de sus ojos llenos de determinación, absolutamente concentrados. Primero miró su raqueta, como si de ella dependiera todo. Después, la bola, como para pedirle cuanto deseaba; y, finalmente, a su rival, la estadounidense Kathy Bond, que esperaba, también en postura de total concentración, en el fondo de la pista, haciendo girar el mango de la raqueta entre las manos, mientras se movía, a derecha e izquierda, cerca de la línea, siempre sobre el mismo eje diagonal para devolver el servicio.

Se hizo el silencio.

Virginia tensó todos los músculos de su cuerpo; su mano izquierda lanzó la bola a algo más de un metro por encima de su cabeza; la derecha se abatió inmediatamente, describiendo un arco, después de haber conseguido con su brazo la máxima altura e impactó la bola. Ésta se convirtió en un proyectil lanzado a muchos kilómetros por hora, buscando un punto preciso en el campo de la jugadora rival.

Lo encontró.

—¡Ace! —gritó el locutor—. ¡Ace de Virginia Paz! ¡Lo ha logrado! ¡Pelota de set y de partido! ¡*Match ball!*

La ovación en las gradas le obligaba a levantar cada vez más el tono de voz. Se adivinaban en él, eco de miles de personas, la emoción y la tensión del momento decisivo que resumió en unas pocas palabras:

—Lo que parecía imposible en octavos, en cuartos y en semifinal está punto de ser realidad. Con todo en contra, batiendo siempre a rivales colocadas en los primeros puestos de la ATP, Virginia Paz, cabeza de serie número quince, jugando como nunca lo ha hecho, y frente a la número uno del mundo, la americana Kathy Bond, ha vuelto a recordarnos su prodigioso servicio para lograr un ace y, con él, un punto trascendental. Nadie apostaba por ella. Era tan sólo la revelación del torneo. Ahora está a un paso de coronarse soberana absoluta. Atención, pues, a este punto. Kathy Bond al servicio.

En la pista, la norteamericana repitió casi los mismos gestos que su rival en el punto anterior. La única diferencia fueron sus ojos, fríos, duros, desconcertados, como si una rabia devastadora se hubiese apoderado de ellos. Quería conseguir su séptimo torneo consecutivo del *Grand Slam*.

Necesitaba igualar a seis en el *tie break*, conseguir una ventaja, lograr el set y el empate a uno, y en la tercera y decisiva manga... aplastar a la única que no sólo se había atrevido a ganarle un set hasta el momento en Roland Garros, sino también la primera que en los últimos dos años la tenía contra las cuerdas.

La bola subió. La raqueta la golpeó. Los músculos de las dos jugadoras saltaron como impulsados por un resorte; la que había ejecutado el servicio, lista para subir a la red y rematar la posible devolución; la jugadora que restaba, al contrataque.

Pareció una bola mortal, un nuevo ace. Virginia Paz, en el ángulo mismo de la pista y en una fracción de segundo, calibró la potencia, la dirección de la pelota, y por el rabillo del ojo vio el movimiento de Kathy Bond. Y su revés se convirtió en un *pashing shot* ajustado que superó a la norteamericana por su lado izquierdo. Las dos jugadoras siguieron el vuelo de la bola. Algunos espectadores gritaron antes de tiempo. Parecía que iba fuera.

Pero sólo fue un efecto.

La bola dio en el mismo ángulo.

Esta vez, la explosión respondía a una gozosa realidad para una de las jugadoras.

—¡Entró! ¡Entró! —la voz del locutor se rompió en una emoción largamente contenida. No se preocupó de recuperar el tono profesional. ¿A quién le importaba ahora eso? Mientras el público francés se ponía en pie y Virginia, de rodillas en el suelo, besaba su raqueta llorando, volvió a reunir fuerzas para gritar—: ¡Virginia Paz, la niña de Vallirana, la promesa del tenis español, dispuesta a seguir los pasos de Arantxa Sánchez Vicario y de Conchita Martínez, acaba de conseguir vencer en el más prestigioso torneo de tenis del mundo en tierra batida: Roland Garros! ¡Es su primer torneo del *Grand Slam*, su consagración, el inicio de una carrera gloriosa! ¡Seis-cuatro en el primer set; seis-seis en el segundo. Y en el *tie break*, este decisivo siete-seis que acaba de convertirla en campeona!

La ovación se mantenía en todo lo alto. Y allí mismo, en aquella pista central, casi podía sentirse la descarga de la tensión final, tras el golpe ganador, de los millones de telespectadores españoles.

La única persona que en aquel momento estaba inmóvil era ella. Virginia.

Continuaba arrodillada, abrazada a su raqueta, como si ésta fuese su amiga inseparable, cerca de donde, unos segundos antes, hubiese conseguido ejecutar el golpe de raqueta más importante de su vida.

Seguía llorando.

Hasta que, de pronto, elevó el rostro al cielo y lanzó un grito.

Luego, su soledad victoriosa se vio barrida por el huracán de la gloria y el éxito.

Primer Set

Primer juego

15-0

CUANDO su abuela le abrió la puerta, ella ya había depositado las maletas en el suelo para lanzarse a sus brazos. El taxi se alejaba por el camino enlosado del jardín en dirección a la puerta de la verja. Nieta y abuela se abandonaron al sentimiento del reencuentro, dejando que las lágrimas fueran el único lenguaje de unión entre ellas a lo largo de los primeros segundos.

—Pequeña —consiguió decir al fin la abuela—, el sábado casi me da un infarto.

—¿Sabes? Cuando vi que aquel último golpe entraba, pensé en ti, abuela, sólo en ti, y por ti di aquel grito, aunque eso no se lo haya dicho a nadie.

—Vamos, será mejor que entres.

Virginia cogió sus dos maletas y la bolsa con las raquetas. Entró en la vieja y señorial villa rodeada de bosques y montañas y supo que, de alguna forma, lo acababa de conseguir.

Estaba a salvo.

Al otro lado del mundo.

—¡Dios mío! —suspiró—. ¡Cada vez que entro aquí, siento...! No sé, como un nudo en el estómago. Los olores, la paz...

—Y a tu abuelo saliendo del despacho para levantarte en brazos, ¿no?

Las dos miraron en la misma dirección, pero la puerta no se abrió. El abuelo ya no estaba allí. La sensación de que ya nada era igual se acrecentó.

La abuela fue la primera en recuperarse.

—Vamos, ven, cuéntame. Deja ahí las maletas. Ya las subiremos después a tu habitación y te instalarás. Ayer me contaste muy poco

por teléfono. ¿Qué sucede?

La empujó con suavidad, pasando un brazo lleno de ternura por encima de sus hombros, y la obligó a sentarse en un gran sofá de la sala principal. El rostro de Virginia se ensombreció.

—En realidad..., creo que ni yo misma lo sé —reconoció.

—Puede que yo sí lo sepa —le aseguró su abuela—; por lo menos, conociendo a tu padre y todo lo que te envuelve: la presión, la resaca de Roland Garros... ¡Desde el sábado pasado no se habla de otra cosa!

—Necesitaba escapar de todo, ¿me comprendes? Todavía no sé si he hecho bien o mal, pero de pronto... ¡Oh, abuela!

Se refugió en sus brazos protectores. Permanecieron en silencio un momento. Al final, la abuela preguntó:

—¿Sabe alguien que estás aquí?

—Únicamente mamá. Tenía que comunicárselo. Me juró que no se lo diría a nadie, y mucho menos a papá.

—Entonces, tranquila. ¿Cuándo tienes que volver?

Virginia se separó de ella. Un algo muy parecido al miedo apagó el brillo de sus ojos.

—No lo sé —murmuró.

—Pero Wimbledon empieza dentro de dos semanas...

Virginia estaba muy cerca de volver a llorar.

La abuela, desde su experiencia, valoró todo lo que significaba la presencia de su nieta en su casa, el precio de su éxito y el sentido de su escapada.

—¡Oh, Virginia! —musitó—. Comprendo, cariño, comprendo.

Permanecieron las dos abrazadas durante un rato muy largo. Las palabras volvieron mucho más tarde.

Para entonces, el equilibrio de sus sensaciones había regresado a ellas.

Cerró la puerta de su habitación y dejó las maletas sobre la cama, pero no las abrió ni se preocupó de arreglar lo poco que había traído consigo. Sus ojos pasearon por las paredes tan llenas de recuerdos. Aquélla fue siempre «su» habitación; le pertenecía, aunque durmiese en casa de la abuela cada vez menos. Desde que cumplió los trece años y comenzó la locura: los viajes, los entrenamientos, el largo camino del profesionalismo...

Cuatro años... ¡Y cómo habían cambiado las cosas!

Una vida.

O, al menos, así le parecía a ella.

Se acercó a la ventana. La pista de tenis donde dio sus primeros raquetazos con su abuela y su madre quedaba prácticamente debajo. El rectángulo de tierra batida, protegido por una alta valla metálica, estaba tan a punto como siempre. Para Virginia continuaba siendo un reclamo mágico, vivo, el de los sueños que ahora, por la fuerza de los hechos, constituían ya una realidad. Todavía podía oír las voces:

—¡El revés, el revés...! ¡Así, muy bien, Virginia!

—¡Elévala más! ¡Así la golpearás mucho mejor! ¡Recuerda que un buen primer servicio es el noventa por ciento del punto!

—¡El *drive*, trabaja más el *drive*!

Allí aprendieron su madre y ella. Allí comenzaron tantas y tantas ilusiones. Su abuela, a sus sesenta y siete años, todavía jugaba con amigos y amigas. El corazón más joven y la máxima vitalidad que conocía.

Abandonó la ventana y salió de la habitación. Quería recorrer una vez más los pasillos, subir y bajar por las escaleras de madera, recuperar los viejos olores perdidos, aunque no olvidados; aquella extraña mezcla que le infundía calor, sensación de vida, seguridad en sí misma y en su valer. Nada hay tan especial como el aroma de una casa vieja, los mil y un olores mezclados de una vida que se acumula en cada rincón, en el ambiente, y que allí se plasmaba, se personificaba en un ser tan extraordinario como era su abuela.

Siempre ella.

Bajó por la escalera hasta la planta baja. Escuchó un ruido en la cocina. Se encaminó a la biblioteca y al despacho de su abuelo. Se comunicaban, aunque tenían entrada independiente. El abuelo había sido un lector empedernido. Entró en aquel mundo de silencio y al instante supo, con mayor certeza aún, que su decisión era justa, que únicamente allí lograría saber la verdad.

Pasara lo que pasara después...

Se aproximó a una de las paredes no ocupada por las estanterías llenas de libros. En ella sólo llegaban a una altura de metro y medio aproximadamente. En la repisa se amontonaban algunos recuerdos, trofeos, placas y medallas. En el despacho había varias vitrinas más. Pero los de la repisa eran los más importantes, al menos para su abuela: campeonatos de España, de Cataluña y unos cuantos torneos más. Eran otros tiempos, en los que el tenis apenas se había profesionalizado. La portada de un ejemplar de La Vanguardia de hacía cuarenta años mostraba a su abuela, joven y sonriente, sosteniendo uno de los trofeos de la repisa. El titular rezaba: *Carmen Sala, primera dama del tenis español*.

En aquella fotografía, su abuela tenía veintisiete años.

Ella, Virginia, lo había conseguido diez años más joven.

Un dato fundamental a la hora de enfocar su problema.

Miró otras portadas y recortes de periódicos importantes, enmarcados y cuidados. Los hitos de una vida. Lo que podía dar de sí una campeona de España en un tiempo ya olvidado, en el que el deporte, y más todavía el femenino, no era moneda corriente. Pensó, como siempre lo hacía al ver aquello, que su abuela, más que una campeona, había sido una heroína.

Actualmente, todo era distinto.

Ni siquiera existía el *fair play*.

Lo único importante era ser el mejor y ganar, ganar, ganar.

Cerró los ojos.

Y siguió recorriendo la habitación, dejándose arropar por el silencio para olvidar el caos de sus pensamientos. Percibía solamente el ritmo acompasado de su propia respiración.

Y los latidos de su corazón. ¿Cuántas veces los había escuchado en los últimos tiempos?

15-30

Estaba preparada, tensa, dispuesta a colgar si escuchaba otra voz. Pero al otro lado del hilo telefónico reconoció, con alivio, la de su madre.

—¿Mamá? Soy yo, ¿puedes hablar?

—Sí, estoy sola.

Suspiró más tranquila.

—Ya he llegado. ¿Cómo va todo por ahí?

—De momento no pasa nada —dijo su madre—. Todavía es pronto. Será diferente esta noche, o mañana por la mañana, pero no te preocupes.

—Sé que puedo confiar en ti, mamá.

—¿Qué dice tu abuela?

—Aún no hemos hablado mucho. Ya sabes, lo de Roland Garros, el hecho de que ni yo misma sepa explicar bien... Bueno, supongo que cenando, o tal vez mañana... La abuela no es de las que presionan, ¿recuerdas? Vive y deja vivir. Sabe esperar. En cuanto he abierto la boca, me ha asegurado que lo entiende todo y me ha rogado que me tranquilizara.

—Estoy segura de que así es. Además, sois iguales en todo. Nadie mejor que ella para comprender tu estado de ánimo. El tenis le dio mucho, y le quitó también mucho.

—Como a ti, mamá, no lo olvides.

—En mi caso fue al revés.

No había en su tono alegría ni amargura. Fue un simple comentario. La vida de su madre se había llenado muy pronto con

otras realidades.

Hizo una elección muy personal.

—¿Ha llamado alguien? —preguntó Virginia para cambiar de tema.

—Como cada día, imagínate —se oyó el fuerte suspiro de su madre a través del auricular—. De televisión tres veces: una para un especial en TV-3, y dos de Televisión Española para una entrevista y para que les enseñaras tu casa. Emisoras de radio y periódicos... para qué hablar. ¡Es una locura!

—Me da un poco de miedo lo que empezarán a decir cuando sepan que he desaparecido.

—Cualquier cosa, hasta que te han secuestrado; pero no les hagas caso. Trata de no leer nada ni de ver la televisión. La decisión es sólo tuya. Que nada ni nadie te influya, hija. Te llamaré cada vez que pueda hacerlo para decirte cómo van las cosas, ¿de acuerdo?

—¿Y Quique?

—Llámale. Es tu hermano y está de tu parte. Siempre lo ha estado.

—Lo haré.

Iba a colgar. Su madre la detuvo.

—Algo más, Virginia. Decidas lo que decidas, no será hoy, ni mañana, así que... entrena todos los días. No te abandones.

—Lo haré, descuida. Un beso.

—Dale tú uno de mi parte a tu abuela —se despidió su madre.

Después, colgaron al mismo tiempo.

15-40

—¿Fue durante el torneo?

—No —respondió Virginia inmediatamente—; en todos los partidos, mientras iba superando a mis rivales, sorprendiendo a todos, sólo pensaba en lo bien que me lo estaba pasando, nada más. Era feliz como nunca lo había sido antes, abuela, te lo juro.

Creo que... hasta me lo tomaba a broma. Nadie daba un céntimo por mí ante Navratilova, y la vencí. Después dijeron que Gabriela Sabatini me haría pedazos, y la vencí. En semifinales pensé: ¿y por qué no también a Graf? Así que salí tranquila, convencida de mis posibilidades, y volví a ganar. Luego, en la final, por muy número uno que fuese Bond...

—Ganaste, y entonces te diste cuenta de que iba en serio.

Virginia enarcó las cejas.

—Sí.

—¿Qué pasó entonces?

—Es muy difícil de explicar —aseguró—. De pronto... la sangre empezó a correr como un torrente desatado por mis venas, se agolpó en mi cerebro. ¡Era como darse cuenta de que te estás volviendo loca! Es la misma confusión que me ha acompañado estos últimos días. Ésa es la palabra exacta: confusión.

—¿Te asusta ser la mejor?

—¡Es que no lo soy! —casi gritó Virginia—. He hecho una buena temporada, he subido del puesto setenta al veinte, y me colé como cabeza de serie de milagro, por la lesión de Arantxa. Todos decían que estaba en camino de ser una campeona, y yo misma lo veía claro, pero esto..., ¡bum! —unió y separó las yemas de los dedos haciendo un gesto expresivo—, ha sido repentino. ¿Demasiado? Bueno, ha sucedido, y puede que no estuviese preparada para ello.

—Lo estabas —aseguró su abuela con firmeza—. No se puede ganar sin seguridad, y la seguridad la da la madurez. Puede que para ti fuese un juego, pero, jugando o no, tu mentalización era la buena. Esos dos puntos finales en el tie break con Kathy Bond lo demuestran. Estás preparada para todo, incluso para cuestionarte el futuro y plantearte lo que te estás planteando ahora.

Virginia bajó los ojos. Dejó el cuchillo y el tenedor en el plato. Apenas había tocado la comida. No tenía hambre.

—Estoy planteándome dejarlo —dijo débilmente.

—De acuerdo, ése es el punto decisivo que vas a jugar. Juégalo, pero no lo hagas con miedo. Por de pronto, ¿has empezado a

preguntarte qué te sucede?

—Creo que sí —continuó hablando al ver que su abuela no lo hacía—. Odio la presión. No sé cómo sería en tu tiempo, pero ahora... Papá, mi entrenador, mi preparador... He llegado a sentirme como una máquina. Filman mis golpes. Me los pasan a cámara lenta, por ordenador. Me dicen «haz esto» y «corrige esto otro». Hablan de tantos por ciento de riesgo, de «factores», de cosas que ni siquiera entiendo. Me dicen que estoy en el 83,75 por ciento de nivel en el servicio y en el 77,84 por ciento en el drive; que puedo alcanzar un 92,50 por ciento en esto y que subiré hasta las cinco primeras de la ATP si llego al 97,20 de lo otro. Me siento como... ¡como si me estuvieran fabricando a medida!

—Y nadie te pregunta cómo te sientes.

—¡Exacto! —corroboró Virginia—. Me has preguntado qué me pasó al ganar Roland Garros. Bien, te lo diré: no me felicitaron por el triunfo; me dieron palmaditas en la espalda y me dijeron: «Ahora, a por Wimbledon».

—¿Fue así?

—¡Sí! ¡Creen que ya voy a ganarlo todo, que puedo hacerlo! ¡Dios mío...! Al día siguiente, hasta los periódicos hablaban más de Wimbledon que de Roland Garros. ¿Qué les pasa? Papá empezó a hacer cálculos de cómo podía quedar la clasificación al final del año y mis posibilidades en el Master. ¡El Master! ¡He ganado el primer torneo del *Grand Slam* de mi vida, eso es todo! ¿Qué esperan de mí?

—¿Por qué no te enfrentas de una vez a tu padre?

Virginia se hundió en un gesto de desánimo. Luego, miró al techo. Apretó los puños.

—¿Te sigue gritando cuando pierdes un partido? —le preguntó su abuela.

—¿Un partido...? —respondió su nieta en tono áspero—. Me grita cuando pierdo un set, un juego, un punto. A veces miro hacia él y tiemblo. Su frase favorita continúa siendo: «Si has llegado hasta

aquí, sigue». No acepta los pasos atrás. Cree ciegamente que querer es poder.

—¿Y tu entrenador y tu preparador actuales?

—¡Los odio!

Carmen Sala se dejó caer hacia atrás, apoyando la espalda en el respaldo de la silla, impresionada por la vehemencia con que se expresaba su nieta.

—Odiar es una palabra demasiado fuerte... —fue lo único que dijo antes de apurar de un trago el último sorbo de agua de su copa.

30-40

—No estoy muy segura, pero... me parece que todo comenzó en Nueva York a fines del año pasado, cuando se empezaba a tenerme en cuenta.

—¿Qué sucedió?

—Conocí a Tracy Austin. ¿La recuerdas?

—Sí, por supuesto. Fue otra «niña prodigio», la número uno del *ranking* de la ATP más joven de su tiempo, diecisiete años y cuatro meses, y luego desapareció de los circuitos.

—No desapareció, abuela —dijo Virginia—. Tuvo que dejarlo.

—¿Por qué?

—Alteraron su desarrollo físico en la etapa de crecimiento con entrenamientos exhaustivos, una preparación forzada... Ya sabes. ¿No dicen que en la adolescencia y la pubertad el desarrollo ha de ser natural? Pues a ella la hicieron polvo. Sí, ganó muchos premios y estuvo en la élite durante tres o cuatro años; pero al llegar a los veinte, su columna vertebral no lo resistió. Fue su fin. De número uno y gran jugadora pasó a la nada. Conocerla me afectó profundamente, y desde entonces no he dejado de pensar en ella. Antes creía que el tenis era toda mi vida, lo único que me importaba. Ahora ya no lo sé. Pienso que lo verdaderamente importante soy yo,

ser feliz, disfrutar de la vida, haga lo que haga. Si es jugando al tenis, mejor. Estaba dispuesta a sacrificarlo todo. Sin embargo...

—¿Has hablado con tu entrenador y tu preparador?

—¡No puedo! ¡Yo no cuento para nada! ¡Es papá quien habla con ellos y quien planifica mi vida! Dice que son los mejores, los que pueden hacer de mí una campeona.

Yo no estoy tan segura. Es posible que logren convertirme en la número uno o, cuando menos, colocarme entre las cinco primeras de la ATP. Pero siento que están haciendo conmigo lo mismo que hicieron con Tracy Austin: una máquina programada para ganar. Si lo tengo que dejar un día porque mi cuerpo no lo resiste, ellos se irán a entrenar y a preparar a otra. Fíjate en Borg y en los grandes que han caído tras llegar a la cima. Tracy Austin ni siquiera logró mantenerse. Lloraba cuando me hablaba de lo que siente ahora. Me dijo que era como ser una anciana en plena juventud. ¡Y ha de vivir con eso y con su columna estropeada el resto de su vida!

Se levantó de la mesa, violenta. Dio unos pasos y volvió sobre ellos. Su abuela no se movió. Parecían la representación de la tempestad y la calma.

—¿Es eso todo, Virginia?

—¿Qué quieres decir?

—Has hablado de presión, de miedo, de tu padre y de los que cuidan de ti profesionalmente, de lo que te afectó el caso de Tracy Austin. Y me parece bien. Sin embargo, me gustaría saber si hay algo más.

—¿Qué más puede haber? —aventuró Virginia.

—Wimbledon —dejó escapar su abuela.

—¿Wimbledon? —repitió Virginia—. No entiendo...

—Roland Garros es el torneo más importante del mundo sobre tierra batida, pero Wimbledon lo es sobre hierba. El hecho de que los dos torneos se jueguen con dos semanas de diferencia convierte al segundo en un reto.

—¿Y...?

—No eras favorita en Roland Garros y ganaste. Ahora sí que vas a salir como una de las favoritas en Wimbledon.

La entendió. No hizo falta que se lo explicara con palabras. En realidad, su abuela sabía más que nadie de fantasmas. Fue finalista de Roland Garros y de Wimbledon cuarenta años atrás. Perdió los dos finales. Seguían siendo los dos torneos más importantes, superando incluso a los otros dos que conformaban el Grand Slam: el open de Estados Unidos y el de Australia. Se trataba de dos competiciones que se diferenciaban entre sí todo un mundo: tierra batida y hierba. Únicamente las más grandes habían podido ganarlos, no ya en un mismo año, sino en toda su vida profesional.

De nuevo reapareció en ella toda la confusión que la dominaba.

—Tengo dos semanas para saber lo que quiero, abuela —confesó—. Dos semanas para volver a reencontrarme conmigo misma y saber si vale la pena.

—Sabes que vale la pena, cariño, si aciertas a ser siempre tú misma.

—Entonces, de lo que se trata es de saber cuál es el precio, y si estoy dispuesta a pagarlo, ¿no te parece?

Juego al resto (0-1)

Apagó la luz de la mesita de noche y automáticamente pasó por su cabeza la película de la final del sábado en París. Unas veces era muy rápido, y otras, a cámara lenta. Cada momento crucial en un partido disputado, competido hasta la última bola. «La mejor final de la década», como la calificaron los comentaristas. «El mejor tenis visto en Roland Garros», opinaron los expertos. Un primer set lleno de alternativas en el que cada jugadora había roto dos veces el servicio de la rival en los cuatro primeros juegos. Con el cuatro a cuatro, ella lo rompió por tercera vez, y Cathy Bond ya no pudo detenerla en el décimo y decisivo juego, el del seis a cuatro.

El segundo set fue otra historia.

La norteamericana, fuerte, decidida y segura de sus posibilidades, se puso por delante con un 3-0 elocuente. Virginia, al sentirse perdida, reaccionó. Su amor propio la llevó a luchar por cada bola, incansable, dispuesta a no entregarse, a no ceder ni un punto. Quizá otra se hubiera dedicado a cansar a la rival para jugárselo todo a una carta en el tercer y definitivo set del partido. Pero ella, a sus diecisiete años, no sabía todavía de tácticas, ni de estrategias, ni de reservas de fuerzas. Atacó, peleó, subió a la red, arriesgó y, poco a poco, impuso su exuberante vitalidad, jaleándose a sí misma, llevada en volandas por los espectadores que la animaban, enamorados de su juventud. Empató a tres, volvió a perder dos juegos consecutivos por dos inoportunos fallos infantiles: una bolea baja estrellada contra la red, y una falta doble, más inoportuna todavía. Bond se le escapó hasta el tres a cinco. Nueva reacción, empate a cinco juegos y, luego, a seis.

El *tie break* iba a decidir el set y, en su caso, de ganarlo, el partido.

Otro cinco a cinco y, finalmente..., su servicio, primero, y el *pashing shot* de su resto, después.

Cada jugada, cada gesto, lo que pensó y sintió en cada momento, todo pasó una vez más por su mente.

Su determinación.

«¡Vas a ganar, puedes hacerlo! ¡Vamos, Virginia! ¡La mejor! ¡La número uno! ¡La gloria a los diecisiete!».

Su volea, la raqueta, su orgullo.

Sola en mitad de la pista, contra Kathy Bond y contra el mundo.

Sola. Cerró los ojos, agotada. Tracy Austin no tuvo que hablarle de la soledad. Las jugadoras la conocían bien. Para ella, la soledad era su mejor amiga.

Segundo juego

15-0

La despertó el tap-tap de una raqueta golpeando rítmicamente unas bolas, y el quedo toque de éstas en la superficie de tierra. Había un ruido más, y le costó unos segundos reconocer su origen. Lo identificó como una máquina lanzapelotas, para prácticas individuales.

Creyó que era su abuela y se levantó. Había dormido bien, como un tronco, la mejor noche no sólo desde su éxito en París, sino desde antes de iniciarse el torneo. Dormía con la ventana abierta, así que no tuvo más que asomarse. Abajo, en la pista, vio a un muchacho joven, más o menos de su edad, desconocido. Ni siquiera vestía la ropa apropiada para jugar al tenis. Le bastaron cinco minutos para tomar una ducha rápida, lavarse los dientes y peinarse a base de dar una docena de fuertes pasadas con el cepillo por el cabello. Luego, se embutió en unos pantalones cortos, se puso unas zapatillas deportivas, sin calcetines, y una tee-shirt en la que podía verse una xerigrafía de Sting. Salió de su habitación y le bastó llamar un par de veces a su abuela para darse cuenta de que no estaba en casa.

Cuando salió al jardín, rodeó la casa y llegó a la pista de tenis, el misterioso ocupante se disponía a recoger todas las pelotas diseminadas por la pista, para llenar de nuevo la tolva de la máquina.

No le saludó. Se limitó a observarle.

No era especialmente atractivo, pero tenía un rostro abierto, firme, dominado por una mirada de una determinación peculiar, ceño fruncido y gestos decididos, perfectamente a juego con su mirada. Como si estuviera jugando un partido importantísimo. Vestía unos

vaqueros ajustados, nada aptos para favorecer la agilidad necesaria para el tenis, y una camisa abierta. El calor de junio en la Costa Brava todavía no era excesivo, y menos a aquella hora, pero el joven ya estaba sudando. Regresó a su lugar, sin verla, cuando la máquina le lanzó la primera pelota.

El muchacho la alcanzó con un buen revés.

Ensayó el mismo golpe con cuatro bolas más.

En ese momento, la vio, se detuvo, y la pelota pasó por su lado, muriendo en el vacío de su inútil vuelo.

—Hola —dijo Virginia.

No le respondió. Su ceño fruncido se acentuó. La bola siguiente siguió el curso de la anterior.

—¡Cuidado! —le avisó ella.

Le dio a la octava mal, por simple inercia, para que no le golpeará.

—¿Qué estás haciendo aquí? —protestó.

—Lo mismo podría preguntarte yo, ¿no te parece? —dijo Virginia.

Se detuvo a un par de metros de ella. Por detrás, las pelotas pasaban ahora sin que nadie les prestara atención. La observó y comenzó a decir: —¿Tú no eres...?

No concluyó la pregunta. No era necesario. Virginia lo sabía.

Su cara seguía estando en la primera página de todos los periódicos.

30-0

Antes de que Virginia pudiera hablar, o él añadir algo más, los dos escucharon la voz de Carmen Sala. Acababa de aparecer por el extremo de la pista, junto a la puerta de acceso a la misma. Su tono era jovial y enérgico a la vez: —¡Ah, estás ahí! ¿Ya os habéis conocido?

Los dos se miraron, Virginia con sorpresa y él con cierta actitud expectante.

La abuela se acercó a ellos.

—¿Qué pasa? —vaciló—. ¿Interrumpo algo?

—Yo también acabo de llegar —quiso aclarar Virginia.

—¡Oh, entiendo! —la abuela pasó un brazo por los hombros de su nieta. La besó en la sien—. Virginia, éste es Eladio —le miró a él y, sonriendo con orgullo, agregó—: Eladio, ¿hace falta que te diga que ésta es mi nieta Virginia?

Los dos continuaron mirándose sin abrir la boca. No se suavizó el gesto huraño del muchacho.

—¡Eh! ¿Qué os pasa? —protestó la abuela—. ¿Llevas tanto tiempo en los circuitos tenísticos que ya te has olvidado de cómo es un chico, Virginia? Y tú, Eladio, además de perfeccionar esos golpes, ¿aún necesitas perfeccionar tu galantería con una chica?

Eladio reaccionó:

—¡Oh, perdón... Claro, señora Sala, disculpe! —dijo atropelladamente, nervioso, reaccionando al tiempo que tendía su mano derecha—. Ha sido... la sorpresa.

Virginia le estrechó la mano. Grande y fuerte, y al mismo tiempo, suave y agradable. Le pareció que ardía entre la suya a consecuencia del esfuerzo que su dueño estaba realizando con ella. Cada vez que se producía un silencio, el brazo de la máquina lanzapelotas y el suave toque de las bolas en la pista los alcanzaba con su sonido monótono.

—Eladio es toda una promesa —dijo la abuela—. Estamos trabajando a conciencia sus golpes, ¿no es verdad, hijo?

—Así es, señora Sala.

Seguían mirándose fijamente a la cara. Virginia se dio cuenta de su hostilidad, aunque desconocía el porqué de la misma. Eladio acabó desviando la mirada para centrarla en su entrenadora.

—Estaba esperándola para decirle que hoy no iba a poder entrenar. Tengo cosas que hacer.

La señora Sala adoptó un aire resignado, pero no dejó de sonreír.

—Mañana podrás practicar con alguien mucho mejor que yo —aseguró sin percibir la mirada de horror de su nieta—. Ven cuando quieras.

El muchacho se alejaba ya en dirección a la máquina para pararla.

—Eladio —volvió a llamarle Carmen Sala.

—¿Sí?

—Virginia está aquí de incógnito. Lo entiendes, ¿verdad?

La muchacha se puso roja cuando él la miró de una forma especial.

—Descuide, señora Sala. Es como si no la hubiese visto —dijo él.

El rubor de Virginia se hizo más intenso todavía.

Pero su abuela había olvidado ya los reflejos y la fuerza de la relación humana en la etapa más intensa y directa de la vida: la juventud.

En ningún momento dejó de sonreír, feliz.

30-15

Cuando Eladio desapareció de su vista, preguntó: —¿Quién es?

—Un amigo mío —respondió su abuela—, y no es broma lo de que es un buen jugador. Si tuviera más tiempo y convicción, llegaría a ser un gran tenista. Ha ganado todos los torneos de por aquí y un par de campeonatos provinciales. Se está preparando para intervenir en el campeonato de España. Después... todo es posible.

—¿Le dejas entrenar aquí y le das clase?

—Sí, ya te he dicho que somos amigos. Es un gran chico. Estoy segura de que os vais a llevar muy bien.

—¿Estás segura?

Carmen advirtió su gesto de duda y hasta de disgusto.

—¿Qué te pasa? —protestó—. Anoche me dijiste que no estabas sobrada de amigos y amigas.

—Si él es todo lo que hay por aquí...

—¡Vamos, Virginia! —dijo ahora su abuela en un tono casi de reproche—. ¿Cómo puedes saber si te va a gustar o no alguien a quien acabas de conocer? Me imagino que te habrán enseñado a odiar a tu rival, a quien tengas enfrente en la pista. A eso lo llaman preparación psicológica, ¿no? Pero ten en cuenta que fuera de la pista la gente es toda igual.

El rostro de Virginia fue el que ahora cambió de expresión. Su abuela acababa de poner el dedo en la llaga más viva.

—Lo siento; es que... Bueno, no sé. Me imagino que no esperaba ver a nadie por aquí —encontró una excusa mejor y agregó—: Si me descubren los medios de información...

—Éste es un pueblo pequeño —le recordó Carmen—, y ni siquiera es costero. Así que puedes estar tranquila. La temporada todavía no ha comenzado. Después de la verbena de San Juan es distinto, y para entonces...

No concluyó la frase. Wimbledon iniciaba sus primeras rondas el día 26 de junio. Ella debía estar allí, si decidía participar, para cuando las jugadoras de las fases previas se enfrentasen a los cabezas de serie.

Otra cosa era que necesitase practicar sobre hierba.

Con tiempo.

Wimbledon era un terreno shot maker, sólo para auténticos especialistas del tenis sobre hierba: pegadores, que intentaban lograr un ace con la primera bola o, todo lo más, machacaban tras el resto del adversario, casi siempre forzado. Puntos rápidos, mortales.

Algo que ella estaba en camino de ser, pero aún no era.

Aunque tampoco había contado para nada en las apuestas de Roland Garros. Y, sin embargo, su genio le dio, finalmente, el triunfo absoluto.

—Bueno —dijo su abuela—, ¿qué te parece si nos ponemos cómodas y jugamos un set antes del desayuno? ¿Crees que no

tengo ganas de medir mi viejo brazo con el tuyo, jovencita?

Virginia se olvidó de Eladio. Lanzó una carcajada.

Sabía que el «viejo brazo» de su abuela todavía podía hacerle morder el polvo con buenos golpes.

—Mientras no le digas a papá que me has ganado... —bromeó.

Y las dos regresaron a la casa cogidas de la mano.

40-15

Desde lo alto de la pequeña elevación, viendo el lento declinar del sol, las dos se dejaron llenar por el silencio y la plenitud de la paz que las rodeaba. A su espalda, los Pirineos se recortaban contra un cielo de un rabioso azul oscuro. Por delante, el azul era mucho más claro, y contrastaba con el tono rojizo de la puesta de sol sobre el Mediterráneo. La línea abrupta de la Costa Brava se divisaba con cercana lejanía, rompiendo los perfiles, arañando al mar lo que las olas arañaban a la tierra en su juego constante. El pueblo quedaba situado bajo ellas, apretado en el centro del pequeño valle, y diseminado luego a ambos lados como gotas escapadas de su centro. La vieja y egregia mansión de los Sala se adivinaba, más que se veía, entre los bosques y las montañas que la rodeaban. La pista de tenis se abría al cielo, rojiza como la misma puesta del sol y casi tan excitante como ella.

Carmen Sala pareció leer el pensamiento de su nieta, tras seguir la dirección de su mirada.

—¿Has pensado en lo que podrías hacer si dejaras el tenis, o en lo que harás cuando realmente lo dejes?

En otras circunstancias habría sido una pregunta absurda. La respuesta y la seguridad de Virginia le demostraron que no era así.

—Escribir.

—¿Escribir? ¿Quieres decir ser comentarista, seguir en el mundo del tenis?

—No, me refiero a escribir libros. Me gustaría ser escritora, y creo que puedo serlo. ¿No sabías que en todos los ratos perdidos que tenemos, viajando o esperando en las habitaciones de los hoteles, suelo escribir relatos, cuentos, mi diario...?

Los ojos de Carmen se llenaron de ternura.

—Entonces, es algo más que una ilusión —dijo.

—Creo que sí. Al menos, yo me siento muy feliz haciéndolo, y secretamente orgullosa de cómo me sale, aunque... no se lo haya dicho nunca a nadie.

Su abuela señaló en dirección al pueblo.

—Aquí vive un escritor muy famoso. Bueno... —rectificó—, escribiendo nadie se hace famoso. Digamos que es conocido, popular y muy bueno. Ha publicado muchos libros, tiene un montón de premios literarios, aunque él considera que eso no es importante, y vive prácticamente pasando de todo lo que no sea su trabajo. Puede que te resulte interesante conocerle. Somos muy buenos amigos.

—¿De quién no eres tú buena amiga, abuela? —bromeó Virginia—. ¿Cómo se llama?

—Ernesto Sanmartín.

—¡Oh, vaya! —la muchacha sonrió—. ¡Le conozco!

Hace dos años tuve que leer uno de sus libros para hacer un trabajo de literatura en el colegio. Y me gustó.

—Entonces, podrás hablar con él mañana. Le llamaré para que venga a cenar, ¿te parece?

—¿No será como una encerrona? Esa clase de gente no está para aguantar a jovencitas. Igual piensa que soy como casi todas y tengo la cabeza llena de pájaros, o de pelotas de tenis, que es lo mismo.

Su abuela le hizo un guiño.

—Te aseguro que Ernesto no es de éstos —dijo muy convencida—. Le gusta la gente joven; nunca se ha negado a ayudar a nadie, inexperto o no, y aunque no le place la gente en general, al menos

los que no tienen nada que decir, sí le gusto yo. Verás cómo te encanta.

Estuvo a punto de preguntar algo, pero el mismo tono fascinante de su abuela se lo impidió, arrastrándola a ella en su misterio. Prefirió esperar la sorpresa.

Una de las reglas del tenis, aplicada desde hacía años a su vida, era que nunca hay que dejarse llevar por la impaciencia.

Primero un punto, luego otro.

Y saborear cada momento, bueno o malo; los primeros para disfrutar, y los segundos para aprender.

—¿Has visto alguna vez algo más hermoso que esto? —suspiró la abuela.

Juego al servicio (0-2)

Extrajo del cajón de la cómoda su álbum de recortes. Lo había dejado allí la noche anterior, al deshacer sus maletas, junto con los periódicos todavía por recortar, que hablaban de su gran éxito en París, y los telegramas y felicitaciones llegados de todo el mundo. El álbum, todavía el primero, voluminoso, estaba casi completo y apenas si disponía ya de media docena de hojas al final. Con lo de Roland Garros necesitaría abrir ya un segundo volumen, comenzar una nueva página de su carrera profesional y de su vida.

Preparó las tijeras, la cinta adhesiva y el bote con el fijador a un lado de la cama. En el otro colocó los periódicos, abiertos por sus páginas deportivas, o sin abrir, con sus portadas hablando de la nueva sensación del tenis mundial. En el centro dejó el álbum. Ella se sentó en cuclillas.

Cogió el primero de los periódicos, *L'Independent frances*. Los había leído todos una docena de veces, como si aún fuese incapaz de creer que hablaran de ella, que ella era la protagonista deportiva de aquellos días y que el rostro sonriente de las portadas, o de la muchacha retratada en diferentes posiciones a lo largo de la final,

siempre haciendo gala de su dominio, su nervio o su fuerza, fuera el mismo que podía ver si se asomaba a un espejo.

Ella.

Virginia Paz Moré.

Paseó una mirada por los titulares: *La República corona a su reina, París se rinde al embrujo irresistible de una diosa, Paz gana, y Virginia, la niña de oro.*

Volvió la turbación, el desasosiego.

Ni siquiera recortó la mitad de la primera página en la que se la veía arrodillada y abrazada a su raqueta, llorando tras el último punto. Alargó la mano para coger *El País* y, sin darse cuenta, comenzó a leer:

Lo inesperado, lo que siempre puede suceder en el deporte, que David venza a Goliath, ha sucedido una vez más. Superando a cuantas rivales le salieron al paso, derrotando en su camino hacia la gloria a varias de las grandes leyendas de la historia del tenis de los últimos años, Virginia Paz ha inscrito con letras de oro su nombre en el Olimpo de los elegidos, el lugar al que sólo unos pocos tienen acceso. Es la consagración de una superdotada para el tenis. De lo que sea capaz Virginia a partir de aquí, y comenzando por el próximo torneo de Wimbledon, hará historia. Pero todos sabemos que el futuro ha llegado.

Dejó el periódico. Recogió el siguiente del montón, también español, *La Vanguardia*. Buscó aquel párrafo concreto.

Virginia Paz, nieta de la gran tenista Carmen Sala e hija de la prematuramente retirada Miriam Moré, hizo que ayer, en Barcelona, la ciudad que la vio crecer, estallara una oleada de entusiasmo, sólo comparable a la del 17 de octubre de 1986, cuando la ciudad fue elegida sede olímpica. En Vallirana, su villa natal, se

desbordó igualmente el clamor popular por el éxito de «la niña», como todos suelen llamarla todavía. En el Club de Tennis Barcelona, al que pertenece la nueva campeona de Roland Garros, se afirma que en su actual estado de forma, Virginia es una de las candidatas para repetir, dentro de pocos días, su triunfo en el All England Club de Londres, pese a que hasta el momento la hierba de Wimbledon se le haya resistido en sus dos últimas intervenciones. Claudio Paz, padre de la campeona, dijo ayer en París que su hija saldría mentalizada para realizar el doblote que la situaría entre...

Cerró el periódico y se dejó caer hacia atrás.

—¡Mentira! —musitó—. ¡Mentira!

Se le quitaron las ganas de pegar los recortes. Prefería olvidarse de ellos, dormir. Soñar.

—¿Por qué? —susurró de nuevo en voz alta, escuchándose a sí misma—. ¿Qué esperan de mí?

No obtuvo respuesta. Continuó inmóvil. Y sin darse cuenta, acabó quedándose dormida.

Tercer juego

0-15

Marcó el número de teléfono con cierto temor, pese a haber convenido la hora previamente con su madre. Al otro lado, en Barcelona, el timbre no llegó a sonar siquiera una vez.

—¿Tania?

Su hermano la llamaba así. Se llevaban dos años y medio y para él, siendo menor, llamarla Virginia siempre resultó complicado.

—Hola, Quique, ¿cómo va todo?

—Ya te lo puedes imaginar —dijo él—. En cuanto se dieron cuenta de que no aparecías por ningún lado... Papá está que se sube por las paredes. De no ser por mamá y por tu carta diciendo que estabas bien y que te ibas para pensar en el futuro, incluso habrían creído que se trataba de un secuestro. Oye, ¿cómo estás?

—Bien, muy bien, tranquila. Pero necesitaba estar sola.

—¿Puedo ayudarte?

—Me temo que no, Quique. Tengo que tomar una decisión muy personal.

—Deberías ser la tía más feliz del mundo; no lo entiendo —protestó él.

—Y soy la tía más feliz del mundo, ¿qué te crees? Lo que pasa es que ahora hay muchas más cosas en juego, y si no me planto y tomo algunas decisiones por mí misma, aunque me equivoque, después será tarde. Mira..., de verdad, es muy largo de explicar y ni yo misma sé muy bien de qué va esta película mía. Por favor, confía en mí. Tú estás conmigo, ¿no?

—¡Naturalmente! Papá quiso sonsacarme tu paradero a toda costa. Ya lo había probado con mamá, sin resultado. Yo no abrí la boca. Además, no sé dónde estás. Por cierto, ¿dónde estás?

—En casa de la abuela. ¿Cómo está mamá?

—Sola, acorralada, en el ojo del huracán. ¿Qué quieres que te diga? Nunca la había visto enfrentarse a papá de esta forma. Lo aguantó todo hasta el final sin llorar, aunque luego...

—¿Qué?

—Papá dijo que había muchos millones en juego, y mamá ya no pudo soportarlo. Le gritó que se trataba de ti, no del maldito dinero, y entonces sí se echó a llorar.

—¡Cómo lamento todo este lío! —susurró Virginia.

—Pienso que era inevitable, y como tú bien dices, el momento era éste. Cualquiera día yo también tendré que decirle que no quiero ser médico ni arquitecto.

—Si ocurre algo, me llamarás, ¿verdad?

—Cuenta conmigo. Anoche estuvieron aquí Roque Nauber y Carlos Alce. ¡Menudo par! Los tres se encerraron en el despacho con papá y discutieron la estrategia a seguir en Wimbledon, dependiendo de cuando aparezcas. Ya no piensan en Roland Garros. Para ellos sólo cuenta el próximo torneo. Tu preparador no dejaba de decir que cada día que pierdas será irrecuperable en tu puesta a punto, y tu entrenador gritaba más y más. Papá y él acabaron echándose las culpas mutuamente. No sé tú, pero yo no soporto a ese venezolano.

—Nauber y Alce son parte del problema —aclaró Virginia—. No me dejan ser joven, vivir, ser consciente de que sólo tengo diecisiete años...

No pudo seguir hablando. La voz de Quique la interrumpió:

—Viene alguien y mamá está fuera, así que... ¡adiós, cuídate!

0-30

Ernesto Sanmartín la miró atentamente.

—Me ha dicho tu abuela que quieres ser escritora —le dijo.

—Me gustaría, sí.

—¿Por qué?

—Pues... —vaciló sin saber exactamente qué decir—, ante todo, me gusta, me encuentro bien cuando desarrollo una idea, busco la forma de estructurarla, escojo los personajes, les doy un nombre, y luego, al escribirla... No sé cómo explicarlo; es como una explosión interior, que al mismo tiempo me proporciona paz y serenidad.

El escritor dirigió una rápida mirada a Carmen.

—Resulta convincente —admitió sonriendo.

—¿Qué te creías? Es mi nieta, ¿no?

—Escribir es, por encima de todo, un sentimiento, y no todo el mundo lo sabe. Ni siquiera muchos escritores —Ernesto volvió a dirigirse a Virginia—. ¿Tienes aquí algo que hayas escrito?

—No, nada, salvo mi diario, y es personal.

—No te preocupes. Hay tiempo. En cuanto puedas, hazme llegar cualquier cosa, o escribe estos días un cuento, un relato. Me ha dicho tu abuela que piensas estar aquí, de incógnito, hasta los días anteriores al torneo de Wimbledon.

—Sí.

—Vi tu partido y me hiciste sufrir como el peor de mis editores —volvió a sonreír—. Es posible que seas de esa clase de personas que, hagan lo que hagan, logran sobresalir porque tienen lo más importante: voluntad, disciplina y orgullo.

—Gracias.

—No es un halago, querida —Ernesto no la dejó continuar—. Me considero positivo y realista. Trato de decir siempre la verdad. Si en lo que me des para leer no veo nada, te lo diré abiertamente. Estoy escribiendo un libro, ¡como siempre!, pero puedes pasar por mi casa cuando quieras. Me encantará charlar contigo. ¿Puedo hacerte una pregunta? —no esperó su respuesta y la formuló—: ¿Qué piensas hacer con el tenis?

—Creía que era toda mi vida... Bueno, aún lo creo —manifestó Virginia—. Sin embargo, todo lo que lo envuelve es... demasiado impersonal, duro. Me gusta jugar, pero odio esa tensión que lo hace insoportable cuando estás arriba. Te conviertes en un número, el doscientos setenta y tres, el veintiuno o el siete de la ATP. Vales lo

que vale ese número, tu puesto, los puntos que has ganado en uno y otro torneo. Los periódicos no dicen «Ha ganado Roland Garros», sino «Ha ganado treinta millones de pesetas». Las estadísticas dicen que llevas treinta partidos ganados y sólo cinco perdidos en un año, pero también que eres la octava en ganancias.

—Escribir es algo muy distinto de jugar al tenis.

—Ya lo sé, y sé también que un buen escritor comienza realmente a funcionar después de los treinta años, que es más o menos la edad en la que el tenis te obliga a declinar. He pensado en ello. Pero si escribo como lo hago ahora, siempre que puedo, tal vez adelante algo, ¿no? Tendré mucho ganado.

Ernesto Sanmartín volvió de nuevo la cabeza en dirección a Carmen.

—¿Sabes? —le dijo—. He visto en alguna parte esa mirada decidida, esa clase de convicción y esa fuerza interior —le dijo.

—No seas adulator —protestó ella.

—Si tuviera lo que usted dice, no estaría aquí ahora, escondida, planteándome el futuro y asustada, sin saber qué hacer.

El escritor la apuntó con un dedo.

—Conoces muy bien lo que vas a hacer —dijo—. Lo único que necesitas es la determinación suficiente para llevarlo a cabo, y el valor para tomar tus propias decisiones.

Virginia no esperaba aquello. Abrió unos ojos como platos.

—¿Y qué es lo que voy a hacer?

—Eres como un libro abierto, y como el personaje principal de ese libro. Los personajes suelen cobrar vida propia, y a menudo se mueven por sí solos, al margen de lo que el escritor decida. No me preguntes a mí. Tú eres la autora de tu vida.

—¿Qué tal si vamos a cenar y luego seguís discutiendo de cosas profundas? —dijo en ese momento Carmen.

—Eres como un libro abierto, y como el personaje principal de ese libro. Los personajes suelen cobrar vida propia, y a menudo se mueven por sí solos, al margen de lo que el escritor decida. No me preguntes a mí. Tú eres la autora de tu vida.

—¿Qué tal si vamos a cenar y luego seguís discutiendo de cosas profundas? —dijo en ese momento Carmen.

0-40

—Tu abuela es feliz por tenerte aquí.

Miraban en su dirección. Los dos estaban en el jardín, paseando bajo la cálida noche que preludiaba ya el verano, y ella daba los últimos toques al comedor tras retirar los platos de la cena.

—Lamento causarle tantas complicaciones —dijo Virginia.

—¿Complicaciones? —comentó Ernesto Sanmartín—. ¡Tonterías! Ella también sabe muy bien lo que vas a hacer. Pero ¡cuidado!, no se lo preguntes. La decisión final debe ser siempre tuya. Estos días sólo intenta que seas feliz y que des con las respuestas que estás buscando.

—Parece que la conoce muy bien.

—Así es. Tanto como ella a mí.

Virginia le observó, curiosa. Los ojos del escritor no se apartaban de su abuela. No parecía un viejo, aunque tampoco ella daba la impresión de ser una anciana. Su vitalidad, su actividad, les confería un sello diferente, mantenía vivo su espíritu, que era tanto como decir su carácter.

—¿Se conocen hace mucho tiempo?

—Tres años, desde que me enamoré de esto y me instalé aquí para escribir, lejos del mundo. Ya ves, nunca creía que, además, encontrara a un ángel como ella. Es la primera lectora de mis originales y mi crítica más acerba. Tendrías que vernos discutir.

—Habla muy bien de usted, le admira.

—Preferiría que me admirase menos y me correspondiera más.

Virginia se detuvo. La sorpresa no la dejó reaccionar.

Ernesto Sanmartín se quedó, también parado, a dos pasos de ella.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—¿Está usted... enamorado de mi abuela?

Se esbozó un gesto irónico en la cara de Ernesto.

—¡Naturalmente! —dijo sin el menor titubeo—. ¡Es la mujer más maravillosa que he conocido en los últimos diez años! ¿Acaso no te lo ha dicho la muy...?

Aquella explosión de sinceridad la obligó a reír. De pronto, aquel tema pareció no ser tan serio, tan dramático como el amor que nos presentan, frustrado, no correspondido, las novelas baratas.

—¡Oh, vaya! —fue lo único que acertó a decir Virginia.

—Bueno —el escritor regresó a su lado—, quizás ahora deba empezar por gustarte a ti como posible abuelo, y mientras encuentras tu camino..., nos ayudas a allanar el nuestro. ¿Qué tal? —pasó un brazo por encima de sus hombros, amigablemente—. Por cierto, será mejor que no me sigas llamando de usted, ¿conforme? —acabó diciendo el escritor guiñándole un ojo.

15-40

Pedaleó con un poco más de fuerza en la recta que conducía al pueblo. Era su primer paseo en bicicleta en mucho tiempo y lo disfrutaba igual que cuando era más pequeña. Ni siquiera recordaba que la bicicleta siguiese aún en el cobertizo de las herramientas. Todo un hallazgo.

¡Si su padre, su entrenador o su preparador la vieran pedaleando por una carretera en mal estado, con coches pasando a menos de un metro de ella y con peligro de una caída...!

Aminoró la velocidad casi en la entrada del pueblo, y gracias a eso pudo verle revisando su moto en un taller mecánico.

Eladio.

Fue la curiosidad la que la obligó a acercarse a él. Su abuela había comentado por la mañana la extrañeza que le producía su ausencia dos días seguidos. También quería averiguar si el recelo de su primer encuentro tenía un significado o si tan sólo se trataba

de una animadversión natural, de esas que suelen producirse entre dos personas sin mediar ninguna razón que la justifique racionalmente. Tal vez sus nervios la habían traicionado en el primer encuentro.

—Hola —le saludó con naturalidad.

Eladio levantó la cabeza.

—¡Ah, hola! —dijo sin ningún calor.

—Mi abuela está preocupada por ti.

—¿Por mí?

—Llevas un par de días sin ir a entrenarte.

Se levantó. Sus manos estaban llenas de grasa y tenía el cabello revuelto. A sus ojos asomó una chispa de malicia.

—No quería molestarte —aseguró.

—¿A mí?

—Yo sólo puedo entrenar por la mañana, antes de trabajar; porque yo trabajo, ¿entiendes? Tú duermes en la habitación que da a la pista, y sé que las estrellas os levantáis muy tarde. Por nada del mundo quisiera estropearle el descanso.

Virginia sintió renacer la misma animadversión de la primera vez. El tono, la intención, la media sonrisa de burla... No entendía nada, pero no se preocupó en averiguar mucho más.

Subió de nuevo a su bicicleta.

—No sé cuál es tu problema, chico —le dijo despacio—, pero, desde luego, haces que los demás se enteren de que lo tienes.

Dio el primer impulso al pedal.

—¡Eh, oye tú, espera! —gritó Eladio.

No le hizo caso, ganó velocidad y se alejó aún más.

—¿Y tú de qué vas, eh? —siguió gritándole él.

Su voz se perdió a lo lejos y ella ya no se detuvo hasta llegar a casa.

Juego al resto (0-3)

Desde la ventana de su habitación, por entre los árboles, se veía la casa de la colina, al otro lado del pueblo.

Era un edificio peculiar, de aire moderno, construido en piedra y a distintos niveles, con un estilo lleno de fuerza, protegido por un muro que lo aprisionaba entre la tierra y el cielo. A veces creía ver a alguien en alguna de las grandes ventanas acristaladas. Otras le daba la impresión de estar deshabitado. Con mucho, era la casa más singular de los alrededores, más aún que la de su abuela, y ejercía sobre ella un extraño magnetismo sin saber por qué.

Pero se olvidaba de la casa cada mañana, al asomarse a la pista de tenis y salir de su habitación al encuentro de un nuevo día; y no recuperaba su curiosidad hasta la noche, cuando de nuevo creía ver una luz.

Aquella noche la luz estaba allí.

Todas las ventanas desprendían su reflejo.

—Quien quiera que seas, tú también estás solo —dijo en voz alta.

Nadie le respondió.

La noche era muy oscura.

Después de todo, cada casa era un mundo y cada ventana o puerta encerraban una vida.

¿Por qué nadie se abría, a ciegas, confiando en los demás?

Cuarto juego

0-15

Acabó de hacer las flexiones y sin descansar, sudorosa, continuó con su tabla de ejercicios. Le tocaba el turno a los brazos. Arriba, a los lados, al centro, arriba de nuevo. Inspirar, expirar, seguir. Una, dos, tres, vuelta a empezar. Jugar al tenis dos horas por la mañana y dos por la tarde no era suficiente. La gimnasia completaba el buen ritmo. No necesitaba un preparador para eso.

Aunque no era lo mismo practicar sola, con la máquina, o jugar un set con su abuela, que hacerlo con alguien de su edad, profesional o *amateur*.

Si aquel estúpido chico...

¿Por qué le caía bien a su abuela? Ella no era una mujer tonta, ni se dejaba llevar por las apariencias. Si su abuela decía que Eladio era un gran elemento, por algo sería; pero, desde luego, no tenía ni zorra idea de tratar a una chica, ni de educación, y en cortesía estaba a cero.

Salvo que hubiese algo más. Pero ¿qué? Terminó con los movimientos de brazos y cogió la comba. Se concentró. No era fácil saltar manteniendo un ritmo al que se acompasara la respiración. Inició la cuenta y lentamente aceleró los giros de la cuerda.

Entonces pensó de nuevo en Eladio y se equivocó.

—¡Mierda! —protestó con rabia.

Su madre solía decirle que analizara sus reacciones, sobre todo las de ira. Podían hacerle perder un punto decisivo, un partido. Enfadarse con el árbitro, con un juez o con el rival restaba concentración. Intentó analizar el sentido de su malestar. No había dicho «¡mierda!» por su error en los saltos, sino por la imagen de Eladio turbándole el pensamiento.

Ésa era la razón.

¿Y si, en el fondo, le necesitara, aunque sólo fuese para jugar?

Dejó de saltar y se sintió confusa. No tenía amigos, no tenía a nadie, salvo a Quique y... a Víctor, pero no estaban allí. ¿Tanto le costaba ser como las demás? De acuerdo, «no era como las demás», pero tenía diecisiete años.

¿Por qué no probaba con aquel estúpido, fatuo, engreído...?

Suspiró con fuerza y acabó forzando una sonrisa. ¿Quién dijo: «Si no puedes vencerlos, alíate con ellos»?

Parecía que la mañana era excelente. Dejó de hacer gimnasia y se metió en el baño para tomar una ducha fría.

15-15

Lo dejó escapar como de pasada:

—Por cierto, ayer vi a ese chico amigo tuyo..., ¿cómo se llama?
¡Ah, sí!, Eladio, ¿no? Le pregunté por qué no venía a entrenarse y me dijo que para no molestar.

—¿Eso dijo Eladio? —su abuela la miraba incrédula.

—Sí, y como según tú es una buena persona...

—Lo es. Deberíais ser amigos y jugar juntos. Es el mejor de por aquí.

—Pues no creo que le caiga muy bien —aventuró Virginia.

—¡Qué tontería!

—Me rehúye.

—Eso será porque eres una celebridad y se siente cortado; no le veo otra explicación, aunque... me sigue costando creerlo. Eladio se ha valido siempre por sí mismo, y está habituado a salir adelante. No lo ha tenido fácil.

—¿Por qué?

—Perdió a su padre siendo muy niño y su madre se casó otra vez con uno que no le cayó muy en gracia, así que decidió espabilarse por su cuenta y eso es lo que ha hecho estos años. Si

no trabajara tanto, si pudiera entrenar más, llegaría a ser un gran jugador. No como tú, de élite, pero sí muy bueno.

—¿En qué trabaja: en el taller mecánico?

—No trabaja en ese lugar. Entiende de motos; en realidad, de todo un poco; pero aunque hace lo que le piden y cuando se lo piden, su trabajo normal es en una droguería del pueblo. Yo misma hablé con la dueña para que le dejara entrar una hora más tarde y pudiera entrenar aquí. A veces también viene por las tardes, especialmente a partir de la primavera, cuando alargan los días. Si no aparece mañana por la mañana, iré a verle.

—No, déjalo.

—No lo hago por ti, sino por él —le aclaró su abuela—. Tengo una fe total en Eladio y trato de echarle una mano. Es un trozo de pan.

—Pues conmigo ese pan es más bien duro.

—Será que le gustas.

Virginia se quedó un poco en suspenso. No había caído en ello. Pensó en Víctor, pero también en que la idea de la admiración que Eladio tenía por ella le atraía.

—Yo no tengo la culpa de ser buena jugando al tenis, ni he de justificarme por ello ante nadie.

—No, cierto —dijo su abuela—, pero el que está arriba siempre tiene la responsabilidad ante los demás de parecer normal además de serlo. Llámalo regla de convivencia si te parece. Las cumbres solitarias tienen también su función respecto a las demás, ¿no lo crees así?

—Deberías ser psicóloga —apuntó Virginia poniéndose en pie.

—Soy vieja, que para el caso es lo mismo. ¿Adónde vas?

—A casa de alguien que sí me quiere: tu amigo Ernesto.

—Cuidado con él. Es un Casanova.

Virginia se detuvo en la puerta.

—¿Ah, sí? ¿Ha estado casado muchas veces?

—¿Casado? ¿Qué tiene que ver eso con que le gusten las mujeres? En su juventud y en su madurez fue un gran amante, pero

es soltero, ¡bien soltero!

Era lo último que esperaba oír del escritor.

30-15

Le fascinaba aquel universo, y le fascinaba Ernesto Sanmartín. Al comienzo, en el primer encuentro en casa de su abuela, la miró y le habló con respeto y temor. Era un escritor, un ser diferente y especial, alguien que, en cierto modo, vivía de espaldas al mundo, a todo, pero, al mismo tiempo, sabía más que nadie de ese mundo y de sus gentes. Era sensible, intuitivo, alegre, vital..., distinto. Ahora, cuanto más le conocía y le trataba, más le adoraba. La simple idea de que pudiera convertirse en su abuelo la entusiasmaba.

Y, desde luego, cuando hablaba de su abuela, sus ojos se llenaban de luz.

Por fuerza, aquello tenía que ser amor.

Vivía en una especie de desordenado orden, calculado y medido, con un despacho lleno de papeles, apuntes, anotaciones, esbozos de diálogos y escenas pegados en paneles de corcho, libros y enciclopedias abiertos y diseminados por todas partes, diccionarios y, por supuesto, su máquina de escribir. Odiaba los ordenadores. Decía que un libro es algo más que escribir un montón de palabras y darles una forma, un sentido. Un libro también era «tacto», el «placer de los sentidos»; especialmente, éste y la vista. En un ordenador, un sistema asimilaba las palabras, se las comía. En una máquina de escribir se veían nacer y crecer en la hoja de papel, en el rimero de las páginas amontonadas sobre la mesa. La medida y el ritmo nacían de ese rimero. Un libro era, primero, concepto; después, papel; se convertía luego en papel impreso, y volvía a ser concepto cuando el lector lo asimilaba.

Tanto o más que al hablar de su abuela, a Ernesto Sanmartín le brillaban los ojos al hablar de su trabajo y de lo que representaba ser escritor.

—Me gustaría que te quedaras más tiempo, todo el verano a ser posible —le dijo con ternura—. Tu abuela parece otra contigo al lado. Nunca está sola, porque es una mujer llena de energía y vitalidad, pero no recordaba haberla visto tan radiante como ahora. Creo que incluso me llegaría a aceptar con tres o cuatro intentos más.

—¿Te has declarado?

—¡Por supuesto! Lo hago casi cada vez que la veo.

—¿Y por qué no acepta?

—Eso mismo digo. Deberás preguntárselo a ella. Yo creo que soy un magnífico partido.

Hablaba en serio cuando decía algo en broma, y en broma cuando decía algo serio. Virginia se echó a reír.

—No siempre gana el mejor —aseguró.

Ernesto Sanmartín asintió con la cabeza.

—Exacto —convino.

Ella captó su intención. Su abuela le había hablado de su problema, la confusión que la dominaba. Miró al suelo. No quería hablar de ello ahora. De pronto, escucharon unas voces juveniles y él chasqueó los dedos.

—¿Te gustaría conocer a gente de más o menos tu edad? —y sin esperar respuesta, la cogió de la mano—. La hija de mis vecinos y su amiga son algo escandalosas, pero desde luego no tienen arrugas.

Quiso decirle que no, que pasaba, que el simple hecho de no tener una amiga, lo que otras consideraban «la mejor amiga», le hacía ser tímida y mostrarse insegura. Los demás veían en ella a un ser diferente, una campeona, una «adulta de diecisiete años». Sin embargo, no pudo hablar ni resistirse a la reacción del escritor. Antes de poder evitarlo, estaba frente a dos chicas que la miraban, sorprendidas, al otro lado de un pequeño muro.

—Concha y Eulalia —las presentó el escritor.

30-30

Llevaba media hora con ellas y ya estaba alucinada.

—¡Te pasas todo el día viajando, viendo lugares fantásticos y conociendo a chicos maravillosos!

—¡Y además eres rica!

—¡No has de ir al instituto como nosotras! ¡Vaya suerte! ¡Tú sí que lo tienes todo fácil!

—¡Vamos, cuéntanos cosas! ¿Tienes novio? ¿Has conocido a algún cantante famoso, como George Michael?

Dejaron de parlotear para mirarse la una a la otra, estremecerse y ponerse a gritar con la sola emoción de imaginarlo. Desde luego, había conocido casualmente a George Michael, lo mismo que a otros artistas famosos, en el torneo de Montecarlo. Pero no quiso decírselo a ellas.

—¿Por qué creéis que tengo suerte? ¿Porque, de acuerdo con lo que pensáis, ligo gracias a la fama y soy libre de hacer lo que me venga en gana?

—¡Claro! ¡Daría media vida por ser como tú y tener tu suerte!

—¿Y qué decís de los entrenamientos diarios, de no estar nunca más de una semana en el mismo lugar, de la tensión, los nervios de cada torneo, las repercusiones de una derrota inesperada o la alegría de una victoria igualmente inesperada, el aburrimiento...?

—¿Aburrimiento? ¿Qué estás diciendo? ¡Nuestra vida sí que es aburrida! ¡Seguro que a ti todos los chicos te hacen caso!

—¿Es que no pensáis más que en chicos?

Volvieron a intercambiar una mirada.

—¿Es que hay algo más? —preguntaron al unísono antes de echarse a reír como locas.

La alucinación aumentó. Daría lo que fuera por tener una amiga, una sola, alguien a quien hacerle confidencias y de quien recibir un

poco de calor, sinceridad y comprensión. Sin embargo, se daba cuenta de que estaba a años luz de ellas.

Y algo más: que sería exactamente igual que ellas de no haberse convertido en «otra cosa» a su edad.

Una adulta.

Una persona «mayor», sin posibilidad de recuperar el tiempo perdido.

Ni siquiera podía juzgarlas. ¿Quién era ella para hacerlo?

—Nos alegra tenerte aquí —dijo de pronto Concha.

—En este pueblo nunca sucede nada, ¿sabes? Incluso el turismo pasa de largo, porque todos van a la costa. Si queremos algo, hemos de ir nosotras allí, y aunque esté cerca...

Concha iba a cumplir los diecisiete en julio. Eulalia era medio año menor. Habían terminado los exámenes y estaban ya a una semana de las vacaciones. Un horizonte de esperanzas se abría ante ellas.

Un verano. Un oasis prometedor.

Si jugaba en Wimbledon, su verano sería una carrera constante, de torneo en torneo, igual que los dos años pasados.

Levantó la cabeza y entonces vio la casa de la colina. Fue un acto reflejo, una sencilla correlación de ideas.

—¿Quién vive ahí? —preguntó.

—¿No lo sabes? —se extrañó Eulalia.

—No, ¿por qué?

—Es Gary Anderson, el cantante inglés. A mi no me gusta, pero estuvo muy de moda hace dos o tres años, ¿recuerdas? Ahora está retirado o algo así.

—Sí —dijo Eulalia, casi quitándole la palabra a Concha—, es un viejo.

A Virginia el corazón comenzó a latirle a toda velocidad.

¿Viejo?

Lo comprobó en un libro, una enciclopedia de la música *rock* que encontró en casa de Ernesto Sanmartín. Gary Anderson tenía tan sólo veintisiete años.

¡Y ellas le habían llamado viejo!

Su cantante favorito, el primero que le hizo soñar y llorar embelesada oyendo sus discos, y emocionada cuando pudo verle en su primer y único concierto en el Palacio de los Deportes de Barcelona, cuatro años atrás. Le gustaba la música pop. Era como cualquier otra fan de los mejores y más atractivos, hasta que surgió la estela incomparable de Gary y se olvidó de los demás. Fue el número uno, el mejor. Todavía cantaba sus canciones y oía las casetes en su *walkman* cuando viajaba. Gary la acompañó en sus primeros éxitos, la ayudó con canciones como *Toma mi mano (si estás sola)* o *Es tuyo cuanto puedas llevar en tus bolsillos*.

Se enamoró de su imagen, de su voz, del encanto que emanaba, aunque tuvo que compartirle con millones de chicas de todo el mundo.

No le había olvidado.

Aunque él llevase más de dos años sin grabar, alejado de los escenarios, víctima, según pudo leer, de una crisis depresiva, y ya sin éxito en lo que fueron sus últimas grabaciones discográficas.

¿Cómo era posible?

El mundo de la música aún era más injusto que el deportivo. En la cumbre hoy, en el olvido mañana. Incluso dos chicas de su misma edad o casi se atrevían a llamarle viejo.

Los nuevos ídolos devoraban a los veteranos.

Halló la razón de muchas cosas gracias a él, y ahora le tenía cerca, estaba allí, en el mismo pueblo, oculto tras los ventanales misteriosos de la casa de la colina. Su madre era española y él siempre habló del cariño que sentía por España. Llegó a grabar en castellano.

Pero jamás habría pensado algo tan simple como aquello: que se hubiese retirado a un pequeño pueblo catalán, lejos de Londres, Nueva York o Los Ángeles.

Y por simpatía, evocando el amor que sintió en un tiempo en el que se abrió a la vida, recordó a Víctor.

Aquella era otra decisión, y muy diferente a la de seguir jugando al tenis o no.

Juego al servicio (0-4)

Dejó de escribir y se reclinó en la silla. Maquinalmente, leyó las breves y apretadas filas de palabras, escritas con letra menuda y pulcra. Fue como si se asomara al corazón de un extraño y, sin embargo, todo aquello le pertenecía. Era suyo.

Querido Víctor:

Imagino que estos días estarás leyendo muchas tonterías acerca de mí, y que te habrá asombrado el secreto, o que mi madre no quiera decirte dónde estoy. Quisiera decirte que estoy bien, pero no es así. Algo ha cambiado, no ya externamente, sino en mi interior, después de lo de París. He pensado mucho en ti, en la intensidad de lo que hemos sentido el uno por el otro, a pesar del poco tiempo que hace que nos conocemos. Nunca me había sucedido nada parecido, y te confieso que tengo miedo. He estado tan sola, he necesitado tanto una mano amiga estos últimos tiempos, que al aparecer tú... No supe cómo reaccionar. Tu declaración de amor, pedirme que fuéramos novios, antes de mi viaje para jugar en Roland Garros... La verdad es que ahora mismo no sé si te quiero. No puedo saber si te necesito porque estoy sola, o si es porque en mí también se alberga ese sentimiento tan hermoso.

Dándome tu amor, de la forma que lo hiciste, me regalaste lo mejor, lo máspreciado, pero he de saber la verdad por mí misma, porque de lo contrario te haría daño. Mi vida es bastante complicada sólo con el tenis. Imagínate unida a una persona. Y, sin embargo, si la respuesta es «sí», lucharemos por hacerlo realidad. Quisiera darte las gracias por recordarme que soy una mujer. Quisiera descubrir...

Se llevó los dedos de su mano derecha a los labios, en los que persistía la huella de aquel beso. Una locura, y sin embargo..., era lo más increíble que le había sucedido, además de ganar en París. Nunca había tenido tiempo para jugar, y menos para amar. Decían que era una adolescente, pero también una mujer.

Y descubría que ella sólo quería ser una persona, un ser humano.

Víctor.

¿De qué color eran sus sentimientos?

Despacio, muy despacio, cogió la hoja de papel con ambas manos y comenzó a rasgarla por la mitad.

No se detuvo hasta haberla desmenuzado en pedazos mínimos.

Quinto juego

0-15

—¿Qué tal te va con Ernesto? —¡Oh!, es muy agradable y simpático; hasta pienso que está un poco loco. Creía que los escritores eran muy serios.

—Ésa es su fachada para que los demás les tengan miedo o piensen que tienen la cabeza a años luz de nosotros. Y no digo que no la tengan, pero en lo suyo, en su trabajo. Viven mil vidas a través de sus personajes, y a veces alguien ha de recordarles que también han de vivir la suya.

—Me ha dicho que está enamorado de ti y que te ha pedido innumerables veces que te casaras con él.

Su abuela enarcó las cejas y la miró atentamente.

—¿Por qué te sonríes, eh? ¿Tanto te extraña que un respetable carcamal me eche los tejos?

—No, lo que me extraña es que le hayas rechazado.

—¡Virginia! —pareció escandalizarse—. No estoy precisamente loca por casarme, desde luego.

—Pero alguien como él...

La abuela se cruzó de brazos.

—¿Qué está pasando aquí? ¿De qué lado estás tú? ¿Te ha seducido con su encanto trasnochado y su aureola? ¿Te ha sobornado diciéndote que eres maravillosa para que me convenzas? ¡Pues lo tienes mal, jovencita!

—¿Por qué? ¿Es por el abuelo?

Esta vez los rasgos de Carmen se dulcificaron. Sus ojos se revistieron de crepúsculos ocre. Instintivamente, miró una fotografía que colgaba en el centro de la pared, orlada por una docena más. El abuelo estaba allí.

—No, no es por él —confesó—, o al menos no es únicamente por él. Sé que tuve una vida agradable, y que está ahí, inamovible en mi recuerdo. Si volviera a casarme, sería algo más, una segunda oportunidad. Pero...

—Pero ¿qué?

—Todos tenemos nuestros miedos, y luchamos por sobrevivir en un equilibrio constante.

—Eso no tiene nada que ver —dijo Virginia—. ¿Le quieres?

—Me gusta, le respeto, estoy bien con él, me encanta charlar, oírle... —dejó de hablar ante el inquisitivo tono de los ojos de su nieta. Acabó forzando una sonrisa y reconociendo—: Sí, supongo que le quiero, o al menos, a mis años, es lo que podríamos llamar amor. Pero eso no significa que piense en casarme.

—¿Es por la edad, por el «qué dirán», por mamá...?

—¡No! —protestó—. ¡Es por mí!

—¡Tú le quieres, acabas de decírmelo! ¡Vamos, reconoce que lo otro también te afecta!

—¿Y si así fuera?

—¡Tú eres la mujer más fuerte que jamás he conocido, abuela! Si me fallas..., ¿en quién voy a confiar?

La acompañó en su sonrisa, aunque había mucho de verdad en sus palabras.

—¡Vaya, va a resultar que deberé casarme para mantener vivo tu espíritu! —dijo—. ¿No te has parado a pensar en algo: que no todo es tan sencillo como eso?

—¡Abuela, Ernesto Sanmartín...!

—¡Virginia, te prohíbo que hagas de casamentera!

Seguían sonriendo, hablando en broma, pero diciendo verdades. Carmen zanjó la cuestión abandonando la sala. Virginia no pudo seguirla. A través de la ventana escuchó el tap-tap de una raqueta y una pelota de tenis. Se abalanzó hacia ella y de la misma forma, rápidamente, retrocedió al ver a Eladio en la pista.

Quería hacerlo, pero no bajó a hablar con él y, mucho menos, a jugar.

Salió de la casa por la puerta principal y entonces se encontró con Eulalia y Concha.

15-15

—Veníamos a buscarte —afirmó la primera.

—¿Adónde ibas? —preguntó la segunda.

Era demasiado tarde para retroceder. Había reaccionado como una ingenua. Si él estaba allí, aunque fuera con la excusa de practicar, era por algo.

—A ningún sitio —reconoció—. Iba a dar un paseo. ¿Para qué veníais a buscarme?

—¿Te gustaría echar una ojeada a la casa del cantante?

Su agitación reapareció.

—¿No me dijisteis que no le conocíais?

—Eso no tiene nada que ver. A ti te gusta, ¿no? Sabemos de un sitio por el que es fácil entrar en el jardín.

—¿Estáis locas?

Concha pareció molesta.

—Bueno, ¿vienes o no? Lo hacíamos por ti. A nosotras...

Puso cara de asco. Le iba. No tenía que esforzarse mucho para cambiarla. Virginia dudó entre volver a entrar en su casa o acompañarlas. Tal vez fuera una oportunidad única. Según ellas, Gary Anderson apenas si salía de casa. Según su abuela, era un bicho raro, loco, solitario, que había sembrado a voleo su leyenda a lo largo y ancho del pueblo, no por meterse en la vida social de la villa, sino precisamente por todo lo contrario. En las últimas fiestas, el alcalde fue a verle para proponerle que fuera el pregonero, disparara el primer cohete y presidiera la cena del ayuntamiento. Se negó. A veces le visitaban amigos ingleses y americanos. Otras, entraban y salían mujeres lo bastante llamativas como para despertar las murmuraciones del pueblo entero. Pero, en líneas generales, seguía siendo un misterio para ellos.

Otro artista.

Y tal vez nadie pudiera entenderle tanto como... ella.

—De acuerdo —dijo—. Me gustaría conocerle.

—Eso es imposible, te lo digo yo —afirmó Concha muy segura.

—Él pasa mucho de todo esto —aseguró Eulalia.

—Puede que le guste el tenis —bromeó Virginia.

Le dirigieron sendas miradas cargadas de escepticismo, pero menos firmes. Luego se colocaron una a cada lado y echaron a andar. A los cien pasos, Virginia ya se había dado cuenta de que hablaban en voz alta y reían por nada, aposta, para que los escasos viandantes de la localidad las viesen con ella.

Era tarde para escapar.

Lo peor eran las incesantes preguntas:

—¿Cuánto dinero ganas por darle golpes a una pelota?

—¿Tienes novio?

—¿Eres virgen?

15-30

Llegaron al pie de la colina con facilidad y subieron por el camino hasta alcanzar casi la cima, orlada por el muro que protegía la casa. Se desviaron de la senda principal, que serpenteaba entre árboles, para no ser vistas, y no tardaron en detenerse. El pueblo se arracimaba siguiendo la orografía del pequeño valle, lo mismo que un diminuto belén, enorme y visto de cerca. Estaba al alcance de la mano. Virginia comprobó que desde allí no se veían ni su propia casa ni la ventana de su habitación.

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó.

Caminaron pegadas al muro unos veinte metros, rodeando la colina por la parte posterior. Las tres se detuvieron ante lo que parecía ser la mejor vía de acceso ilícito a la casa. Por un lado, un árbol que extendía sus ramas por encima del muro, y por el otro, el mismo muro, semiderruido por allí en su parte alta.

—¿Qué tal? —sonrió Eulalia, orgullosa.

—Si nos descubre...

—Hemos venido alguna vez a espiar —confesó Concha, sin darle importancia al tema— y nunca le hemos visto, ni siquiera paseando por el jardín. Y tampoco hay perro. ¿Tienes miedo?

La verdad era que sí, o más bien podría llamarse respeto. Pero ante la posibilidad de estar cerca de Gary Anderson, nada contaba. Cuatro años antes habría irrumpido en su habitación del hotel o donde hiciera falta con tal de conocerle, tocarle, verle. Ya no era una cría, pero aún percibía los latidos de su corazón de fan, el pop-pop-pop mágico de la música. Los viejos recuerdos nunca podían morir, y aquél era, sin duda, el mejor para ella.

El mejor de un tiempo que creía olvidado.

Eulalia fue la primera en subirse al árbol con agilidad para poder escalar el muro, que estaba derruido en buena parte. Desde allí le echó una mano a Concha, y luego las dos izaron a Virginia. Saltar al otro lado fue más fácil, puesto que la elevación del terreno era inferior por dentro. Sin abandonar la protección del muro, se desplazaron hacia la izquierda, agachadas para disimular su presencia.

—El jardín es muy bonito, aunque está algo descuidado —dijo Concha.

—Espera a ver la piscina. ¡Es fabulosa! —señaló Eulalia.

Dejaron atrás un bosquecillo; vieron una glorieta antigua, con un banco circular en su interior y una mesa de madera. Pasaron por entre parterres de flores que crecían un tanto salvajes, y no se detuvieron hasta rodear parte de la casa y llegar a la piscina, verdaderamente espléndida. Cerca de ella había una casita, probablemente destinada a aperos, y ahora a material de jardinería, duchas, servicios, y también una barbacoa.

—Podrías hacerte amiga suya —dijo Concha—. Tú eres famosa como él, ¿no? Así nos dejaría bañar aquí este verano.

En algún lugar de la casa se oía música, una guitarra eléctrica o algo parecido. En parte fue eso lo que las relajó hasta el punto de

confiarse. Y en parte fue también eso lo que las desconcertó cuando escucharon su voz.

Creían que era él, ensayando o algo parecido.

Pero le tenían a su espalda, a menos de diez metros.

—¿Se puede saber qué estáis haciendo vosotras aquí? —dijo con una voz que transparentaba su enfado por la irrupción en su soledad.

15-40

Su primera intención fue huir, siguiendo el ejemplo de Concha y Eulalia, que habían reaccionado con unos gritos de sobresalto. Ahora corrían como locas tratando de escapar. Su segunda reacción fue de ira. Se llamó a sí misma estúpida y, en contrapartida, se negó a portarse como una tonta.

Se enderezó y le esperó.

Luego, casi se arrepintió de su gesto, pero sus rodillas se doblaron y volvió a sentirse como una fan en presencia de su ídolo.

Gary Anderson.

Había cambiado bastante, y, desde luego, parecía mayor de lo que era; pero conservaba aquella aureola tan especial, el tono añorado de sus facciones, el azul de sus ojos y la seducción de su sonrisa. Le traicionaban las leves bolsas de cansancio y los dos profundos surcos que descendían desde su nariz hasta las comisuras de los labios. Vestía informalmente, a su gusto, con unos vaqueros raídos y una teeshirt blanca en la que podía leerse *«I'm a rock 'n roll star»*.

Calzaba unas zapatillas deportivas.

Se detuvo ante ella y la miró atentamente.

—¡Maldita sea! —protestó—. ¿Qué se supone que...?

—Lo siento —dijo Virginia—. Creíamos que no había nadie.

La «vieja» estrella no dejó de mirarla. Primero se dibujó en su rostro una mueca de extrañeza. Luego, ésta dio paso a un cierto

estupor.

—Oye, te pareces a esa chicha del tenis —acabó diciendo.

Virginia se sintió mejor. La fama no dejaba de ser una llave efectiva.

—Soy yo —reconoció.

—¿Virginia Paz? —Gary Anderson dio la impresión de dudarlo—. ¿Aquí?

—También tú estás aquí, ¿no? Y eres una celebridad.

—¿Lo soy?

—¡Oh, vamos! —se atrevió a sonreír por primera vez—. ¡Estaba loca por ti hace cuatro años!

El cantante abrió sus brazos. Los mantuvo así unos segundos, como un espantapájaros vencido, antes de volver a dejarlos caer.

—Es el sino de mi vida. Vaya donde vaya, me encuentro con él —suspiró.

—¿A qué te refieres?

—Tú lo has dicho. Hace cuatro años estabas loca por mí. Ahora, en cambio, te metes en mi casa para curiosear y ver los restos del naufragio. No es justo, ¿sabes?

—Aquí no veo ningún naufragio —dijo ella—. Y en cuanto a lo otro... Si continuaras grabando discos, lo más seguro es que siguiera...

—¿Qué? —la animó a seguir.

Virginia se había puesto roja.

—No, nada.

—¡Dilo, dilo, no me importa! —exclamó—. Pero ¿sabes algo? ¿Dónde estabas tú cuando lo dejé, cuando mis discos empezaron a tener menos calidad, a ser menos comerciales?

Era curioso. Temblaba, pero al mismo tiempo estaba más tranquila. Los efectos de su fiebre adolescente cesaban. El mito caía. Sería mejor decir que cambiaba. El tiempo no perdona.

Gary Anderson todavía sonreía. Era su sonrisa lo que la dominaba.

—Será mejor que me vaya, perdona. No quería molestarte.

—¿Cómo que te vas? Si has llegado hasta aquí, quédate, ¿no? Si has venido a verme, entra. ¿Ni siquiera has pensado que a mí también me gustaría conocerte a ti?

—¿A mí?

—¡Oh, vamos, vamos! —protestó él—. ¿Qué crees que estuve haciendo el sábado pasado? ¡Casi me da un infarto viéndote jugar ese último punto! ¿Cómo pudiste meter la bola en aquel ángulo?

30-40

—¿Por qué lo dejaste?

—Hablemos de tenis, ¿quieres? Es mucho más agradable.

—Llevamos dos horas hablando de tenis —advirtió Virginia—. ¿No crees que ya es hora de cambiar?

—Me gusta el tenis.

—Y a mí la música.

Gary Anderson sostuvo su mirada.

—¿De verdad fuiste *fan* mía? —preguntó de pronto.

—De verdad —corroboró ella—. Estaba en primera fila el día de tu concierto en Barcelona. No había nadie como tú, y aún dudo que lo haya.

—En música, cuatro años son toda una vida. Cada generación proclama sus ídolos y entierra los del pasado. Si tienes alguna hermana pequeña, sabrás de qué te hablo.

—Sé de qué me hablas. Lo que no sé es por qué hablas así.

—No te entiendo.

—¿Qué estás haciendo aquí? —parecía que quería abarcar con sus manos y sus ojos el entorno, no sólo el de la casa, sino el exterior.

—Vivo.

—¿Llamas a esto vivir?

—¡Eh, eh, tranquila! ¿Lo ves? ¿Por qué no seguimos hablando de tenis? Durante una temporada me dieron unas clases, y hasta

jugué un partido benéfico con Boris Becker. Me permitió que le hiciera un juego.

—Dime por qué lo dejaste.

—¿Qué quieres oír: la historia de mi vida? —su tono se hizo más agresivo—. Creía que querías conocerme y ser mi amiga.

—Sigo queriéndolo, pero no olvido algo: que eras el número uno.

—Eso es lo malo —cambió una vez más el tono de sus palabras—, que en música o se es el número uno o no se es nada. Si en un momento dado vendes sólo un millón de discos, poco importa que hayas vendido diez millones de copias del anterior. La música no es el mundo del tenis.

—¿Crees que el tenis es más fácil?

—No lo sé. Dímelo tú. ¿Lo es?

Hablaba un buen castellano, con un ligero acento inglés. Su voz seguía siendo agradable. Paseando entre paredes llenas de discos de oro, premios, galardones y distinciones de todo el mundo, parecía convertirse él mismo en un sonido con entidad propia, una música vocal, llena de cadencias. Ahora, sentados en una amplia sala presidida por los mismos ventanales que divisaba desde su casa, era como si aquella voz cantase para ella.

—El tenis es un deporte, no un arte —dijo Virginia reaccionando.

—La música tampoco es un arte, sino un negocio —dijo él con pesar.

—Tú cantabas, rompiste muchos esquemas. No trates de destruir un sueño, ¿quieres? Mientras vivas, serás cantante y, por tanto, serás un artista.

Gary Anderson plegó los labios, manteniendo el tono de su sonrisa irónica. Parecía estar de vuelta de todo, o al menos lo aparentaba.

—¿Vas a estar por aquí muchos días? —quiso saber.

—Es posible —aventuró ella.

—¿Qué edad tenías cuando me viste actuar?

—Trece.

El cantante llenó sus pulmones de aire. Lo expulsó lentamente.

No dejaba de mirarla a los labios, al pelo, a los ojos...

—Me gustaría que volvieras —dijo de pronto—, pero entrando por la puerta principal.

Juego al resto (0-5)

El locutor deportivo apareció en la pequeña pantalla.

Probablemente ninguna de las dos le habría hecho caso, de no aparecer también la fotografía de Virginia en el ángulo superior derecho de la imagen.

—La misteriosa desaparición de la reciente vencedora de Roland Garros, Virginia Paz, ha sido desmentida esta tarde por su entrenador, Roque Nauber, que ha asegurado ante nuestras cámaras que su pupila está entrenando en un lugar secreto, con vistas a su importantísima intervención, dentro de unos días, en el torneo de Wimbledon. Según Nauber, las especulaciones surgidas no son más que la aureola que desde ahora seguirá a Virginia Paz en su escalada hacia el número uno del tenis femenino mundial.

Virginia cerró los ojos al aparecer esta vez en pantalla su entrenador. Su abuela estuvo a punto de utilizar el mando a distancia y apagar el televisor. Decidió no hacerlo.

No podía ignorarse la realidad.

—Virginia está siguiendo un minucioso plan de trabajo elaborado por mí y por su preparador, Carlos Alce, con vistas a su participación en Wimbledon. Puedo decir que va a ser una de las favoritas en Londres, y desmentir categóricamente los rumores que...

—Están locos —suspiró Virginia—. ¿A quién pretendemos engañar?

—¿Qué quieres: que digan la verdad, que reconozcan que no saben dónde estás ni lo que haces? —le hizo ver su abuela.

—¿Y si no regreso? ¿Y si no juego Wimbledon?

—Dirán que te has lesionado. Todo, menos darle un plato de primera a la opinión pública y a los medios informativos.

Roque Nauber continuaba hablando, respondiendo a las preguntas de un locutor de informativos. Su dulce tono suramericano se arrastraba y prolongaba en los puntos de inflexión. Sonreía con desenfado.

—Esta tarde, hace unos minutos, he hablado por teléfono con Virginia y me ha transmitido su completa seguridad de estar en Wimbledon a la altura de su gran momento. Ella sabe que su éxito del pasado sábado no ha sido más que el primer peldaño real de su escalada. No va a ser fácil, pero su juventud la convierte en la mejor...

Fue Virginia la que alargó el brazo, cogió el mando a distancia y cambió de canal. Un grupo de indios persiguiendo a un vaquero surgió en la pantalla. A ella casi le pareció una premonición.

—¿Cómo están tan seguros de todo? —protestó con lágrimas en los ojos—. ¿Cómo saben que no diré la verdad, y que volveré para jugar con el rabo entre piernas?

—Eres menor de edad. Quizá tu padre cuente con ello —dijo su abuela.

—¿Soy menor de edad para tomar mis propias decisiones, y no para ganar millones, viajar de un lado a otro y ser todo lo que dicen que soy? ¿Es eso justo?

Su abuela bajó la cabeza.

—Te están acorralando —suspiró—. No quieren que tengas ninguna salida, salvo volver y jugar, y, por supuesto..., ganar, o llegar lo más alto que puedas.

Virginia contuvo sus lágrimas. La rabia se apoderaba de ella por momentos.

—¿Por qué papá no entiende...?

No concluyó su queja. Sabía que era inútil. En la televisión, el grupo de indios acababa de capturar al vaquero fugitivo.

Eran demasiados para él.

Sexto juego

15-0

Esta vez, al escuchar el tap-tap de la raqueta y las pelotas impulsadas por la máquina, saltó de la cama, se duchó y se puso su equipo de juego en menos de cinco minutos. Llegó a la pista en el momento en que Eladio conectaba un buen golpe de derecha y se dirigió directamente a la máquina. No habló con él hasta que la hubo parado.

—¿Quieres jugar? —le preguntó.

Pareció pensárselo, pero sólo unos segundos.

—De acuerdo, está bien —aceptó.

Retiraron la máquina sin volver a hablar, y cuando terminaron de despejar la pista de las que habían quedado diseminadas a lo largo del entrenamiento de Eladio, ocuparon sus posiciones. Primero intercambiaron un insulso peloteo de calentamiento. A Virginia le bastaron algunos golpes para darse cuenta de que su abuela tenía razón. Eladio era bueno, con un estilo un tanto elemental, brusco, necesitado de mucha más práctica y con gente de nivel. Pero sus golpes eran potentes: un jugador ágil y con gran capacidad de concentración.

Un elemento ideal para su entrenamiento, para no perder forma.

Con los músculos ya despiertos y empezando ya a sudar, fue la campeona de Roland Garros la que propuso: —¿Un set?

—Como quieras.

Lo dijo con voz átona, sin ninguna emoción. Sortearon el servicio y le tocó efectuarlo, en primer lugar, a Eladio. Bajo un silencio que a ella le recordó el de sus primeros torneos, cuando jugaba en pistas de graderíos vacíos las fases previas, los dos se estudiaron por

última vez. Luego, él lanzó la bola al aire y conectó el primero de sus potentes raquetazos.

Para Virginia fue toda una sorpresa, un ace impresionante. Botó en la esquina y superó su esfuerzo por devolver la bola. Ni llegó a tocarla.

Cambiaron de posición para el segundo servicio de Eladio, y esta vez no se dejó sorprender. Volvió a entrarle a la primera, muy bien colocado, pero Virginia logró restarlo mediante un golpe cruzado. Eladio se movió con mucha agilidad. Conectó un revés, que ella correspondió con otro. Intercambiaron media docena de durísimos pelotazos, buscando las esquinas, y en uno y otro caso el rival siempre estaba allí para devolverlos. En un momento en que Virginia subió a la red, Eladio la clavó con un sorprendente lob liftado que le hizo retroceder a toda velocidad. Su *pashing shot* sobre la propia subida del rival fue decisivo.

—Quince-quince —dijo ella.

Y se dispuso a restar el tercer servicio de Eladio.

15-15

La volea baja de su contrincante se estrelló contra la red. Probablemente es el fallo que, por infantil, desespera más. En aquel caso significaba el juego y el set. Eladio hizo un gesto de fastidio.

—¡Mierda! —protestó.

Virginia se acercó a él. Era el primer momento de relax en los últimos veinte minutos. Su victoria no había sido fácil, pese al 6-1 en el marcador. Eladio se lo había puesto muy cuesta arriba con su resistencia, su fuerza, su ambición y..., posiblemente, algo más.

Algo que ella seguía sin comprender.

¿La palabra era odio?

—¿Juegas siempre así? —le preguntó, deteniéndose al otro lado de la red.

—¿A la campeona no le ha gustado?

—¿Qué dices? Has estado muy bien, de verdad.

—Pero no tanto como para hacerte sombra, ¿no?

—¿Y eso qué tiene que ver? Yo llevo ya cuatro años en el circuito profesional. A ti te bastaría con un par de años para llegar a un nivel competitivo.

—Nivel competitivo —rezongó Eladio haciendo un gesto de fastidio—. ¿De qué estás hablando, si puede saberse?

Virginia comenzó a encenderse.

—Oye, ¿se puede saber qué te pasa?

—¿A mí? A mí no me pasa nada.

—Entonces, ¿por qué estás tan agresivo?

—¿Quién está agresivo?

—¡Tú! —le respondió elevando la voz—. ¡Desde el primer momento me miraste como si fuera... qué sé yo! ¿Tienes algo contra mí? ¿Qué te he hecho, eh?

—¡Oye, tú, no te enrolles conmigo!, ¿vale? Has querido jugar, ¿no? Y hemos jugado. Ahora ¿qué más quieres, darme lecciones? ¿Quién te necesita, tía?

Iba a gritar más que él, pero, sorprendentemente, no lo hizo. Recordó su máxima en el tenis: no perder nunca la concentración.

Por el contrario, dijo:

—Mi abuela afirma que eres muy bueno, y tiene razón —sonrió para reafirmar más sus palabras—. En el campeonato de los estúpidos te llevarías el primer premio, y a lo mejor sin necesidad de jugar.

Por un momento tuvo miedo de que le diera una bofetada, pero no lo hizo. Eladio apretó los puños, le dirigió una mirada acerada y luego le devolvió la sonrisa, cargada de desprecio.

—Tienes razón —dijo—, soy un estúpido. Alguien que no lo fuera no estaría aquí perdiendo el tiempo contigo.

Dio media vuelta y se fue.

No hubo la menor sorpresa en su expresión. Era como si ya fuese familiar allí, amigos de toda la vida.

—Hola, pasa.

—¿Interrumpo algo? He oído música. ¿Tocabas tú la guitarra?

—Sí, para mantener ágiles los dedos —convino Gary.

—¿Componías?

—¡Oh, sí, la mayoría de grupos nuevos me piden canciones! No doy abasto para satisfacer la demanda —se burló él.

—¡Mira que te gusta hacer el tonto! —protestó ella.

El cantante se encogió de hombros sin dejar de caminar a su lado. No se detuvieron hasta la sala de música, un lugar espacioso en el que había no menos de veinte guitarras de todos los tipos: eléctricas, acústicas y clásicas; un piano, un sistema de teclados completo, una batería normal y otra sintetizada, un par de bajos y otros elementos diversos, de percusión, y flautas, saxos, armónicas... Las bobinas de un aparato de grabación giraban recogiendo el silencio. Gary Anderson las detuvo.

—¿No te aburres por aquí? —preguntó él.

—¿Te aburres tú, aquí solo?

—Lo mío es diferente. Tú eres la que está ahora en la cresta de la ola.

—¿Por qué no vuelves?

—Supongo que lo haré en su momento, algún día, cuando quiera o sienta ganas de hacerlo.

—Si anunciaras una gira, la gente se volvería loca.

—Deberías ser mi *manager* o, mejor aún, mi consejera emocional —se burló Gary.

—¿Es que no puedes hablar nunca en serio?

—La gente habla en serio cuando es mayor. ¿Lo somos nosotros?

—Estás loco —suspiró Virginia.

El cantante cogió una guitarra acústica, una Ovation, preciosa, con la madera de la caja labrada a ambos lados. Sus dedos

pinzaron las cuerdas con agilidad. Comenzó a cantar:

*Puede que el viento te hablara de mi soledad.
Puede que me vieras pasar hambriento de
compañías.
Atrapado y vencido por los miedos de lo cotidiano.
Te acercaste a mí oliendo a rosas y hechizos.
Me deslumbró tu presencia de auroras y sueños.
Me capturaste con ojos iluminados de futuros.
Tus manos vendían silencios prisioneros del tiempo.
Al envolverme con tu manto, me sentí feliz.
Sabía que existías y que tenías que venir.
Al pedir que fueras mía por los siglos de los siglos,
sonreíste y tu vibrar me dio la respuesta.
Supe que nunca volvería a estar solo.
Mi larga espera tenía al fin tu deseado premio.
Me uní a ti como se unen la tierra y el mar.
No supe que eras la Muerte hasta que nos
acostamos.*

—Estar locos es lo único que nos permite sobrevivir —dijo al dejar de cantar—. ¿Acaso no lo estás tú? Eres la estrella de la semana, la reina del mundo, la número uno. ¿Y no estás aquí tan escondida como yo? Millones de madres desearían que sus hijas fuesen como tú. Millones de chicos tienen tu póster colgado en su habitación y te desean. ¡Sí, te desean! ¿Cómo sienta eso? Yo te lo diré. Es un cosquilleo infinito, una sensación embriagadora. Te has convertido en la novia de todos. Eres guapa, famosa, libre, rica y, lo que más envidian, una triunfadora. Pero ya ves, ahora estás conmigo. ¿No seremos las dos caras de la misma moneda?

Acarició la guitarra. En la profundidad de sus ojos, ella pudo leer que por primera vez hablaba en serio, a pesar de la eterna sonrisa que colgaba de sus labios.

—Me ha gustado tu canción, aunque tenga un final triste —dijo Virginia.

—¿Es lo único que se te ocurre? —se extrañó él.

—Puede que sea lo único que siga valiendo la pena —apuntó ella.

30-30

Metió la mano en el agua de la piscina y contempló las ondas que se alejaban de él en círculos concéntricos. Hacía calor, pero ninguno de los dos pensaba tomar un baño.

—Creía que la única forma de ser famoso y rico a los diecisiete años era el *rock* —consideró—. Ahora también está el tenis. La mayoría de los campeones de los últimos años destacaron con quince o dieciséis años, como Becker, Graf, Sánchez Vicario, Chang. El mundo está cambiando muy aprisa.

—Sin embargo, parece como si nosotros termináramos cuando otros empiezan. En la mayoría de los deportes, los treinta años son una barrera. Para los músicos no.

—¿Qué dices? Un músico tiene un vida media de cinco años.

—No estoy de acuerdo. Fíjate en los Rolling Stones, Pink Floyd, los Who, o en Clapton, Elton John, Springsteen...

—Se mantienen, que no es lo mismo. Son leyendas. Algunos han pasado por el infierno tras conocer el cielo, y han logrado salir de él, que no es poco. Muchos se quedaron en el camino.

—¿Retirados?

—Nadie se retira nunca en el mundo de la música. Sólo se vive y se muere.

—Entonces, tú...

—¡Eh, para! ¿Qué te propones: ser la voz de la conciencia?

Virginia se cruzó de brazos, llena de determinación.

—¡Es que cada vez que pienso en ti y en esto, y esos dos años de silencio... no lo entiendo! ¡Tú eres especial, tienes un don,

cantas, compones, tocas! ¡Eres carne de escenario!

—Y soy historia —agregó él—. Es lo único que te falta decir.

—¡Eres un cuerno! —protestó ella.

—Las cosas no son siempre como uno quiere. Fíjate en ti.

—Eso es un golpe bajo. Yo estoy empezando y tengo derecho a decidir mi camino.

—Te engañas, y me parece que lo sabes. Escogiste tu camino la primera vez que te enfrentaste a alguien, raqueta en mano, y ganaste. Yo también lo hice a los trece años, cuando me compraron mi primera guitarra, y a los diecisiete conseguí mi primer número uno.

Virginia se dejó caer hacia atrás. Puso sus dos brazos cruzados en la nuca para que le sirvieran de respaldo.

—Los dos hemos crecido muy aprisa, ¿no crees? Aprendimos a tomar decisiones antes que otros —suspiró Virginia.

Gary Anderson sacó la mano del agua, con la que seguía jugando, y se reclinó a su lado.

—Yo, en cambio, pienso que la única que decide es la gente, aunque viva de los éxitos de los demás a falta de los suyos, viendo en los que triunfan el espejo de sus sueños o... la espalda de sus frustraciones.

No quiso teorizar, ni adentrarse en una conversación profunda. En cambio, inesperadamente, hizo la pregunta que más le quemaba en los labios desde su primera visita a la casa del cantante: —Gary, ¿por qué vives solo? Quiero decir...

—Porque cuando se ha hecho de todo, uno también puede llegar a cansarse hasta de eso —la detuvo él, sin darle tiempo a terminar. Y agregó—: Necesitaba estar solo y pensar, sin presiones, sin nadie, lo mismo que tú.

No se atrevió a preguntar nada más.

Y el silencio los acompañó, como una figura yacente a su lado, durante unos cuantos minutos.

30-40

Al salir de casa de Gary y echar a andar por el sendero para regresar al pueblo, que parecía dormido a sus pies, y en el que empezaban a encenderse las primeras luces, pensó en Víctor.

Y no únicamente en él. También pensó en los personajes increíblemente opuestos que habían surgido en su vida en los días más recientes, desde su llegada a casa de la abuela. Los personajes vivos y reales de la gran comedia humana.

Cada cual era su propio mundo.

Un escritor setentón, activo, formidable, abierto y extrovertido, profundamente serio frente a su obra, pero alegre y apasionado frente a la vida. Y, además, enamorado de su abuela.

Un cantante retirado en plena gloria, o forzado tras el primer fracaso, asustado, todavía lúcido, lleno de dudas, amando algo que parecía haberle dado la espalda. Algo tan venenoso y fuerte como la música. Sabía que no iba a rendirse, pero ignoraba cuándo lo descubriría, y mientras tanto... el cáncer del tiempo le estaba devorando.

Dos amigas, íntimas, insignificantemente reales, Concha y Eulalia, para las que sólo contaba su pequeña parcela, la inmediatez del verano, los chicos, un montón de sueños cotidianos. Y por muy distantes que le parecieran, ellas eran el mundo.

Y, por supuesto, Eladio.

El incatalogable Eladio.

Finalmente, seguía estando ella, refugiándose en la concha de la soledad de siempre, arrastrando las mismas dudas. En el fondo, envidiaba a Gary porque él se planteaba su futuro después de haber vivido intensamente, no antes. Y envidiaba al escritor porque a sus años seguía creyendo en algo más firmemente que nunca. Confiando en que cada nuevo libro fuera mejor que el anterior. Y envidiaba a las dos chicas porque se tenían la una a la otra, sin

olvidar que el color de sus sueños era blanco, simplemente blanco, puro.

En cuanto a Eladio, era un misterio.

Pero un misterio que le dolía.

¿Por qué había roto la carta de Víctor? ¿Y si le llamaba por teléfono? Tal vez estuviese preocupado, como todos, y él con más motivo. La quería. Qué extraña palabra. Amor. Con sólo tender una mano y decirle que sí, abriendo su corazón, el círculo se estrecharía hasta desaparecer todos los límites, hasta la intimidad más absoluta. Víctor y ella.

Sus sueños también tenían un color.

Todo un arco iris.

¿Por qué, de pronto, se sentía tan deprimida?

Abrió su espíritu al anochecer, al silencio y la paz. Llenó sus pulmones de aire. No se sintió mejor.

Pero al menos supo que estaba viva, y que ése era el mejor comienzo para todo.

Sentir.

Renacer.

40-40

Era la quinta vez que veía el vídeo de su partido frente a Kathy Bond.

La quinta vez que se descubría a sí misma y recordaba cada momento, cada sensación.

El primer set había sido el de la igualdad, el tanteo de fuerzas, el estudio y el progresivo afianzamiento de golpes, tácticas y moral.

Pudo haberlo ganado cualquiera de las dos.

Pero la clave había sido el segundo.

El decisivo.

Con el 0-3 y el 3-5 en contra, se vio perdida, a un paso de la derrota, y entonces, aun contando que para sí misma era un éxito

haber llegado a la final, se dijo: «Es tu oportunidad y no vas a desperdiciarla, ¿verdad? Serás la campeona. Puedes ganar, ¡puedes ganar! Son las bolas de tu vida, los golpes que siempre soñaste dar en Wimbledon, en Flushing Meadow y aquí. ¡Vas a darlos! ¡Vas a darlos! ¡Adelante!».

Y los dio. Superó el 0-3 y el maldito 3-5. Luchó.

Ése era su secreto.

Luchar.

Luchar siempre, hasta el último segundo, hasta la extenuación.

No había otra forma de sacar adelante un partido, una vida.

Luchar.

El empate a seis juegos, el *tie break*, el empate a cinco puntos. Y luego, aquellos dos tantos decisivos.

—Todo reducido a un *tie break* —susurró para sí misma en voz alta.

La muerte súbita.

Volvió a verse en la pista, arrodillada, llorando. Y después, con el trofeo de vencedora en las manos. Era ella.

Pero ahora le costaba trabajo reconocerse.

Había pasado una eternidad desde aquello.

Ventaja al servicio

Descolgó el teléfono, y al hacerlo fue como si alzara una pesada losa que difícilmente pudiera mantener en alto. Vaciló una vez.

Su dedo se detuvo en el primer número.

Necesitaba hablar con Víctor, oír su voz, pero a cambio, ¿qué podía decirle ella?

Luchó por vencer la confusión, por superar la depresión que, inexplicablemente, la saturaba hasta ahogarla desde que salió de la casa de Gary. No lo logró. Avanzaba por todo su cuerpo, apoderándose de sus terminaciones nerviosas, sus sentidos, su razón.

Y era tan sencillo... Bastaba con marcar aquellos números encadenados, la llave de una puerta llena de calor.

Se atrevió con el primero.

Y con el segundo.

Volvió a sentirle en sus labios. Lo más hermoso, sencillo y puro. Entonces comprendió que si no estaba segura de sí misma, menos podía estarlo de un sentimiento como aquél.

Sólo amor.

Ya no marcó el tercer número, y bajó suavemente la mano que sostenía el auricular hasta depositarlo en la horquilla.

Juego al servicio (0-6 en el primer set) Los primeros recortes de su álbum.

Vendaval Paz, Una niña de 12 años sorprende en el Campeonato de España de tenis, «Mi meta es llegar a ser la número uno antes de cumplir los 20», dice la revelación tenística del año, «Me gusta ganar, pero para mí es más importante aprender», Virginia Paz, el futuro del tenis español...

Y del Rey, de toda la familia real en pleno:

A Virginia Paz. Con el mayor entusiasmo te enviamos nuestra más cordial felicitación por la sensacional victoria obtenida en Roland Garros, y que honra al deporte español y nos llena de alegría a todos los españoles. Abrazos de toda esta familia.

¿Qué pensarían ahora de ella? ¿Qué pensarían si la vieran así? Se acercó a la ventana y contempló las luces de la casa de Gary Anderson. Su ídolo de adolescente. Sin saber por qué, comenzó a llorar. Y no hizo nada por detener sus lágrimas. También ellas tenían el derecho a ser libres.

Segundo Set

Primer juego

15-0

Toda la determinación que la dominaba, y, posiblemente, todavía parte de la «mala leche» con la que se había levantado, acompañó a su voz cuando gritó: —¡Eladio!

El muchacho se detuvo. Al verla, cambió de cara, enarcando las cejas por la sorpresa. Era evidente que no la esperaba. Sobre todo, después del último altercado.

Virginia llegó hasta él.

—Tenemos que hablar —dijo.

—¿De qué?

—Según mi abuela, y acabo de tener una larga conversación con ella esta misma mañana, tú eres un chico estupendo, honrado, sincero. Así que... ¿quieres explicarme qué te he hecho yo, el motivo de tu actitud para conmigo?

—¿Te importa?

—¡Maldita sea, sí! ¿Qué quieres que te diga: que no tengo amigos y que los necesito? ¿O que me haces falta para entrenarme? ¡Vamos! ¿Qué prefieres?

—A lo mejor no te iba a gustar oír lo que realmente pienso de ti.

—Pruébalo. A los que me halagan ya los conozco. Tengo los oídos llenos de palabras aduladoras. Quizá tú me descubras algo.

—¿Por qué no empiezas diciéndome qué te parezco yo?

—De acuerdo. Creo que me tienes miedo.

—¿Yo? —Eladio se quedó estupefacto.

—Sí, miedo por lo que soy, lo que represento... Qué se yo. Ése es tu problema.

—Yo no tengo ningún problema —dijo él arrastrando las palabras—. Tú sí que lo tienes, porque de lo contrario no estarías aquí,

escondida, temblando por la responsabilidad que te ha caído encima.

—No estoy temblando. Son mi vida y mi futuro los que están en juego, eso es todo.

—¡Qué palabras más bonitas! ¿Así que logras el éxito demasiado pronto y te planteas qué vas a hacer? ¡Fantástico, mira! A eso lo llamo una espantada. Creía que eso sólo lo hacían las estrellas del cine.

—¿Qué harías tú en mi lugar?

—¿Quieres saberlo? Está bien, te lo diré. Saldría a jugar en Wimbledon como si fuera la primera vez, a matar o morir, o simplemente a dar cuanto tengo, sin más. Eso es lo que haría yo. Y te diré algo más, de propina. ¡Lo que daría yo por estar en tu lugar! ¡Todo! Pero he de resignarme a ser lo que soy, y punto. Con suerte, a lo mejor algún día hasta gano un campeonato importante a los veinticinco años. ¡Será mi momento de gloria!

—¡No todo se reduce a eso! ¡Hay más cosas!

—¿Tienes problemas? ¿Y quién no los tiene? Piensa en la de chicos y chicas que darían la vida por estar en tu lugar, y que nunca sabrán lo que se siente. Ya sé que no puedes vivir en su lugar, pero... —la miró con las mandíbulas apretadas—. ¿Cuánto te llevaste en Roland Garros?

—Treinta millones de pesetas, ¿y qué?

—¿Y dices y qué? ¡Con eso viviría casi toda mi vida, y podría jugar al tenis! ¿Sabes lo que es el tenis para mí? ¡Lo es todo, todo! ¿Y qué pasa? Pues que he de trabajar, salir adelante, y ser realista hasta el punto de comprender que, por bueno que sea, nunca seré importante, no lo suficientemente bueno como para estar entre los mejores.

—Eso no puedes saberlo —protestó Virginia.

Eladio se apartó de su lado.

—¡Bah, déjame en paz! —dijo—. ¿A quién pretendes tú dar lecciones, si ni siquiera te entiendes a ti misma?

Iba a marcharse. Dio el primer paso.

—Espera, por favor —le rogó Virginia.

30-0

Eladio se detuvo.

—Tengo que trabajar —dijo sin mucha convicción.

—¿Cómo conoces tanto de mí?

—No soy ciego —hizo un gesto vago—. En la tele y en los periódicos dicen un montón de cosas, y también se rumorea lo de tu desaparición. Además, tu abuela me pidió que guardara el secreto, ¿no? No hace falta ser muy listo para saber que dos y dos son cuatro.

—¿Así? ¿Tan fácil? ¡Deberías ser psicólogo...!

—También he visto tus partidos. Bueno..., los tuyos y los de cualquiera que den por televisión, y he leído tus declaraciones. Te ha llegado todo de golpe, y sé que tienes un padre de alivio. Sin embargo, eso no te da derecho a dudar o a tener miedo; debes seguir.

—Es muy fácil para ti. Hablas de dinero, de estar arriba, de que soy el ídolo de miles de chicos y chicas. ¿Quieres saber algo? El dinero no me importa, y no digas que es porque ya lo tengo. No es eso. Mi problema es que me siento explotada, utilizada, y que se me exige cada vez más sin tener en cuenta que no sé si podré darlo. No quiero llegar a los veinte años y entonces verme obligada a dejarlo, rota, rica pero vacía, hundida por perder un torneo. ¿Es mucho pedir desear tener amigos, gente que esté a mi lado y me quiera sólo por mí misma? ¿Es mucho pedir querer ser una persona?

—Lo eres, pero ya no como las demás. Eso es imposible, y tienes que entenderlo. Tú eres diferente, y no me digas que no quisiste serlo.

Virginia no encontró más palabras. Se volvió a hundir en el abatimiento.

—¿Por qué todo ha de ser tan serio? —preguntó sin hablar directamente a Eladio.

—Ellos, los demás, los que te manipulan, no dejan que todo se desarrolle como un juego —dijo Eladio.

—Pues para mí ha de serlo. El día que no lo sea, lo dejaré. Si no lo es ya ahora, lo dejaré ahora. Puede que éste sea el resumen de todo lo que me estoy planteando, de mis dudas. Quiero jugar y ganar, pero ante todo quiero divertirme haciéndolo, porque sólo entonces, si pierdo, lo aceptaré sin traumas y sin que parezca que el mundo se hunde. Para mí, ganar es únicamente parte del juego. Quiero aprender, y a veces se aprende más perdiendo que ganando.

Eladio esbozó una leve sonrisa por primera vez.

—Bienvenida al club de los desesperados —dijo.

—¡No seas tonto! —protestó ella.

—He de irme, en serio —comentó después de mirar el reloj.

—¿Te veré?

—¿Quieres verme?

—Sí.

—¿Por qué?

—Te necesito.

—¿Para jugar?

—Eso también.

Eladio miró al suelo, confundido.

—¿Es por lo que dice tu abuela de mí?

—Y porque en el fondo somos iguales, cabezota.

Eladio tenía prisa, pero la primera en irse fue ella.

40-0

Se encontró a Concha y Eulalia a la salida del instituto. Las dos corrieron a su encuentro antes de que pudiera darse cuenta y escapar. Maldijo su mala suerte.

—¡Hola! ¿Qué haces? —la saludó la primera.

—¡Mira que no tener que ir al instituto! —resopló la segunda.

—Yo también tengo que estudiar, no creas que aprendo por ciencia infusa —se defendió.

—No es lo mismo —protestó Eulalia—. ¿Has vuelto a ver al cantante?

—Sí.

Los ojos de las dos se iluminaron.

—¿De verdad? ¡Cuenta, cuenta!

—¿Qué queréis que os cuente? Nos hemos hecho amigos y nada más. Estoy con él, hablamos de música y de tenis, toca la guitarra... Eso es todo.

—Pero tú estabas loca por él, lo dijiste.

—Es distinto. Ahora es una persona como otra cualquiera, y yo he crecido.

—¡Pues a mí, si George Michael me hablara...! —comenzó a decir Concha.

—¡Si pudiese estar con él a solas, aunque sólo fueran cinco minutos! —continuó Eulalia.

—¿Qué haríais? ¡No seáis crías!

—¡Maravillas! —gritaron casi al unísono, dándose un codazo y mirándose sin poder aguantar la risa—. ¡Haríamos maravillas!

—He de irme —dijo Virginia—. Hoy todavía no he entrenado, y ayer dediqué menos de dos horas a hacerlo.

—¿Te vienes luego a la tarde a mi casa? —preguntó Concha.

—No voy a tener tiempo —mintió. Quería ver al escritor, pero al vivir al lado de ella, no podía engañarla—. ¿Qué vais a hacer?

—Nada: charlar, ver algunos vídeos. Podríamos jugar a algo, o irnos a la costa a ver qué tal ambiente hay.

Deseaba tener amigas y, en cambio, cuando las tenía, no le seducía nada estar con ellas o participar de sus cosas. Claro que Concha y Eulalia no eran ni mucho menos su ideal.

Algo fallaba.

—No podré, pero gracias de todas formas.

—¡Ay, hija, cómo eres! —se lamentó Eulalia.

—Déjala, no sea que vaya a perder ese torneo del que todos hablan por no entrenarse —apostilló Concha.

—Lo siento —fue lo único que pudo decir Virginia.

Juego al servicio (1-0)

Entró en el despacho de su abuelo y se sintió acogida, arropada por el silencio. La cabeza le bullía y los dedos de la mano derecha le hormigueaban. Caminó hacia la ventana y la abrió tras correr las cortinas y subir la persiana, a medio echar. Luego se sentó en el sillón que tantas veces viera ocupar de niña a su abuelo.

Abrió el primer cajón de la derecha. Siempre había en él una buena provisión de hojas blancas. Tomó una y la colocó ante sí. Abrió el cajón central y, entre la docena de plumas, bolígrafos, rotuladores y lápices, escogió una pluma preciosa, negra, con adornos de oro.

Lo que más le costaba era encontrar un título. En esta ocasión, lo tenía bien pensado. El resto siempre le parecía más sencillo. Era cuestión de dejarse llevar y contar la historia de la forma más sencilla y directa posible. Hecho el primer borrador, lo volvía a escribir, enriqueciéndolo con nuevos matices, palabras, ideas...

Su relato iba a titularse *La estrella*.

Se le ocurrió en casa de Gary, hablando con él.

Un ídolo del *rock*, al recordar su vida, se cuestionaba la vejez a los 27 años; el futuro tras creer haberlo hecho todo; la continuidad donde otros tenían que pensar en el principio.

La supervivencia. Y comenzó a escribir.

Segundo juego

0-15

Estaba terminando su tabla de ejercicios gimnásticos cuando escuchó la voz de su abuela desde abajo: —¡Virginia! Quieren verte.

Casi se cayó, víctima del fastidio. Logró recuperar el ritmo de las flexiones.

—Cuarenta y siete... cuarenta y ocho...

—¿Virginia?

—Cuarenta y nueve... y... cincuenta... —quedó boca abajo, en el suelo, y desde esa posición gritó—: ¡Sí!

—Baja, querida.

Concha y Eulalia, sin duda. No había clase los sábados, domingos y fiestas. No podría escapar de ellas. Tal vez supieran darle a una raqueta, aunque lo dudaba. La mayoría de las chicas se movían como patos mareados con una en la mano. Cocodrilos con chanclos.

—¡Que suban!

No pudo escuchar muy bien los siguientes murmullos, aunque creyó percibir alguna indicación de su abuela. Se concentró en el ejercicio final, boca arriba, separando y cerrando las piernas en perpendicular sobre su cuerpo, con los brazos pegados al suelo.

Y fue en el momento de separarlas por segunda vez en forma de V, de cara a la puerta, cuando por ella vio aparecer a Eladio.

Llevaba un maillot muy ajustado. Se quedó paralizada por su presencia y se puso en pie de un salto, aturdida.

Eladio se movió hacia ella.

—Es un buen recibimiento —bromeó. Virginia, algo que estaba siendo ya habitual cuando hablaba con él, se puso muy roja—. Qué, ¿dispuesta? —continuó el muchacho—. Veo que estabas

entrenándote para la paliza que voy a darte. Hoy te gano por lo menos dos juegos.

Y sacó de detrás de la espalda la mano que sujetaba su raqueta de tenis.

0-30

Su abuela canturreaba mientras fregaba los cacharros que luego secaba. A pesar de ser una mujer llena de vitalidad, era la primera vez que la oía tararear una canción, ¡y de Michael Jackson!

—Hoy estás muy alegre —señaló Virginia.

—Tengo motivos —repuso ella.

—¿Ah, sí?

—Comenzaba a estar preocupada por ti, y hoy, por fin, te he visto entrenar... ¡Y a fondo, vaya que sí!

—Tenías razón, Eladio es bueno. Si pudiera trabajar más esos golpes... Tiene un excelente servicio, potencia, un buen golpe de derecha y un buen revés. Necesitaría tiempo, horas, rivales que le dieran juego y, por supuesto, mejorar su golpe más flojo, la volea.

—Te lo dije, y yo nunca me equivoco, por lo menos en tenis.

—¿Crees que llegará?

—Es difícil saberlo. A tu altura pienso que no, pero con alguna ayuda, económica para empezar, podría estar en los campeonatos de España y luego... quién sabe. Todo es posible.

—Tiene capacidad y mucho orgullo, tal vez demasiado.

—¿Te cae bien?

—Sí, por supuesto.

—No lo parecía hace un par de días.

—La gente necesita tiempo para conocerse, para romper el hielo...

—Creía que los jóvenes de hoy lo hacíais todo así —hizo un gesto rápido con ambas manos—. En fin...

Virginia depositó el último plato en el secadero. Dirigió una mirada de fastidio al lavavajillas estropeado y pareció recordar algo.

—Abuela —musitó—, has dicho que tú nunca te equivocas, al menos en tenis.

—Bueno, no soy infalible, pero pienso que estoy bastante enterada.

—¿Crees que mamá habría sido una campeona, una figura de primera línea, de haber seguido jugando?

La abuela pensó la pregunta con detenimiento.

—¿Quedará esto entre tú y yo? —quiso saber.

—Por supuesto.

—Entonces... la verdad es que no. Renunció al tenis por amor, por casarse con tu padre para formar una familia estable, pero si hubiera seguido jugando nunca habría sobrepasado un nivel medio. Era buena, pero no una campeona.

—¿Lo sabe ella?

—No.

—Entonces, ¿puede seguir pensando que, de no haberse casado, habría podido ser una jugadora de élite?

—Sí, y es más, hubo un tiempo en el que... En fin, esa idea le martilleó el cerebro. Fue la resaca natural de los primeros años, tras su renuncia. Tú por entonces acababas de nacer. De no ser por ti, tal vez todo se le hubiera vuelto en contra. Pero gracias a ti justificó su decisión, la aceptó y se acostumbró. Nunca la he oído quejarse desde entonces, aunque Dios sabe lo que a veces pasará por su mente.

—Y ahora, ¿crees que vive de nuevo el tenis a través de mí?

—Sin duda, como lo vivo yo, y eso que no puedo acompañarte como hace ella. Tú eres lo mejor de las dos, posees la ambición que le faltó a tu madre y el coraje del que carecía yo para superarte en los momentos decisivos. Has sido el molde perfecto.

—Entonces, si yo dejara de jugar, ¿no sería como si mamá volviera a dejar de hacerlo por segunda vez en la vida?

Carmen empezó a secarse las manos. Cuando terminó, las puso sobre los hombros de su nieta. Su mirada era grave.

—Es tu vida, cariño —dijo—, y nadie tiene derecho a vivirla por ti, ni a decidir por ti tampoco. Tu madre será feliz siempre que tú lo seas. Ésa es la única verdad.

—¿Todavía no tienes ni idea de lo que voy a hacer, de mi decisión?

Esta vez su abuela sonrió.

—Lo sé, por supuesto, pero sigue siendo tu decisión.

Y le guiñó un ojo como signo de complicidad.

0-40

Ernesto Sanmartín se levantó al morir la última nota de la *Consagración de la primavera*. Accionó el expulsor del compact y retiró el pequeño disco plateado, que hizo nacer en torno a él los colores del arco iris al incidir la luz sobre su superficie. Con él en la mano, suspiró: —¡Ah, Stravinsky! ¿No es grandioso? ¡He oído esta obra un millar de veces y sigue emocionándome como la primera vez!

—¿No te gusta la música moderna, el *rock*? —preguntó Virginia.

El escritor hizo un gesto dudoso con la cabeza.

—Hay cosas que sí y hay otras que no, ¿qué quieres que te diga? Y no creas que soy carca. Nadie ha defendido más la música moderna que yo, ¡y en mis libros! Lo que ocurre es que hay mucho camelo, demasiado disfraz, mucho cambalache en toda esa historia.

—¿Has oído hablar de Gary Anderson?

—Sí, y no porque viva aquí, que conste. Recuerdo un par de canciones tuyas muy buenas. Componía bien y cantaba decentemente.

—¿Decentemente? —saltó Virginia—. ¡Fue el mejor registro de voz de su tiempo! ¡Lo dicen hasta las enciclopedias! —reaccionó al

darse cuenta de algo y agregó rápidamente—: Bueno, quiero decir que es un gran artista hoy, no sólo hace cuatro o cinco años.

—¿Le has conocido?

—Sí, nos hemos hecho amigos.

—Eso tiene su mérito. No sale mucho que digamos de su casa.

—Está atravesando una crisis, como todos. ¿Tú nunca has pasado una crisis?

Ernesto Sanmartín pareció pensárselo seriamente.

—No —dijo por fin.

—¡Mentiroso! —protestó Virginia.

—Bueno, quizá, y en el peor de los casos, algún momento de depresión, pero nada más.

—¿Por qué no te has casado nunca?

—¿De veras quieres saberlo? Está bien. La razón puede resumirse en dos palabras: demasiadas mujeres. Me gustaban todas y nunca me pareció una mejor que otra hasta el punto de llevarla al altar. ¿Satisfecha? Lo cual no significa que me considere un crápula.

—¿Y por qué quieres hacerlo ahora?

—Digamos que me siento... maduro, o sea, que he dejado de ser un joven.

—Venga, hablo en serio —dijo ella.

—Yo también —corroboró él—. Nunca había sentido la necesidad de compartir nada con nadie hasta que la conocí a ella.

—¿Eso es todo? ¿No hay otra razón?

—¡Oh, vaya! Quieres oírmelo decir, ¿eh? Está bien, la quiero. ¿Satisfecha? La-quie-ro. ¿Te parece extraño que dos personas con más de sesenta años hablen de amor?

—No lo sé. No tengo sesenta años.

—También hay gente que se extraña del amor a los quince años. Vamos —se sentó delante de ella, como acorralándola, y preguntó —: ¿Qué habéis estado hablando tu abuela y tú de mí? ¿Tengo tu aprobación? ¿Va a aceptarme?

¡Deprisa! ¡Soy un anciano y puedo morirme de un momento a otro!

Virginia se evadió de su mal fingido cerco. Se alejó riendo en voz alta, viéndole tan impaciente.

—Yo creo que la abuela tiene miedo —dijo.

—¿Miedo? —la cara de Ernesto Sanmartín se transmutó—. ¿De qué?

—Se supone que tú eres el escritor, ¿no? La abuela es como un personaje maravilloso de un libro extraordinario.

Ernesto se derrumbó en su butaca.

—Entonces estoy perdido —confesó abatido—. A mí nunca se me habría ocurrido crear un personaje como tu abuela.

15-40

Con el 3-5 favorable a Kathy Bond en el segundo set, todo estaba a su favor, le bastaba un juego para derrotarla e igualar el partido. Probablemente, entonces la habría destrozado en el tercer y definitivo set. Kathy crecida. Ella intimidada. ¿Cómo saberlo? Tal vez no.

Aquellos dos juegos ¿no fueron más decisivos que los dos tantos finales del tie brak? Entraba dentro de la lógica que ganara uno con su servicio pero ¿y el otro? Kathy se jugaba el ser o no ser. Ella, Virginia, desarrolló entonces el mejor tenis de que era capaz. Restó con potencia y eficacia; subió a la red intimidando a su rival; cuando era ella la que disponía de la oportunidad de hacerlo, apoyada en su servicio, voleó con inteligencia. Kathy sucumbía y supo darse cuenta. Con el 5-5, la pista central de Roland Garros se vino abajo. El público coreaba su nombre.

Luego pudo ganar cualquiera de las dos. Así era la muerte súbita, el *tie break*.

En el primer punto, la bola, impulsada por la americana, se fue fuera por muy poco. En el segundo, el golpe de Virginia tropezó en

la parte superior de la red... y cayó del lado de su oponente.

Suerte.

Nunca había considerado la suerte como un aliado. Solía decir cosas como «la suerte se busca», o «la suerte está del lado de quien la merece y la persigue». Su padre también decía que «la suerte sonríe a los campeones y se burla de los derrotados».

De pronto la descubría allí, agazapada en el vídeo.

¿Qué habría sucedido si aquella pelota hubiese caído en su campo? El 2-0 en el *tie break* le dio alas. El 1-1 lo habría dejado todo nuevamente en el aire.

En el siguiente punto, su volea se estrelló contra la red.

En ese momento había gritado: «¡Y ahora, a por ella!».

El último fallo.

Pero la suerte volvió a acompañarla al conseguir el quinto punto del *tie break*. El juez de fondo cantó mala la formidable bola de Kathy Bond.

Sólo por milímetros.

¿Y qué era lo que daba esos milímetros a favor o en contra: la calidad, la precisión? ¿Una leve ráfaga de viento, el latido del corazón al conectar el golpe?

—Tuve suerte —dijo de pronto en voz alta.

Creía estar sola, y descubrió que no era así. La voz de su abuela surgió de algún lugar, a su espalda: —Un punto es una suerte; un partido, no, Virginia. En un momento de ese segundo set, tú supiste que ibas a ganar y esa chica supo que iba a perder. Incluso puede que tú no supieras que ibas a ganar, pero ella sí supo que iba a perder, y para el caso es lo mismo. Vencer o perder es fruto de una convicción, algo que nace espontáneamente. Y en los momentos más decisivos. Pero hay que creer en las posibilidades de uno mismo para que todo se conjure a tu favor. Las dos queríais ganar, pero sólo en ti se dieron las condiciones para hacerlo. De ahora en adelante, no vuelvas a hablar nunca más de suerte, ¿de acuerdo?

Juego al resto (2-0)

La sorpresa hizo que se le doblaran las rodillas.

—¿Qué has dicho, Quique?

Su hermano se lo repitió. A través del hilo telefónico sonó igual que una revelación.

—Papá lloró anoche hablando con mamá de ti.

—¿Por qué?

—Discutían... Bueno, discuten a cada momento, en cuanto tratan algo de ti, o lo que está pasando contigo. Mamá le dijo que necesitabas respirar, que entre todos te estaban ahogando, especialmente él, por presionarte siempre, por pedirte que ganes, que seas la mejor. Entonces... sucedió. Papá dijo que sólo si se aspira a ser el mejor se llega, al menos, a algo; pero que quien aspira a poco es más que probable que no logre ni siquiera esa meta sin ambiciones, que se quede, incluso, sin nada. Dijo que... te quería mucho, y que por nada del mundo te haría daño, que únicamente buscaba lo mejor para ti.

—¿Y por qué es tan duro conmigo? ¿Por qué no me dice eso a mí? ¿Cuántas veces nos ha dicho que nos quería desde que somos niños?

—Si no regresas pronto, o al menos das señales de vida, acabarán volviéndose locos.

—Volver es algo más que aceptar mi participación en Wimbledon. Es admitirlo todo. ¿No lo entiendes, Quique?

Escuchó el suspiro de su hermano por teléfono.

—La verdad es que no acabo de entenderlo bien —le contestó—. No soy tú, ni soy un campeón, ni sé de qué va todo eso. Te comprendo, pero sólo en parte. Lo que sí está claro es que cuando pase tu tormenta, le hablaré, y entonces el que tendrá el follón seré yo. Me gustaría tenerte a mi lado.

—Estaré a tu lado.

—Eso espero —dijo Quique—. Produce una extraña sensación ver llorar a tu propio padre. Es como... si algo se rompiera, algo muy profundo, íntimo, especial... ¡Mierda! No sé cómo explicarme mejor. Tendrías que haberlo visto con tus ojos, y sentirlo como lo sentí yo.

No podía imaginarlo y, sin embargo...

—Te entiendo —susurró débilmente—; de verdad, Quique, te entiendo.

Pero en su fuero interno se preguntaba si eso era cierto.

Tercer juego

0-15

GARY Anderson se aproximó a ella, e inesperadamente le dio un beso en la frente. Virginia se quedó perpleja.

—Me alegra haberte conocido —dijo él— y tenerte aquí.

—Barcos a la deriva en mitad de la tormenta, ¿no?

—Yo más bien soy una isla —repuso el cantante, y su tono era muy sincero.

—¿Vas a quedarte aquí todo el verano? —preguntó ella.

—Es posible, aunque he de ir a Londres para arreglar unos asuntos, y tal vez a Nueva York y a Los Angeles.

—¿Y estarás solo?

—Durante años he estado rodeado de gente, demasiada gente. Zumbaban a mi alrededor como moscardones, y ni siquiera podía oír sus voces, pues se tapaban unos a otros. ¿Tan raro es que ahora quiera estar solo? Mira —señaló el teléfono—, puedo levantar ese auricular y marcar doscientos números de otras tantas chicas, y al menos ciento noventa y nueve harían las maletas y se vendrían aquí a hacerme compañía, o incluso a vivir conmigo. ¿Crees que es eso lo que necesito?

—No, claro que no —Virginia desvió sus ojos. No le gustaba el giro de la conversación.

Aún palpitaba con aquella súbita demostración de cariño y ternura por parte de su nuevo amigo.

¡Si hubiera podido imaginárselo cuatro años antes...!

—¿Por qué quisiste ser una estrella del *rock*? —preguntó.

—¿Qué quieres, la historia de mi vida?

—No, en serio, dímelo.

Gary Anderson se quedó pensativo.

—Verás —dijo—, al comienzo pensé que era por la música, por lo que sentía, por lo maravilloso que es conectar con la gente, hacer una canción y llegar a un millón de personas distintas. Creía en ello y creía en mí. Después...

—Sigue, ¿qué pasó?

—Ahora pienso que quise ser cantante para tener lo que nunca tuvo mi padre y ganar mucho dinero, ser el mejor, y también para estar rodeado de chicas, sexo fácil.

—Eso no es cierto.

—Sí, sí lo es, querida. La música tiene un alto contenido erótico. Las *fans* miran a las estrellas y las aman, y las estrellas se sienten amadas; y desde lo alto del escenario saben que con sólo extender una mano pueden tenerlas a todas. ¿Quién desprecia un dulce? Yo tenía diecisiete años cuando logré mi primer éxito. Se es demasiado joven para saber en qué lado está la verdad. Todo se mezcla. Ni siquiera sabía si existía la verdad. El vértigo, la prisa, la fama, el llegar a más, conseguir el número uno aquí y allá, las giras, las monstruosas giras mundiales de un año o más de duración, saltando siempre de una ciudad a otra, sin cesar... Hubo un momento en el que dejé de creer en la música para creer únicamente en mí. En mí y en lo que era. En mí y en lo que valía al cambio. En mí y en el dinero, en el poder.

—Pero ahora te das cuenta de todo, te has parado a reflexionar y eres consciente de la verdad. Cuando vuelvas, sabrás...

—Cálmate, ¿quieres? —la frenó él—. Puede que vuelva, no lo sé; pero en cuanto a lo otro, yo no me paré a reflexionar; simplemente me echaron.

—Eso no es cierto. Lo dices para torturarte, para refocilarte en tu crisis. ¡Eres un masoca! Quizá vendieras menos o ya no tuvieras números uno, pero seguías siendo grande, y aún hay millones de fans, o como se llamen, esperándote.

—La música quiere siempre carne nueva, rostros nuevos, sangre fresca para beber. Es como ese cuadro de Goya, Saturno devorando a su hijo. Y no olvides a los medios informativos —

continuó con sarcasmo—. Los mismos que te ayudan a subir cuando no eres nadie te destrozan cuando estás arriba, acusándote de comercial, de repetirte, o de ser demasiado avanzado... ¡Es de locos! Tú das un golpe, y si entra, ganas, mientras que si da en la red, pierdes. Es mucho más sencillo. La presión en la música es demencial.

—Eso no es cierto.

—Entonces míralo de otra forma —arguyó él—. El mundo sólo recuerda a los vencedores. La gente sólo ama al que gana. ¿Hay algo más hermoso que el rostro del triunfador, el mío con un número uno, o el tuyo dando un golpe decisivo?

—Sí —dijo Virginia—, las lágrimas de esa persona, y tanto se llora al ganar como al perder. ¿También has olvidado eso?

0-30

—¿Quieres quedarte a comer conmigo? Cocino bien. Apuesto a que nunca lo hubieras pensado.

—No, mi abuela me espera.

—Tú te lo pierdes.

—¿No ves nunca a tu familia?

—Ven mi dinero. Creo que es suficiente.

—¿Estás seguro?

—¡Eh, oye, pareces mi hermana mayor! —se quejó el cantante.

—¿No te llevas bien con ellos?

—¿Qué quieres que te diga? —dijo él—. Mi infancia no fue precisamente de ensueño. Mi madre siempre sonreía y era feliz. ¡Sangre española! Pero mi padre... no era más que un obrero, y luego fue uno de los tres millones de parados que la Thatcher logró fabricar a fines de los años setenta. Mi futuro estaba claro: ser un parado más o trabajar en cualquier cosa por diez libras a la semana. Así que pensé en ganar un millón de libras antes de los veinte. El único camino era el del *rock*. Mi madre me regaló la primera

guitarra, ahorrando penique a penique. Era un cacharro de quinta mano, pero...

—Y ahora no puedes evitar verlos sin recordar aquello.

—¿Qué te pasa hoy? —exclamó Gary—. Creía que éramos amigos.

—Lo somos.

—Pues suenas como la voz de la conciencia.

—Estoy comenzando a comprender muchas cosas, y no sólo mías.

—A veces no sé si eres un ángel vestido de diablo o un diablo disfrazado de ángel.

—Todos necesitamos a alguien que nos dé un poco de marcha —dijo ella.

—¿Y quién te la da a ti?

La pregunta la atravesó limpiamente. «Touchée», pensó. Estaba sola.

Pretendía redimir a los demás y era incapaz de desenredar el ovillo de su propia vida.

—Quizá tengas razón —acabó reflexionando en voz alta—. Lo mío es más sencillo. Tú has de decidir en base a un pasado, mientras que yo he de hacerlo en base al futuro.

—¿Quieres que te diga lo que pienso? —y se lo dijo sin esperar—. Te han presionado mucho, demasiado, y tratas de demostrarles que han de contar contigo. Nada más. Vas a jugar en Wimbledon, y ganes o pierdas, seguirás, y te convertirás en la número uno del mundo; o tal vez no, tal vez te quedes en el dos, o el tres, pero no te rendirás. Nunca te rendirás. Es lo que pienso. Y cuando lo dejes, serás una buena escritora.

—Entonces, ¿crees que esto de ahora no es más que... una pataleta?

—Llámalo juego. Las dominas desde el fondo de la pista, y no te moverás hasta que ellas suban a la red. También puedes llamarlo huelga. Reivindicas unas condiciones.

—¡Es mucho más que eso! —gritó Virginia molesta—. ¡Es mi vida! ¡Me la estoy jugando ahora mismo!

Y la respuesta de Gary le dolió más que una bofetada:

—¿Estás segura?

15-30

No necesitó tanta concentración cuando halló el nexo, el hilo conductor, y las palabras comenzaron a fluir una vez más, convirtiéndose en una concatenación de signos y expresiones que su mano y la pluma se encargaron de trazar sobre la blanca superficie de la hoja de papel. El leve rastro de tinta azulada fue poblando de vida aquel espacio abierto ante sus ojos.

Garth Amory luchó por apartar la mirada del televisor y fracasó en su empeño. Una fuerza superior a su voluntad le obligó a mirar aquellas imágenes, aquellas escenas que tan bien recordaba. Se vio a sí mismo, diez años antes, feliz y sonriente, agitando la guitarra por encima de su cabeza mientras el público, que abarrotaba el Madison Square Garden de Nueva York, puesto en pie, le adamaba. De pronto, bajó la guitarra y, al pulsar las cuerdas, las notas de Love atronaron el universo de aquel pequeño mundo que todos compartían gracias a la música. Miles de gargantas se unieron a él repitiendo Love, love, love, we need love. Y en primera fila, aplastada por el peso de las chicas que trataban de aproximarse más y más a su ídolo, Cynthia Wood lloraba, sabiendo que ése era el día más feliz de su vida...

Levantó la pluma del papel y leyó lo que acababa de escribir. Puso un par de acentos (¿por qué siempre se olvidaba de ellos?) y cambió una palabra. Lo demás le pareció correcto. Le gustaba.

Y le gustaba la sensación de gustarle. Continuó, mientras por la abierta ventana la noche le traía el lejano eco de una música casi premonitoria.

Garth Amory, el roquero de 27 años, demasiado viejo para el rock, pero demasiado joven para morir, sintió la descarga de adrenalina en sus venas. Las imágenes del televisor murieron, y el locutor reapareció para continuar hablando de la historia de la música rock. La historia. Su mano se movió temblorosa hasta coger la guitarra que siempre tenía cerca y rara vez volvía ya a tocar. Su contacto le hizo estremecer. De alguna forma era su amiga, la más fiel, la única que nunca le traicionaría a menos que él la traicionase a ella.

15-40

¿Por qué se sentía mayor al hablar con Gary? ¿Era porque él le hablaba como a una mujer? No tenía mucho sentido, pero así era. La *fan* que había crecido y salía del pasado para recordarle lo mejor de sí mismo, un ser puro.

Ella también había cambiado con relación a él. Incluso le parecía extraño verse a sí misma a través del túnel del tiempo, cuando temblaba por el simple hecho de ver una de sus fotos, o lloraba de amor por él.

Ahora le tenía, le compartía con la soledad, y juntos, en una simbiosis increíble, buceaban lentamente más allá de sí mismos.

En cuanto a sus sentimientos...

Eso era otra cosa. Algo totalmente inimaginable. Era su amigo. ¿Qué pensaría Víctor de ello?

Víctor.

Tenía que llamarle, o escribirle, y no podía. Aquel último beso lo cambiaba todo. Esperaba una respuesta que no podía darle sin haber solucionado antes lo más esencial. Claro que él comprendería. ¿No era ésa una de las razones de que le gustase tanto? Víctor no se parecía a nadie. Era único, diferente.

¿Eso era... amor?

Buscó en su diario las páginas relativas a los días en que le conoció. Parecían muy viejas, perdidas en el tiempo. Leyó los matices de su entusiasmo, lo que sintió al encontrarse al día siguiente con la alegría de su llamada. Después, los viajes, verle entre torneo y torneo, buscar la evasión en las pequeñas escapadas, saber que todo era posible, hasta aquello.

Amar a los dieciséis años.

Ahora ya tenía diecisiete, y hacía cinco meses desde aquel primer día.

Buscó más atrás, mucho más atrás, para reencontrarse consigo misma, y releyó algunos fragmentos escritos durante aquellos meses. No sólo escribía cuanto le sucedía, sino también cosas que la afectaban o la impresionaban, frases, expresiones, hechos.

Fragmentos de entrevistas de personas famosas, como aquella que anotó tiempo atrás.

Era de Pam Shriver, la jugadora de tenis, en agosto de 1989:

Tengo veintisiete años y he ganado alrededor de cuatro millones de dólares con el tenis, pero he perdido la fuerza y el carisma para estar entre las Top Ten, las diez mejores. Mi problema es que ahora mismo no sé qué va a ocupar en el futuro el lugar del tenis. Me resulta difícil ver a mis antiguas compañeras de escuela casadas y establecidas, mientras que yo sigo viajando constantemente y no tengo ocasión de mantener mis amistades. Estoy hastiada. Es duro ser siempre el blanco móvil de los demás e ir contemplando cómo las compañeras cuelgan la raqueta y pasan al olvido. Y si no disfruto jugando al tenis, ¿qué me queda?

Pam Shriver. Una de las grandes. Había escrito una autobiografía. Apoyaba a varias fundaciones benéficas. Trabajaba

para el Partido Republicano en Estados Unidos... Pero cuando Virginia la conoció se dio cuenta de lo que para Pam significaban la rutina de los viajes, los torneos, los entrenamientos, las comidas calculadas para mantener su forma física, dormir siempre en camas distintas...

Vivir amores pasajeros, efímeros, circunstanciales... Cerró su diario. La misma edad que Gary Anderson: veintisiete años. Miriam, su madre, abandonó el tenis a los diecinueve para casarse con su padre, y a los veinte la tuvo a ella. ¿Cuál era el sentido de unas realidades tan dispares?

Juego al resto (2-1)

Carmen asomó la cabeza por la puerta del despacho.

—Virginia, es tu madre.

Dejó de escribir y se levantó inmediatamente, echando a correr en dirección a la sala. Su abuelo nunca quiso teléfono en su despacho. Era su lugar de trabajo. De todas formas, había una clavija por algún lado. Al llegar a la sala, se echó sobre el sofá y cogió el auricular.

—¿Mamá? ¿Cómo va todo?

—¿Cómo estás, nenita?

La alcanzó de lleno su tono pesaroso, la intensa desazón que se adivinaba en él. Virginia pensó que si la voz sonaba así de cansada, la fuerza que la impulsaba estaría bajo mínimos. Además, la había llamado nenita, igual que mucho antes, o cuando, como en aquel momento, la tristeza la ponía al borde de las lágrimas.

—Estoy mejor, mamá, reencontrándome —aseguró—. Estos días son como una bendición... Pero no dejo de entrenar y hacer gimnasia. ¿Qué te pasa? Te noto agotada.

—Tu padre acaba de irse —le contó igual que si se tratase de un apocalipsis—. Ya no se cree que no sepa dónde estás. Dice... que hay demasiado en juego para tolerarte esta chiquillada.

—No es una chiquillada, mamá.

—Lo sé, y he intentado hacerle razonar, pero... Él también lo está pasando mal. Acepta su parte de responsabilidad, y ha tenido unas palabras con Nauber y Alce.

—¿De veras? —el corazón de Virginia latió un poco más deprisa.

—Sí —continuó Miriam—. Ellos exigen mano dura y plena autonomía para manejar tu carrera, y papá les ha dicho que cuando vuelvas hablaremos de ello.

—Entonces, está cambiando, ¿no? Quiero decir que...

—Virginia, por favor, ¿por qué no hablas con él?

—Mamá, necesito esta semana que me queda, por favor. ¡La necesito!

—Hazlo aunque sea por teléfono. Llámale y...

—¿Y si lo estropea todo? ¿Y si empieza a gritar, como siempre, y me asusta, o me obliga a volver? ¿Y si me localiza por esa llamada? ¡Ahora no puedo volver, mamá!

—Tampoco puedes esconder la cabeza como lo estás haciendo. Comprendo que necesites estar sola para pensar; pero huyendo de tu padre, de Nauber y de Alce no conseguirás nada, salvo complicarlo todo.

—¡No me escondó!

—Entonces, da la cara, te lo ruego —suplicó su madre—. Llámale. Él te quiere. Sea como sea su carácter y su forma de entender las cosas, te quiere. Presiónale, pero no le traiciones. Enfréntate a él, ya no eres una niña, pero no le des la espalda. Su único defecto es pretender que seas la mejor y creer que sus métodos son los más acertados.

—Yo sólo quiero ser yo misma, mamá.

—Díselo.

Se sintió acorralada. Quería colgar. Volver a escribir o salir a dar una vuelta. Ver a Eladio, o a Gary, o a Ernesto Sanmartín.

¿Y no era eso escapar?

—Está bien —aceptó—. Dile a papá que te he llamado cuando estaba fuera, y que me pondré en contacto con él. Dile también que

estoy contenta, que entreno y que necesitaba estos días para estar sola. Dile...

—Le diré que le quieres, hija —suspiró su madre.
Seguramente era todo lo que necesitaba oír.

Cuarto juego

0-15

Se encontraron en el centro de la pista después de que ella le lanzara un lob medido. Eladio, incapaz de reaccionar, hizo el gesto clásico entre los tenistas cuando quieren aplaudir a su adversario por una jugada excepcional.

—Hoy has jugado de fábula —aseguró, admirado.

—Tú me obligas a ello. He de emplearme a fondo.

—¡Eladio Becker! —exclamó con cierta suave ironía.

—¡Eh, hablo en serio! ¿Por qué no me crees? O, mejor dicho, ¿por qué no crees en ti?

—Sé que soy bueno, pero...

—Odio la falsa modestia, te lo advierto.

—¡Está bien, de acuerdo, sor Carácter! ¿Jugamos esta tarde?

—Sí, claro. Espera —le retuvo a su lado antes de entrar en la casa—. ¿Adónde vas ahora?

—A ningún lado. A tomar una ducha y a echarle un vistazo a la moto. Es fiesta, ¿recuerdas? Hoy no trabajo.

—¿Por qué no te duchas aquí y luego damos una vuelta? A mí tampoco me apetece quedarme en casa hoy. Hace un día precioso.

—¿No vas a ver a tu cantante?

—En primer lugar, no es mi cantante. En segundo lugar, tiene sus hábitos, y por la mañana duerme y nunca se levanta antes de las doce o la una. En tercer lugar, como vuelvas a soltar una parida de éstas, te hincho un ojo.

No hubo más. Eladio fingió rendirse, y treinta minutos después, duchados y desayunados, salieron de la casa sin rumbo fijo. Acabaron en la costa, él en su moto y ella detrás, asida a su cintura, procurando que no los viera ningún policía de tráfico, porque aunque

él tenía ya los dieciocho años, el vehículo no estaba autorizado para llevar dos pasajeros. En una pequeña elevación de la abrupta Costa Brava gerundense, en un bosquecillo, se dejaron llenar por la paz del Mediterráneo, su inmensidad azul y su calor.

Fue entonces cuando Eladio le preguntó:

—¿Tienes novio, o como se llame eso ahora?

Era la primera vez que alguien le preguntaba algo así. Ni siquiera su madre sabía lo de Víctor.

—No lo sé —reconoció.

—¿Que no sabes si tienes novio? —Eladio puso cara de extrañeza—. Bueno, al menos eso significa que hay alguien, ¿no?

—Sí —admitió Virginia—, supongo que siempre hay alguien, aunque... En fin, creo que no quiero liarme tan joven.

—Desde luego. Esos rollos casi nunca funcionan bien.

—Pues mi madre se enamoró de mi padre a los dieciocho años, se casó a los diecinueve y es feliz.

—No digo que no haya excepciones, pero..., no sé, a mí me parece que estar toda la vida con una persona es mucho tiempo.

—Sin embargo, el amor más fuerte, el más intenso, dicen que es el primero.

—Hay que vivir, conocer a mucha gente —se expresó Eladio—. ¿Sabes qué pienso? Pues que enamorarse es fácil. Mírate a ti misma. Eres joven, muy atractiva, alta, con un cuerpo sensacional... Cualquiera se enamoraría de ti. Y no digamos si a eso añadimos el hecho de que eres rica, famosa, una gran jugadora de tenis y todo lo demás. ¡Demasiado! Y si no, veamos: ¿cuántos se te han insinuado ya en los circuitos?

Todo aquello era verdad. Tenía que reconocerlo. Pero le pareció demasiado simple.

—Nadie puede elegir la edad para enamorarse. Se conoce a una persona y de pronto..., ¡zas!, sucede.

—¿Quién es él?

—Se llama Víctor y no tiene nada que ver con el tenis.

—También tienes miedo de enamorarte, ¿no?

—Supongo que sí, no lo sé.

—Bueno —suspiró Eladio—, prefiero ser tu amigo.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Eladio la miró a los ojos sonriendo con cierta picardía, pero también lleno de sinceridad.

—Sufriría demasiado enamorándome de ti —dijo—. En cambio, como amigo, ya sé que puedo tenerte siempre que quiera. ¿No te parece mucho mejor?

0-30

—Háblame de tu padre. —¿De mi padre? ¿Por qué?

—Una curiosidad —aseguró Eladio—. Uno siempre siente interés por lo que no conoce.

—¡Oh! —no se le había ocurrido juzgarlo así—. ¿Y qué puedo contarte?

—¿Qué dijo cuando le comunicaste que querías ser tenista?, ¿cómo te trata?, ¿te mima...? Bueno, esas cosas...

Evitaban pasear por el pueblo, aunque les hubiera apetecido hacerlo y tomar un refresco en algún bar frente a la playa, bastante concurrida al ser día festivo y apretar el calor. Pero Virginia temía ser reconocida y que algún periodista la localizara. Ésta era la razón de que caminaran por un extremo de la playa, junto a las rocas que se adentraban en el agua. Allí se levantaban pequeñas nubes de espuma al romperse contra ellas las olas.

—Mi padre es un perfeccionista y un ganador —dijo ella.

—¿Y eso qué significa?

—Significa que en cuanto le dijeron que yo tenía posibilidades, apostó por mí, y muy fuerte. Habló conmigo. Estuve de acuerdo con él porque el tenis me gustaba mucho y me parecía un sueño llegar a ser campeona. Así fue como empezó todo.

—Formidable, ¿no? La mayoría de los padres se oponen a cosas así, y prefieren que los hijos estudien y se hagan

responsables. Dudan de su capacidad y piensan que es difícil que su hijo o su hija sean diferentes.

—Bueno, no siempre. A mí me internó en un colegio de élite, donde estudié, aprendí idiomas y entrené. Y luego seguí los estudios por correspondencia y con profesores particulares. Todo se encaminó a hacer de mí una campeona, pero... ¡qué duro es tener unos padres y no verlos más que en vacaciones o algún fin de semana!

—Tú, al menos, tenías un padre y le veías.

—Sé a qué te refieres, pero no es lo mismo, lo siento. Yo lo pasé muy mal, era introvertida y me sentía muy sola. No tuve amigas ni amigos, y eso es algo que sigo arrastrando desde entonces. Sin pretenderlo, hice lo que mi padre quería: que me abrazase al tenis como única salida. A los trece años ya era campeona de España.

—¿Y él? Orgullosa, ¿no?

—Cuando perdía, me gritaba, me decía que yo no podía perder. Una vez llegó a castigarme por haber fallado ante una chica muy inferior a mí. ¡Me castigó! Según él, es la única forma de llegar a lo más alto. En cambio, cuando ganaba, me decía que había cumplido. Nada más. Que yo recuerde, me ha felicitado tres o cuatro veces a lo largo de mi carrera. Es duro, inflexible, y piensa que los blandos nunca consiguen nada.

—Quiere que seas una roca, para que no te hagan daño.

—Celebro que me apoyes, gracias —comentó con cierta sorna Virginia—. Supongo que papá y tú haríais buenas migas.

—Bueno, habría sido peor un padre que se opusiera y contra el que tuvieses que luchar.

—¡Yo sólo quiero un padre! —exclamó ella—. ¡Alguien que me quiera como hija, y que me consuele si pierdo o, feliz, me abraze si gano! ¿Es mucho pedir?

—Todos queremos algo, ¿verdad? —el rostro de Eladio pareció ensombrecerse—. Unos, un padre a la medida; y otros, simplemente tenerlo. El mundo está mal repartido.

—Lo siento —dijo Virginia.

Eladio se detuvo, con la cabeza baja, mirando la arena de la playa que las olas besaban sin descanso a su alrededor.

—¿Te han dicho alguna vez que tienes los pies preciosos? —dijo de pronto, recuperando su sonrisa.

0-40

Bien, tenía un amigo. El primero.

Él mismo se lo había dicho, aunque... le preocupaba aquella frase. ¿Por qué era complicado enamorarse de ella?

¿Y por qué al hablar de Víctor con Eladio le había echado tanto de menos?

Recordó cómo fue aquel primer encuentro, víspera del día de Reyes.

La gente compraba sus últimos juguetes y regalos para llenar de alegría las casas y provocar miles de sorpresas la mañana siguiente. Padres con las manos llenas de paquetes, caos de circulación, prisas, frío. La gran noche en la que no se veía a ningún niño por las calles de ninguna ciudad. Estaban secuestrados por la ansiedad, el sueño, el misterio y la fascinación.

Ella y Quique también paseaban por entre las tiendas abiertas y llenas de gente, lamentando no tener a nadie a quien comprarle un juguete. Empezó a llover inesperadamente, y se refugiaron en un portal. El chaparrón aumentó en intensidad y en aquel momento vieron a un joven corriendo por la calle en dirección al mismo punto donde ellos se protegían del agua. Se le veía empapado y enceguecido por el agua. A pocos metros del ansiado refugio...

Resbaló.

Cayó al suelo, de espaldas, en medio de un charco.

Desde más de un portal se oyeron risas contenidas o unas carcajadas fuera de tono. Proclamaban a los cuatro vientos la falta de sensibilidad ante la desgracia ajena, aunque ésta venga cargada de ciertos tonos cómicos.

Para Virginia sonaron a latigazo.

El chico empezó a incorporarse, indudablemente humillado. No le dio tiempo a hacerlo del todo, cuando Virginia ya estaba a su lado.

—¿Te has hecho daño? —le preguntó.

Se estaba calando también hasta los huesos.

Y él, recuperado su sentido del humor, sobre todo al verla, le respondió: —Sólo en mi amor propio.

Aquella misma noche, Víctor le regaló un oso de peluche, y ella a él un coche de juguete, de cristal.

Juego al resto (3-1)

En la habitación de Gary había un coche de cristal muy parecido al de aquella noche. Se alineaba encima de la chimenea junto a un busto de Elvis Presley, unas gafas de John Lennon, una pirámide de alabastro y un trofeo de la industria discográfica: el Grammy al mejor cantante *rock* del año. Virginia había visto el pequeño fonógrafo en muchas fotografías todos los años cuando se otorgaban los Grammy en febrero, pero era la primera vez que veía uno al natural. Ni siquiera se parecía a su homólogo, el Oscar, aunque en el mundo musical fuese tan importante como lo era aquél para el cinematográfico.

También era la primera vez que estaba en la habitación de Gary.

—Ya sabes —le dijo él—: llevas a una chica a tu habitación y ya se cree ella con derecho a lo demás.

—¡Mira que eres zángano! —protestó ella.

—Bueno —se encogió de hombros—. Se nota que tú eres una mujer de mundo. ¿Te gusta?

El centro de su atención era un cuadro de Barceló, de gran tamaño y de un tremendo impacto visual. Gary le había hablado con entusiasmo de la obra. Y no precisamente por los millones que le había costado. Por eso quiso ella verla. Rodeado de tantas

pequeñas y grandes cosas íntimas, Virginia comenzaba a darse cuenta de que el cantante podía tardar años en volver al mundo de la música, si es que lo hacía. No le faltaba el dinero. Probablemente sus viejas grabaciones siguieran vendiéndose a ritmo suficiente, lo que le proporcionaba unos buenos derechos de autor.

—Es impactante —admitió.

—Ya has visto que tengo otros cuadros, pero éste es mi favorito. Por esa razón lo tengo aquí.

Virginia paseó una distraída mirada por el resto de la habitación. La cama era enorme y estaba desarreglada. La puerta del ropero, abierta de par en par, permitía asomarse al fascinante mundo de lo que para una estrella del *rock* era la estética de la imagen, aunque Gary no basara nunca en la fantasía visual su buen nombre y calidad. En una mesa, a la derecha de la cabecera de la cama, además de un equipo musical y un montón de compactos, vio un portarretratos con la fotografía de una niña pequeña, de unos tres años a lo sumo. Tenía una sonrisa pícara y despierta.

Virginia levantó la fotografía para examinarla más de cerca.

—¡Vaya! —intentó decir algo en tono de broma—. Siempre rodeado de mujeres extraordinarias.

Gary Anderson se acercó. Le pasó una mano por los hombros. Sonrió al mismo tiempo con ternura.

—Se llama Cheryl —dijo—. ¿A que es preciosa?

—Lo es.

—Es mi hija —susurró él.

—¿Qué?

—¿No sabías que estaba casado? Bueno, supongo que no. Logramos mantenerlo muy en secreto; nos fue muy difícil, no creas. Nos casamos después de que ella naciera. Eileen y yo nos pusimos de acuerdo en que nadie debía enterarse. Yo hacía mi última gira.

—¿Dónde está ahora?

—¿Cheryl o su madre?

—Las dos. ¿Por qué no están aquí contigo?

El rostro del cantante se ensombreció.

—No funcionó —dijo—. Estos últimos dos años han sido... demasiado duros. Eileen se marchó y se llevó a Cheryl consigo. Era lo normal.

—¿La ves a menudo?

Sobró toda respuesta. Virginia se encontró un instante con los ojos de Gary. Volvió a poner el portarretratos en la mesa y salió de la habitación.

Quinto juego

15-0

Conche y Eulalia parecían esperarla a la entrada del pueblo, al pie del camino que conducía a la casa de Gary Anderson. Estaban sentadas en el pretil del puente de piedra que pasaba por encima de la riera. Se le acercaron. En aquel momento prefería estar sola, pero no tuvo más remedio que aguantarlas. Pensaba en Gary.

Se sentía atraída por él, la fascinaba... Y al mismo tiempo, le preocupaba profundamente.

Había algo que no encajaba en la lógica de sus reflexiones en torno a su nuevo amigo. Algo que se le escapaba. No acababa de comprender el porqué de su actitud.

—¿Vienes de verle? —preguntó Concha.

—Sí.

—Chica, deja alguno para las demás, ¿vale? —dijo Eulalia.

—¿Qué quieres decir? —se mosqueó Virginia.

—Eres la única que entra y sale de casa de ése —movió la cabeza en dirección a la colina—, y no es que nos guste, ya te lo dijimos; pero es que también te vimos con Eladio en su moto.

—¿Adónde ibais? —remachó Concha.

—¿Me espiáis?

—¡Qué cosas! No es eso. Pero nos gustaría saber cómo te las arreglas para conseguirlo.

—Yo no hago nada.

—Pues con Eladio es raro —el tono de Eulalia se hizo impertinente—. Es un ligón, y como va de guapo...

—Os lo dije el otro día. ¿Es que no podéis pensar en otra cosa que no sean los chicos? Parecéis dos reprimidas.

—¿Reprimidas? —Concha pareció ofenderse—. ¿Por qué te lo figuras, oye?

—Bueno, dinos qué más hay —exclamó Eulalia.

Las dos se echaron a reír.

—¿Habéis oído hablar de algo llamado amistad? —les dijo Virginia.

—La amistad entre un chico y una chica no existe —aseguró Concha.

—Tarde o temprano, todos van a por lo mismo —la apoyó Eulalia.

—¿No será que cierta clase de personas... esperan siempre lo mismo?

Pareció que plegaban velas.

—Tampoco es para ponerse así. Únicamente queríamos saber qué tal te iba con ellos —Concha trató de quitar importancia al asunto haciendo un gesto despreocupado.

—Con la de gente que debes de conocer, tú tienes que ser ya una experta —dijo Eulalia en un tono adulator.

Virginia se detuvo.

—¿Sabéis cuál es vuestro problema? —les espetó.

—¿Problema? ¿Qué problema? —preguntaron las dos al unísono.

—Veis la vida sin meteros en ella, sin participar, como si os asomaraís a uno de esos seriales de la tele. ¿Por qué no hacéis de una vez lo que queréis, pasando de todo? Tal vez así supierais qué podéis dar y qué podéis recibir a cambio. Por poco que sea... será vuestro, hermanas.

Y continuó andando, hasta que las otras dos la alcanzaron. No podían disimular que no entendían en absoluto la reacción de Virginia.

Ya no volvieron a abrir la boca.

—Abuela, ¿cómo era el abuelo?

Carmen dejó de ordenar la cocina y dirigió a su nieta una mirada llena de perplejidad.

—¿A qué viene ahora eso? —le preguntó.

—Curiosidad, simplemente —dijo Virginia—. Pensaba en él. Si no me equivoco, os casasteis cuando tú ya eras una jugadora famosa, ¿verdad?

—Sí. El mismo año en que perdí la final de Roland Garros. Yo entonces tenía veintisiete años.

De nuevo la misma edad, como Gary Anderson ahora, como Pam Shriver cuando entró en crisis.

—Seguiste jugando al tenis una vez casada, y todavía te mantuviste entre las mejores varios años después de tener a mamá.

—Eran otros tiempos. Yo nunca fui profesional, aunque el tenis me hizo ganar dinero. Los *amateurs* vivíamos otra dimensión dentro del mundillo del tenis. Tampoco había tantos torneos, ni oportunidades, ni *rankings*, ni todo lo que ahora lo hace tan complicado. Tu abuelo formaba parte de la organización del torneo Conde de Godó en sus primeras ediciones. Fue un amor... a distancia, mantenido muy de tarde en tarde, hasta que se me declaró, nos lo tomamos en serio y...

—¿Cuánto tiempo transcurrió entre conocerlos y casaros?

—Cuatro años.

—¿No te pidió nunca que lo dejaras?

—¡No, por supuesto! Sabía que el tenis era tan importante para mí como el amor, por lo menos mientras las fuerzas me acompañaron. Se convirtió en mi representante, o como quieras llamarlo. —¿Por qué tuviste a mamá estando en plena carrera?

¿Fue un accidente?

Su abuela la miró de hito en hito.

—¡Cielos! —gimió—. Hace veinte años, tu madre y yo no habríamos sostenido esta clase de conversación. ¡Válgame Dios! ¡Naturalmente que no fue un accidente! ¿Crees que era como

ahora? Quería tener un hijo antes de cumplir los treinta, para verlo crecer siendo joven, para que pudiera saber que era su madre, no su abuela. El tenis era importante, pero no tanto como para no poder perder un año. Ya te digo que era distinto a como está montado ahora, que si pierdes puntos, bajas en la ATP y te cuesta horrores recuperar el puesto.

—¿Así que el abuelo siempre estuvo de acuerdo contigo?

—Sí, ¿por qué no habría de estarlo? Hablábamos y decidíamos todo los dos juntos. Incluso cuando me planteé retirarme, me pidió que no lo hiciera si no estaba segura. Le dije que no quería arrastrar mi buen nombre por las pistas, lo entendió y... lo dejé, salvo para enseñar a tu madre primero, y a ti después —sonrió con orgullo al decir esto.

—Hoy la mayoría de las tenistas viven con el amor auestas —dijo Virginia—. No sé si me entiendes.

—Y cambian cada mes, o cada semana, con cada torneo. Lo sé. Es como el tenis mismo, rápido y fuerte. Se enamoran y se desenamoran así —hizo chasquear los dedos—. La que no se casa llega a los treinta sola y desesperada, y la que se casa tampoco lo tiene muy claro: llega a los treinta igualmente sola y desesperada, con un divorcio auestas.

—Entonces, ¿qué es lo mejor, abuela?

Se acercó a su nieta y le cogió las dos manos. Dejó pasar unos instantes y luego dijo: —Me temo que esto deberás aprenderlo tú sola, querida, y vivirlo de acuerdo con tus sentimientos, tus circunstancias y otros muchos factores. Nadie puede darte una respuesta sobre algo así. Lo importante es saber comprender las cosas y actuar siempre de acuerdo contigo misma. Sólo entonces es posible que aciertes —de pronto, acentuó su sonrisa, efectuó una mayor presión sobre sus manos y, al tiempo que dulcificaba profundamente su mirada, preguntó—: ¿Quién es él?

Gary le había dicho que era absorbente.

Tal vez lo fuera, al menos con él. Cuanto más pensaba en Víctor y jugaba más a gusto con Eladio, más ganas tenía de estar con el cantante, saber de su vida, oírle hablar de sus conciertos, de las giras, de sus sentimientos. Quizá fuese ansiedad de *fan* insatisfecha. Cumplía un viejo sueño que le había nacido años atrás, cuando para ella Gary Anderson era el todo, la luz, la estrella más luminosa en medio de la constelación más brillante. Todavía se sabía de memoria sus canciones.

Muchas la ayudaron a vivir, a superar momentos y días difíciles.

Cuando se sentía sola, en el internado o preparándose para disputar sus primeros partidos importantes.

Ahora buscaba algo más. Quería animarle, que se enfrentara con valor a sus fantasmas. ¿Era posible? Al menos creía ser su amiga, charlaban, ella le decía lo que pensaba. De lo que no estaba tan segura era de que él la escuchaba.

A veces daba la impresión de vivir tan encerrado en sí mismo y en su mundo, que nada tenía ya sentido fuera de él.

Pero cuando estaba contento y reía contándole anécdotas y momentos divertidos de su carrera musical, era un compañero perfecto, el libro de su historia personal, apasionante, generador de todas las emociones.

Había algo más.

Virginia estaba segura de hallarse cerca de la última frontera. Le faltaba atravesarla y descubrir cuál era la causa del hermetismo que protegía a Gary, su secreto, el color del miedo paralizante que le había llevado a encerrarse en aquella casa y en sí mismo.

Ella, Virginia, vivía con el miedo al futuro; él, Gary, se angustiaba por el pasado.

Esta vez, cuando llegó, no la besó en la frente. Lo hizo en los labios.

Vio las partituras, las guitarras y el piano fuera de su sitio, las bobinas del grabador de cuatro pistas casi agotadas, la sensación de movimiento, y de que algo... estaba sucediendo.

No tuvo tiempo de preguntarlo. Él mismo se lo dijo:

—He estado componiendo.

—¿De verdad? ¿Lo dices en serio?

—Soy músico, ¿no? ¿De qué te extrañas?

—Sí, claro, eres el más prolífico de los autores.

—Está bien —la empujó para sacarla fuera de la sala de música.

Virginia se rebeló. Las manos de Gary le hacían cosquillas.

—¡Vale, vale! —gritó contorsionándose—. No quería ser mala. Déjame quedarme, por favor.

—Si te portas bien, puede que te cante el tema en el que he estado trabajando toda la noche.

—¿Toda la noche? ¿Has hecho una canción entera? ¡Gary! ¡Vamos, cántamela ahora mismo!

—Lo siento, pero no actúo por las mañanas.

—¡Por favor!

—¿Dejarás de meterte en mi vida si lo hago?

—¿Quién se mete en tu vida? Somos amigos, ¿no? Hay dos clases de amigos: los que dan palmaditas en la espalda y dicen amén a todo, y los que dicen la verdad. ¿Quieres que me pase al grupo de los primeros? ¡Creía que tenías ya demasiados de éstos!

Gary la sujetó por los brazos.

—¡Eh, de acuerdo, vale!

—¿Vas a cantármela o no? Tengo cosas que hacer.

—Prométeme una cosa —dijo él. Virginia cerró los ojos cruzándose de brazos.

—¿De qué chantaje se trata? —suspiró.

—Prométeme que no vas a llorar. Volvió a abrirlos de golpe.

—¿Llorar? ¿Y por qué piensas que voy a llorar?

—Pues porque siempre que dedico una canción a alguien, acaba llorando.

—¿Quieres decir que...?

No pudo terminar la frase. Gary la sentó en un taburete de batería y, sin moverse, alargó la mano para coger una guitarra acústica de doce cuerdas. Su sonrisa era un océano de expresividad.

—Señoras y señores —anunció pomposamente—, para ustedes, el estreno mundial de... Virginia.

Su mano arrancó la primera nota. Diez compases después, su voz hizo el resto.

40-30

Aquella noche decisiva, Garth Amory supo que por encima de todo, de sí mismo y de su arte, de cuanto le había impulsado a ser una estrella, lo más importante no era el éxito, sino, simplemente, vivir.

Quizá fuese duro empezar de nuevo. Quizá tuviese que cerrar una gran herida. Quizá debiera seguir recordando lo que tenía que ser inolvidable.

Pero, desde luego, tenía que ser pronto.

Cuando acabó de componer aquella canción, cerró los ojos y se quedó en silencio. Las últimas notas fueron muriendo. Por la ventana irrumpió con suavidad la primera luz de un nuevo amanecer.

Una hora después, cruzó la puerta de su cárcel y comenzó a andar de nuevo.

No sólo cantaban sus labios; también lo hacía su corazón.

Expulsó el aire retenido en sus pulmones y se dejó caer hacia atrás. Estaba tan nerviosa como al iniciar el último juego de un partido decisivo, o al concluirlo, cuando los nervios afloraban y la hacían temblar. Nunca había sentido nada igual escribiendo.

Claro que nunca había escrito de algo que le pareciera real.

O, al menos, próximo a la realidad.

Contempló el medio centenar de cuartillas escritas a mano. Tampoco recordaba haber escrito algo tan extenso en su vida. Probablemente no era igual que hacerlo a máquina, pero, de todas formas, parecía un buen trabajo.

Suspiró satisfecha.

—Mañana —se dijo en voz alta.

Iba a poner la fecha y el nombre al pie de la última página cuando escuchó la voz de su abuela llamándola.

—¡Virginia, ven!

El tono de urgencia le hizo saltar de la butaca de su abuelo.

Juego al servicio (4-1)

—... por lo cual, y pese a los desmentidos de su entrenador Roque Nauber, Virginia Paz, reciente vencedora del torneo de tenis de Roland Garros, sigue oculta y en paradero desconocido, ignorándose si acudirá a su trascendental cita de Wimbledon dentro de poco más de una semana, donde, superada la fase previa, deberá entrar en competición junto a las mejores.

Miró a su abuela. Nunca habría imaginado que por no dar señales de vida se organizara tanto revuelo.

El precio de la fama.

—Pero ¿qué les pasa? ¿Por qué no pueden dejarme en paz?

El locutor continuó hablando. Su voz sonó en *off* sobre las ya conocidas imágenes de su último juego en París.

—Virginia Paz, que debía estar entrenando estos días en pistas de hierba junto a su entrenador Roque Nauber y su preparador Carlos Alce, no se ha presentado en las instalaciones reservadas para...

—No te preocupes —la tranquilizó su abuela—. Deben de andar locos tras de ti para entrevistarte, filmar tus entrenamientos, recoger

tus opiniones día a día... Siempre ha sido así.

—... y por eso las especulaciones en torno a un entrenamiento secreto, que implicaría una crisis en el seno de su equipo, cobran forma a medida que se acerca el decisivo...

—¿Es que no lo oyes? —protestó Virginia—. «Trascendental», «decisivo»... Pero ¿de qué van? ¡Soy yo quien sale a la pista, y quien ha de decidir si es «trascendental» y «decisivo»! ¿Qué pasa? ¿Si gano seré la reina, y si pierdo un fracaso, otra esperanza frustrada? ¿Dirán que Roland Garros fue una casualidad, un azar?

Su abuela bajó el volumen del televisor. En ese momento se produjo un cambio de plano y apareció Sito Pons en pantalla.

Carmen señaló el televisor, o más bien lo que se encerraba tras de sus imágenes.

—Ése es tu principal enemigo —dijo—: la presión. No permitas que te influya hasta el punto de no dejarte pensar por ti misma. Olvídate de lo que quieren los demás y concéntrate en lo que quieres tú. Olvídate de lo que esperan de ti, porque siempre será más y más, y preocúpate de lo que esperas tú.

—Pero, abuela...

—¿De acuerdo, pequeña? —insistió Carmen con aire grave.

Tardó en decirlo, pero lo consiguió.

—De acuerdo.

Le quedaba una semana para convencerse de ello.

Sexto juego

0-15

ELADIO le había dicho que no podría ir a jugar aquella mañana a primera hora, pero que se escaparía más tarde, entre mediodía y la hora de comer. Prolongó un poco más sus ejercicios de gimnasia y, después de desayunar, recogió el manuscrito de su pequeña novela-relato acariciándolo con mimo. Estaba protegido por unas llamativas cubiertas rojas y cosido de forma que resultara fácil manejarlo. Lo introdujo en un sobre para resguardarlo mejor aún y salió, decidida, hacia la casa de Ernesto Sanmartín. Rogó a todos los santos del cielo la suerte de no encontrarse con las inquietantes Concha y Eulalia.

Inquietantes era la palabra, sí.

En cierto modo, le recordaban lo que podía haber sido ella y no era, pero también que en el mundo la inmensa mayoría eran Conchas o Eulalias, inocentes o culpables. Inocentes frente a lo que las rodeaba, la sociedad, los prejuicios, y culpables por no intentar evadirse de ellos con un golpe de timón del que fueran plenamente responsables.

Bien, no quería juzgar, y menos desde su posición de privilegio, aunque lo estuviera haciendo.

Para bien o para mal, se tenían la una a la otra, eran amigas, compartían sus sueños y esperanzas, su horizonte, por limitado que fuese.

Entró sin llamar y, una vez en el recibidor de la casa del escritor, gritó: —¡Ernesto!

Un sonido de ultratumba, procedente del dormitorio, le recordó que entre las buenas cualidades de Ernesto no figuraba la de madrugar. Intentó arreglar el desaguizado: —¡No te molestes,

perdona! —volvió a gritar—. ¡Soy yo, Virginia! ¡Te dejo una cosa encima de la mesa! ¿De acuerdo?

El sonido de ultratumba se repitió.

—¡Adiós!

Echó un último vistazo a su manuscrito. Luego, se llevó las puntas de los dedos de la mano derecha a los labios y le dirigió un beso. Se sentía feliz y nerviosa al mismo tiempo. Como si estuviera ante el veredicto de un editor o se presentara a un premio literario.

—¡Suerte! —le deseó.

Sentía implicada en aquellas cuartillas toda su persona.

Se marchó silenciosa, tratando de respetar el sueño del genio.

0-30

No tenía nada que hacer, salvo esperar la hora de su entrenamiento con Eladio, así que optó por salir del pueblo y pasear por los alrededores en busca de paz y sosiego.

Por una parte rehuía a las dos amigas, entremetidas hasta el hastío, y por otra buscaba la soledad que le creaba el clima que necesitaba para pensar. Las palabras de su abuela la noche anterior todavía flotaban en su mente.

El tiempo se le echaba encima, aunque ella dispusiese de unos días extra por ser cabeza de serie en Wimbledon. Los primeros días del torneo se destinaban a la fase previa, aquella en la que las promesas y las jugadoras situadas en los puestos inferiores del *ranking* buscaban la oportunidad de meterse en la semana grande y luchar con las mejores. Es lo que le había tocado hacer a ella en tres torneos anteriores. No superó las dos primeras, y en la última, el año anterior, lo logró, pero cayó en dieciseisavos ante la cabeza de serie número uno.

Ahora, según estimaciones, y gracias a los puntos de Roland Garros, sería la cabeza de serie número nueve.

—Si decido ir, claro —se dijo a sí misma en voz alta.

No tenía ningún plan concreto. Paseaba de forma mecánica. Sin embargo, no le extrañó lo más mínimo verse al pie de la colina, en el sendero que serpenteaba por ella hasta la casa de Gary, que quedaba a su izquierda.

Comprobó la hora. Si era temprano para un escritor, más lo era para la estrella del *rock*. Pero tenía calor, y al evocar en su mente la imagen de la piscina, se dijo que un baño y un poco de sol no le irían mal. Si Gary se despertaba antes de que ella se fuera, bien; y si no era así... no pasaba nada. La idea le gustó. No llevaba traje de baño, pero tampoco era necesario. Estaría sola. Le bastaría con entrar en la casa sigilosamente, coger una toalla del baño y volver a salir. Gary le dijo que dormía completamente a oscuras, con las persianas, las ventanas y las puertas cerradas. Eso le ayudaba a aislarse de los ruidos exteriores, aunque allí éstos no existieran.

Decidida, deseando lanzarse al agua y tenderse luego al sol, que ya comenzaba a apretar de lo lindo, empezó a subir por el camino, andando sobre el lomo formado por las roderas de los coches en la tierra seca.

15-30

Le extrañaba que, viviendo solo, Gary no tuviera un perro, por lo menos, para cuidador de la casa, y como amigo y compañero. A ella le gustaban los perros. Abrió la verja y caminó por el jardín hasta la puerta principal. Como la de la casa de Ernesto Sanmartín, no estaba cerrada con llave. Le daba la impresión de que eso era un buen signo. Muchas personas no tienen nada y se cierran con tres candados, protegiéndose. En cambio, quienes poseen «cosas» y admiten que únicamente son eso, «cosas», aunque tengan un valor, y evitan vivir prisioneros de sus pertenencias...

Divagaba. Tenía la cabeza llena de ideas. Saltaba de una a otra, enredándose en ellas. Se dio cuenta de que, bajo la paz aparente, reinaba una cierta tensión en el ambiente. Solía sucederle antes de

entrar en competición, antes de iniciar un torneo. Roto el nerviosismo de la víspera, y metida de lleno en la serie ininterrumpida de partidos hasta la eliminación o la victoria final, era distinto.

Sintió fuertemente el reclamo de la piscina. El agua parecía estar deliciosa. En cuanto cogiera la toalla, se zambulliría inmediatamente. Se dirigió al cuarto de baño sin hacer ruido. Al pasar por el salón principal de la casa la primera vez, no vio nada extraño. Se metió en el cuarto de baño, escogió la toalla más grande y empezó a desandar el camino.

Al pasar por segunda vez por la sala, la sobresaltó aquel ruido.

Se quedó inmóvil, asustada, intentando averiguar de dónde procedía y de qué se trataba. Pasaron unos segundos, largos y tensos, y se repitió de nuevo aquel ruido.

Sonaba como el resoplar angustioso de un animal herido.

Pensó en desaparecer a toda prisa, pero algo la retuvo en el mismo lugar.

Gary.

Allí no podía haber nadie más que él. No creía en fantasmas. ¿Un ladrón? Los ladrones, al menos los de las películas, actuaban de noche, no de día. Con la toalla en las manos y los músculos en tensión, avanzó por la sala mirando de uno a otro lado.

Cuando oyó el ruido por tercera vez, se orientó.

Y entonces pudo verle.

Estaba caído al pie del sofá, en una posición grotesca, con la cabeza apoyada en la alfombra. La cara había quedado vuelta hacia ella.

Parecía un islote en medio de los restos malolientes del vómito, ya seco.

No llegó a preguntarse el porqué de lo sucedido. A pesar del susto y la zozobra, tuvo tiempo de ver las botellas vacías en la mesa y en el suelo y notar un intenso olor a alcohol.

Gary estaba completamente borracho.

Se arrodilló junto a él para asegurarse de que se trataba de eso y nada más. No se había equivocado. Utilizó la toalla que llevaba en las manos para limpiarle la boca y la barbilla.

—Maldita sea —rezongó en voz baja.

Estaba sola, así que tenía que arreglárselas. En aquel estado, dudaba seriamente de que Gary pudiera colaborar demasiado. Se puso en pie y miró a su alrededor, dispuesta a organizarse. Lo primero que hizo fue abrir las ventanas para ventilar la sala. Luego, fue a la habitación del cantante, desarreglada como siempre. Regresó a la sala, apartó el sofá y consiguió poner a Gary, una vez en el suelo, boca arriba. Lo único que hizo él fue resoplar un par de veces. Parecía haberse bebido toda su reserva de vinos.

Junto a las botellas vio una carta, pero en ese momento no le prestó la menor atención.

No podía cargar con él; ni siquiera levantarlo más de un par de palmos. Optó por lo más práctico. Le arrastró como pudo hacia la habitación. No le fue nada fácil. Tuvo que descansar.

Cuando tenía unos once años, vio a un borracho en la calle y le dio mucha pena. Estaba caído en el suelo, sin que nadie le hiciera caso ni le ayudara. Canturreaba feliz y ajeno a su situación. Nunca lo había olvidado. Ahora, ante un caso parecido, repetido en una persona a la que quería como amigo, la sensación era confusa: de impotencia, de rabia, de incompreensión, de incomodidad. ¿Qué sentido tenía aquello? ¿Qué significaba aquella borrachera?

Llegó a la habitación y tendió a Gary en el suelo, al lado de la cama. Subirlo a ella fue lo peor. Furiosa y rebelde contra todo, sacó fuerzas de flaqueza y lo consiguió. Luego, cerró la puerta.

Necesitaba el baño más que nunca, pero al ver el estado en que se encontraba la sala, se olvidó de ello. Odiaba hacer cosas así, pero pensó que los amigos son para las ocasiones, y que aquélla

era su ocasión. Venciendo el asco que sentía, limpió el vómito y luego ordenó lo esencial, retirando las botellas vacías. Al terminar y dejarse caer en una de las butacas, agotada, volvió a ver la carta.

No quería leerla, no le incumbía; pero al cogerla y ver la firma... no pudo vencer la tentación. Eileen. La exmujer de Gary. Sus ojos tropezaron con un párrafo en el que aparecía el nombre de Cheryl:

... no es fácil para mí. En realidad no sé lo que siento. A veces creo que aún te quiero, y otras te odio por lo que nos hiciste. Sin embargo, sé que estás intentando curarte, y que has pagado ya un precio por ello. De una forma o de otra, Cheryl te necesita, eres su padre, y deberías verla. Ella no sabe nada del mundo de la música, ignora que su padre es una leyenda del rock. Sólo sabe que sus amigas tienen a alguien, además de su madre, y ella no. Hace ya un año que saliste del hospital para desintoxicarte. ¿De qué tienes miedo? Mientras no te enfrentes al mundo, a tu mundo, que es la música, y vuelvas a cantar, no sabrás si has vencido o no a las drogas. Puedes seguir encerrado ahí el resto de tus días, pero eso no significará que lo hayas logrado. Si conseguiste darte cuenta a tiempo, aceptarlo, ir por tu propia voluntad al hospital y vencer toda aquella pesadilla, ¿por qué no das el último y definitivo paso? ¿De qué tienes miedo, Gary? Si no lo haces por ti, hazlo, al menos, por Cheryl. Algún día será mayor y nos juzgará, a ti a mí. ¿Ya no recuerdas que juramos darle un mundo mejor?

30-40

El baño, la hora que pasó tumbada al sol, pensando, no le sirvieron de mucho. Cuando se vistió para regresar a su casa, continuaba

visiblemente alterada, confundida.

Y también, ¿por qué no decirlo?, violenta.

Ahora conocía el secreto, aquella última frontera que había estado intuyendo. Y de todas formas no podía hacer nada, salvo que quisiera traicionarse a sí misma y poner, además, en un aprieto a Gary.

Se preguntó qué habría sido lo primero, si las drogas o el declive. Quizá ambas cosas fueran juntas a la hora del ocaso prematuro de una estrella. Sin embargo, no estaba vencido. Volvía a ser él, ¡incluso componía! Por lo menos había escrito su canción, *Virginia*. ¡Eso significaba algo!

La ira fue cediendo poco a poco. Comprendía que bajo la aparente calma de Gary debían de esconderse miedos y tensiones. Se dio cuenta de que si parecía no tomarse nada en serio y bromear hasta con su ocaso, era por todo lo contrario, porque le afectaba y se preocupaba. Aquella era su forma natural de protegerse, el escudo que utilizaba frente a la vida.

Estaba reuniendo fuerzas para dar el salto de nuevo.

Y en su decisión residía el peor de los riesgos: fracasar y entonces hundirse ya sin remisión, estrepitosamente.

Aquello era lo que seguía reteniéndole allí.

Ni siquiera se había fijado en la hora, así que se sorprendió mucho cuando, al pie de la colina, se encontró con Eladio. Entonces recordó su cita para jugar después de mediodía. El tiempo se le había echado encima. Al llegar frente a su amigo, se encontró con sus ojos, en los que se adivinaba el disgusto, pero, sobre todo, una gran irritación.

—Deberíais formar un dúo —le dijo Eladio señalando en dirección a la casa de Gary.

—Tal vez lo hagamos. ¿Por qué?

—Te pasas el día con él.

—Las horas que no entreno contigo, sí, ¿y qué?

—¡Eh, eh, que soy yo el que lleva una hora de plantón, buscándote, y debería estar trabajando!

—¡Pues trabaja! ¿Quién te necesita?

Caminaban el uno al lado del otro, pero a un ritmo vivo. Eladio se detuvo en seco.

—¡Supongo que él te necesita más, o tú a él! —exclamó.

—¡Tenía un problema y soy su amiga!

—¡De acuerdo, pues entrénate con él!

Eladio echó a andar de nuevo a toda prisa. La dejó atrás enseguida.

Virginia se sintió como una estúpida.

—¡Mierda! —exclamó—. ¿Adónde vas? ¡Espera!

Llegó hasta él. Al cruzarse sus miradas, el acceso de furia se desvaneció en los dos a la vez. Eladio lanzó un suspiro de fastidio.

—Lo siento —dijo ella—. Se me fue el santo al cielo y me olvidé de la hora.

—Da igual, no importa. Yo también...

—¿Jugamos?

Eladio asintió con la cabeza, en silencio, y en silencio echaron a andar.

Juego al resto (5-1)

Lanzó la bola hacia arriba e hizo el primer servicio. La pelota se estrelló en la red. Hizo el segundo servicio liftando la bola, con cuidado para no cometer doble falta. Después del *deuce*, la ventaja era ahora de Eladio, que esperaba al fondo de la pista para restar.

La bola, con un efecto complicado, llegó al campo de Eladio, preparado para hacer la devolución. Rapidísimamente, Virginia subió a la red para ganar terreno y rematar sobre la devolución de él.

Eladio conectó un irresistible golpe de derecha.

Se vio literalmente desbordada, así que se vio obligada a hacer un gran esfuerzo. En pocos segundos tuvo que cambiar la orientación de sus pies y sus rodillas, someter su cuerpo a una

tremenda torsión, intentar ganar la línea central de la pista y alargar el brazo para darle a la pelota. Lo consiguió, pero a base de desequilibrarse por completo y quedar inerme frente a la mejor situación de su rival.

La volea a dos manos, cruzada, situando la pelota lejos de su alcance, la superó limpiamente.

—¡Juego! —cantó Eladio.

No se movió. Paseó su mirada furiosa por la red y estuvo a punto de imitar al John McEnroe más irascible, el de sus mejores tiempos, estrellando la raqueta contra la parte superior de la misma.

Tal vez no fuese su día.

Tal vez.

—¿Qué te pasa hoy? —preguntó Eladio.

¿Importaba mucho la verdad?

—¡Estás jugando muy bien! —le dijo, y sonrió al agregar—: Realmente bien.

Séptimo juego

15-0

Estaba nerviosa, así que decidió no andarse por las ramas. Después de pasar tres veces, «casualmente», por delante de la casa del escritor, con la esperanza de verle o de que él mismo la llamara, para que no se le notara su ansiedad, optó por hacerse la valiente y dar la cara. No parecía nada anormal entrar a preguntarle si ya se había leído su relato.

A fin de cuentas no era más que una opinión, autorizada, eso sí, pero una opinión.

Entonces, ¿por qué estaba tan nerviosa? Parecía una principiante a punto de jugar con la número uno del *ranking* mundial.

Traspuso la puerta de la cancela y avanzó con paso firme hasta la de la entrada principal. La abrió y asomó la cabeza por la abertura.

—¡Ernesto! —llamó.

Al no responderle nadie, entró para asegurarse de que el escritor no estaba en casa.

—¡Ernesto! —repitió.

Nada. Se había ausentado de casa. Maldijo su suerte, y al disponerse a salir, vio su novela-relato encima de su mesa de trabajo, abierta por la mitad. Se aproximó y descubrió una serie de anotaciones al margen, hechas a lápiz. Su corazón latió mucho más aprisa.

Las anotaciones eran abundantes.

Se preguntó si eso sería bueno o malo, y llegó a la molesta conclusión de que se aproximaba más a lo segundo que a lo primero. Un buen escritor no necesitaba correcciones. ¿O sí?

No lo sabía.

En todo caso, Ernesto Sanmartín estaba trabajando a fondo en su pequeña obra. Eso era lo importante.

Se encogió de hombros y lo dejó todo tal como estaba. Leyó un párrafo de la novela que estaba escribiendo él y le pareció magnífico. Suspiró llena de admiración.

«Algún día escribiré así», se dijo.

Luego, salió de la casa sin que nadie la viera. Y al decir nadie pensaba especialmente en Concha, la vecina del escritor.

30-0

Mientras preparaba la mesa para la comida, hizo la pregunta: —Abuela, ¿cuándo volverá a cenar con nosotros Ernesto?

—Mañana o pasado, cuando se lo digamos. Una vez a la semana está bien, ¿no te parece?

—¿Qué pasa, que si le invitas más habrá murmuraciones en el pueblo? Ahora estoy yo aquí. Podrías aprovechar.

—¿Aprovechar qué? —se asombró Carmen Sala.

—Pues... veros, charlar, todo eso.

—Nos vemos y charlamos cuando queremos. No hace falta invitarnos a cenar, y en cuanto a lo de las murmuraciones... ¿No crees que le echas demasiada imaginación al asunto?

—¿Yo? —el tono de Virginia fue de pretendido asombro—. Era únicamente una sugerencia. Olvídalo. Ya te dije que me caía muy bien.

—No estarás volviendo a lo del otro día, ¿verdad?

—¿A qué te refieres?

—A tu interés casamentero.

—¡No es por eso, mal pensada! —saltó Virginia—. Me pidió que le escribiera algo y lo he hecho. Ahora tengo un interés natural por saber qué opina de mi trabajo. Supongo que si viene a cenar, me lo dirá.

—Puedes ir a su casa.

—Ya he ido y no estaba.

—Pero sigues pensando que no estaría mal eso de tener una abuela tenista y un abuelo escritor: tus dos pasiones juntas.

—Pues mira, ahora que lo dices...

—¿No habías pensado en ello?

—No, no, qué va.

Su abuela le lanzó un pequeño cojín. Virginia lo eludió ágilmente. Luego se entabló entre ellas una breve pelea, en la que las cosquillas dejaron muy pronto sin fuerza a la abuela.

—En serio, ¿por qué no te casas con él? —preguntó Virginia.

—¿Crees que debo hacerlo?

—Estás sola —insistió ella—. Podrías vivir en casa con nosotros, pero a ti te gusta esto, y me parece bien. Sin embargo..., yo no podría estar sola, ni ahora ni nunca; y me refiero a esa clase de soledad, la de tu propia casa, porque bastante sola me siento en los hoteles y en tantas partes adonde voy. Pienso que compartir algo es lo mejor del mundo, y si ese algo es un poco de ternura, de cariño..., de amor...

—Eres una romántica —dijo Carmen.

—Pues, según mamá, tú y yo somos iguales, así que...

—Anda, deja ya de arreglar mi vida y vamos a comer.

—Pero a ti te gusta, ¿no?

—Virginia...

—Está bien, me callo. Lo que pasa es que...

—Virginia...

Pasó los dedos pulgar e índice por sus labios, herméticamente cerrados.

—¡Cremallera! —dijo entre dientes.

40-0

Eladio llegó alrededor de las siete, a la carrera, jadeando. Virginia ya estaba en la pista, peloteando sola, con la máquina lanzándole las

bolas a uno y otro lado. No intercambiaron ningún saludo. El recién llegado le plantó delante de los ojos un periódico deportivo que llevaba bajo el brazo.

—He pensado que esto te interesaría —dijo.

En uno de los ángulos de la portada —la mayor parte la llenaban una fotografía de un futbolista y unas explosivas declaraciones—, se vio a sí misma con cara de mal humor, casi silueteada sobre un fondo de color rojo. No tenía la menor idea de dónde procedían la mayoría de las fotografías que publicaba la prensa, o de cuándo se las habían sacado. Al pie de su imagen leyó: «Virginia necesita disciplina», y en otro tipo de letra: «Declaraciones en exclusiva de Roque Nauber, entrenador de la campeona de Roland Garros».

—¡Oh, no! —se lamentó.

—No estaba seguro de si debía traértelo —manifestó Eladio—, pero al final he pensado que era mejor que lo leyeras. Siempre es preferible estar informado de lo que pasa.

Virginia cogió el periódico deportivo y le entregó a él la raqueta. Pasó las primeras páginas hasta dar con la supuesta entrevista en exclusiva. Las fotografías de Nauber gesticulando y hablando al periodista se complementaban con una de ella. El titular principal era el mismo de la portada. Intercalados con el texto y las fotos, leyó otra serie de titulares secundarios, frases destacadas de la entrevista: «Puede convertirse en la número uno si trabaja veinticuatro horas al día. El éxito de Roland Garros le ha llegado demasiado pronto, pero ahora no puede dejar escapar la oportunidad. Virginia ha de salir a ganar en Wimbledon. Otra cosa sería decepcionante. No es cierto que se le esté haciendo trabajar en exceso, creando problemas en el ritmo de su crecimiento normal. El padre de Virginia confía en Carlos Alce y en mí».

—¡Mierda, mierda! —explotó dando una patada en el suelo.

Devoró, más que leyó, la entrevista. Unas veces repetía las mismas expresiones de ira; otras se veía obligada a releer un párrafo porque, debido a la velocidad, se le escapaba parte del significado; las más, abría los ojos y la boca alucinada, para proferir:

—¡Está loco! Pero ¿quién se cree...? ¡No puede decir eso! ¡Mentira! ¿Por qué no dice que quieren convertirme en una máquina?

Eladio la miraba fijamente. Era la primera vez que compartía sus sentimientos tan de cerca. Sus ojos, más que nunca, expresaban solidaridad y afecto. Virginia no se dio cuenta de ese detalle.

—¡Fíjate! —y leyó en voz alta—: «A sus diecisiete años, Virginia corre el peligro de convertirse en una niña malcriada. Necesita la madurez que proporciona el trabajo constante. Ha de ser consciente de su responsabilidad y actuar en consecuencia» —luego gritó—: ¿Responsabilidad? ¿Qué responsabilidad? ¿Y para con quién? ¡La única responsabilidad que tengo es conmigo misma y con los míos!

—Cambia de entrenador —dijo Eladio.

—«Es cierto que la victoria en Roland Garros —siguió leyendo ella— ha cambiado radicalmente a Virginia. Antes creía que podía ser la mejor. Ahora lo sabe. Es un compromiso evidente. Ésta es la razón de que esté retirada y en paradero desconocido, para mentalizarse de cara a Wimbledon. Sólo si se mentaliza debidamente podría desarrollar todo el tenis que lleva dentro, hasta rayar la perfección. Su padre, Claudio Paz, la ha puesto en nuestras manos» —se apoyó en su amigo y exclamó—: ¡Esto es una pesadilla!

—Cambia de entrenador —repitió Eladio.

—¿Qué? —Virginia pareció despertar de golpe.

—Escoge a alguien que te trate como a un ser humano, y punto.

—Pero mi padre...

—No puedes cambiarle a él también, claro —apuntó Eladio—, pero creo que ya es hora de que tomes algunas decisiones. Cuanto más esperes, será peor. Recuerda aquello de coger el toro por los cuernos.

No hizo comentario alguno. Continuó mirándole con fijeza hasta que, lentamente, empezó a doblar el periódico.

Un primer rayo de determinación asomaba a sus ojos.

Juego al servicio (6-1 en el segundo set)

Al oír su voz, no pudo evitar echarse a temblar. Su valor inicial menguó a marchas forzadas.

Todavía seguía representando mucho.

Demasiado. Tal vez todo.

—¿Papá?

La sorpresa fue considerable al otro lado del hilo telefónico.

—¡Virginia! ¿Dónde estás? ¡Maldita sea, hija! ¿Se puede saber...?

—Papá, por favor —le interrumpió ella—, no grites.

—¿Y qué quieres que haga, que sonría y te pregunte si lo estás pasando bien? Vamos, dime dónde estás.

—No puedo decírtelo, papá; al menos por ahora. Sólo quería hablar contigo y decirte que...

—¡Virginia, basta ya de tonterías!, ¿quieres? ¡Faltan unos días para Wimbledon y deberías estar entrenando sobre hierba! ¿Quieres echarlo todo por la borda?

—Papá, hace un par de semanas fui a Roland Garros suspirando por llegar a cuartos de final como mucho, ¿y ahora me dices que si voy a echarlo todo por la borda? Sigo siendo yo, ¿recuerdas? Y precisamente porque sigo siéndolo es por lo que he querido apartarme de todo y pensar.

—¿Pensar? ¿En qué?

—En mí y en mi futuro.

—Virginia, ¿de qué estás hablando?

—¿Por qué no me escuchas, papá? Estoy intentando decírtelo. ¿Por qué no me escuchas a mí en lugar de hacerlo con Nauber y Alce? Me gusta el tenis, sé que es parte de mi vida y que puedo llegar muy lejos. Me gusta, pero trato de que siga gustándome. ¿Es tan difícil de entender?

Su padre volvió a interrumpirla.

—Escucha, ¿por qué no vuelves a casa y lo hablamos tranquilamente? No creo que por teléfono...

—Papá, no pienso volver sin antes saber lo que quiero, cómo lo quiero y de qué forma podré conseguirlo.

—¡Pero Wimbledon...!

—¡Olvídate de Wimbledon, por Dios! —gritó con las lágrimas a punto de derrumbarla interiormente—. ¡Puedo ir y caer en la primera ronda, o ganar, y ni en uno ni en otro caso será tan importante como...! ¡Oh, papá!, ¿crees que no había soñado mil veces con levantar por encima de mi cabeza el trofeo de Roland Garros, o el de Wimbledon, o el de Flushing Meadow? ¡Hubiera dado diez años de mi vida por conseguirlo! ¡Pues bien, ya lo he logrado, al menos con uno de ellos, y es ahora cuando precisamente me doy cuenta de que eso no es lo más importante!

—Entonces, ¿qué es lo más importante, hija? —preguntó Claudio Paz, aparentemente tranquilo.

—Ser uno mismo, papá, y ser feliz; estar de acuerdo con lo que se es y con lo que te rodea. Hay que intentar siempre la superación, estoy de acuerdo, y hay que contar con la voluntad, el esfuerzo, la ambición..., pero no al precio de renunciar a lo mejor.

—¿Y qué piensas que es lo mejor? Virginia ya no podía más. El nudo en su garganta casi le impedía seguir hablando.

—Vivir, papá —dijo con apenas un hilo de voz. Sobrevino un breve silencio.

—Vamos, Virginia, hija. Esto no es más que una crisis por el éxito de Roland Garros y la responsabilidad de...

De nuevo la palabra «responsabilidad». No era responsable de nada, sólo de jugar lo mejor posible.

—Ahora no, papá —musitó—, lo siento, pero...

—¡Virginia! El último grito de su padre murió con el clic tras el cual se interrumpió la comunicación al dejar caer ella su teléfono sobre la horquilla. Se echó a llorar mientras su abuela, colocada a sus espaldas, la abrazaba con todas sus fuerzas.

Tercer Set

Primer set

15-0

QUERIDO diario:

A pesar de todo, de que la conversación con papá no fue como yo esperaba y de que sigue la confusión en mi cabeza, creo que estoy empezando a reaccionar. El simple hecho de que me atreviera a llamarle por teléfono lo prueba. Tengo por primera vez conciencia del problema, y me parece que hasta sé cómo hacerle frente; es decir, creo que sé lo que quiero, cómo lo quiero y por qué lo quiero. Pero ahora, para llegar a ese juego final, he de superar el match-ball decisivo, y éste no es otro que papá. En el momento en que pueda enfrentarme a él y decirle como una mujer, no como una niña, lo que pienso, habré logrado ganar el punto y el partido más importante de mi vida. Sé que no tengo mucho tiempo, y que Wimbledon es como una cita y una meta insoslayables. Confío en que los días que restan hasta el torneo me ayuden a ganar una total seguridad y a tener las fuerzas que esta noche me han faltado. Me siento triste, pero animada, con una energía que me falta canalizar y aprovechar. Después de todo, si no lucho por mí ahora, a los diecisiete años, ¿cuándo lo voy a hacer?

15-15

No había dormido bien. Por eso se levantó tarde y bajó a la pista cuando Eladio ya llevaba un buen rato peloteando solo, fulminando con potentes golpes las bolas que la máquina le enviaba desde el otro lado de la red. Al verla aparecer, corrió a su encuentro.

—¿Lo hiciste? —le preguntó con evidente ansiedad.

—Sí —respondió ella.

—¿Y...?

Virginia hizo un gesto ambiguo, pero sonrió tranquilizadoramente.

—Así así... —suspiró—. Por lo menos, le dije algunas cosas que me quemaban y que nunca había podido decirle. Digamos que fue un primer intento y que no salió mal, aunque tampoco acabó como hubiera querido.

—¿Qué pasó?

—Bueno... Es mi padre. Todavía hay una distancia insalvable y... en fin, que me eché a llorar al final, imagino que muerta de miedo por lo que le estaba largando.

—¿Qué dijo él?

—¿Qué quieres que dijera? Primero me ordenó volver, sin escuchar, y luego, al ver que yo no me acoquinaba... Parecía algo confundido, pero acabó gritando y colgué.

—¡Bien! —exclamó Eladio—. ¡Algo es algo! ¡Ya verás cómo la próxima vez te escucha!

—Lo pasé bastante mal, pero ahora me siento mejor, más segura de mí misma. Es como si hubiera roto una barrera.

—Tendrá que oírte, estoy seguro —afirmó Eladio muy convencido de lo que decía—. Cuando juegues en Wimbledon podrás...

—¿Por qué piensas que voy a ir Wimbledon? —le interrumpió Virginia.

—En mi opinión, tendrías que ir.

—¿Por qué?

—Porque sólo en tu terreno te crecerás y serás fuerte. En casa siempre serás la niña que de pronto ha dejado de jugar a muñecas y se ha hecho una mujer, y campeona, además. En un torneo, por extraño que parezca, tú eres la que manda. Tendrán que escoger. Bueno, tu padre tendrá que escoger. En cuanto prescindas de Nauber y de Alce y tomes tus propias decisiones, o al menos intervengas en ellas... ¡se acabaron los problemas!

—¡Así de fácil! A veces creo que estás loco.

—Si yo estuviera en tu lugar, iría a Wimbledon y lucharía con todas mis fuerzas. Ganaría por narices o perdería con orgullo y dignidad, para que escribieran: «Perdió, pero convenció». La gente sólo se calla ante las victorias o las grandes gestas. Ante la derrota o el ridículo, todo el mundo se cree con derecho a hablar.

—Debería contratarte como representante, manager o algo así.

—De momento me contento con ser tu *sparring*, ¿no?

Ella le sonrió calurosamente.

—Algún día serás algo más que eso.

—¿Y recordaremos estos días?

Virginia comenzó a caminar hacia el fondo de la pista.

—Es posible —dijo, y repitió para sí misma, ya en voz muy baja—: ¡Ojalá!

15-30

—¿Hoy no vas a ver al impenitente rockero? —preguntó Eladio.

—No te burles de él, ¿vale?

—¿Crees que yo puedo burlarme de alguien?

—¿Tan raro es que me apetezca pasear contigo hasta la hora de comer? ¡Chico, eres un maestro a la hora de halagar a una chica!

—De acuerdo, perdona —Eladio dio un puntapié a una piedra—. ¿Crees que no me gusta que hayas venido a buscarme al trabajo? Medio pueblo anda preguntándome cosas. Me he convertido en un personaje. Lo que pasa es que el rockero...

—¿Qué? —le animó a seguir Virginia.

—No, da igual, déjalo.

—¿Quieres hacer el favor de soltarlo? ¿Qué le pasa a Gary?

—Eso quisiera saber yo. La verdad es que no entiendo al tipo ese. Guapo, rico, con talento... ¿De qué se esconde? ¿Por qué no está cantando y haciendo lo que más le gusta y sabe hacer?

—Tuvo problemas —intentó justificarlo Virginia.

—¡Todos tenemos problemas! —protestó él—. ¡Pero ya quisiéramos muchos tener esa clase de problemas!

—Tú no puedes saber qué clase de problemas ha tenido Gary.

—¿Recuerdas nuestra primera discusión? Te dije que no tenías derecho a dejarlo, ni a tener miedo. Él ya lo ha hecho, se ha retirado de la circulación. ¿Por qué al llegar arriba ha de hundirse el suelo bajo los pies? Él, tú, ¿tan duro es?

—Probablemente peor que el tenis —aseguró Virginia—. Gary también triunfó a los diecisiete años, y luego ha estado mucho tiempo en el candelero, con muchos números uno, haciendo giras agotadoras, yendo de acá para allá... Es una locura: imagen, grabaciones, entrevistas, vídeos, componer, actuar, y sobre todo estar siempre ahí, en el filo de la navaja.

Un disco que tropieza y toda la estructura que se tambalea. El *rock* es como un monstruo devorador. Da mucho, pero también te quita el máximo.

—Pareces saberlo muy bien.

—He hablado con él y me lo ha contado, pero no es sólo eso. Ya conocía algo y siempre pueden hacerse comparaciones con otros campos del éxito. En el fondo, siempre es lo mismo.

—Luchar por llegar, y después, matar o morir.

—¡Jo, qué drástico eres!

—¿Le aprecias mucho? —preguntó de pronto Eladio.

—Hace años estuve loca por él —confesó—. Era la más apasionada de sus *fans*. Si me hubieran dicho que un día iba a ser su amiga y a estar en su casa, me habría muerto de la emoción, seguro. En cambio, ahora... es distinto.

—Sigue siendo él.

—Pero yo ya no soy la misma. He crecido y he madurado. Puedo entender lo que me pasaba antes. Y, lo que es mejor, entiendo lo que me pasa ahora. Gary es, al fin y al cabo, un hombre, no un dios ni un ser excepcional. Posee un arte que lo hace diferente, y eso es todo.

—¿No será que tú también eres una estrella y ahora te sientes a su mismo nivel?

—Es posible, no lo sé.

—¿Serías capaz de enamorarte de él?

—Bueno... Me gusta estar a su lado, oírle hablar y recordar lo feliz que me hizo, o lo que significaron sus canciones, pero... ¿enamorarme? No sé... No creo.

—No pareces muy segura, ¿ves?

—Es que ni siquiera lo había pensado.

—Y él, sabiendo que fuiste fan suya y estando ahora solo, ¿no ha intentado nada?

—Pero ¡cómo se te ocurre...! ¿Y si así fuera...? ¿Es que un chico y una chica no pueden estar juntos sin...? —acabó exclamando—: Pero ¡bueno!, ¿tú de qué vas?

Eladio se sonrió abiertamente.

—Ya hemos llegado —anunció.

—¿Llegado? —Virginia se detuvo, sin comprender—. ¿Adónde?

—A mi casa —dijo él—. Vivo aquí. ¿Quieres subir?

30-30

Era una casa pequeña, de tres plantas, situada en el extremo opuesto del pueblo. Eladio ocupaba la última planta, la más reducida. Un piso diminuto formado por una sala comedor, un dormitorio, un trastero, un cuarto de baño y una cocina, estas tres últimas piezas, lo mismo que la terracita exterior, de unas dimensiones reducidísimas. La decoraban pósters de tenistas:

Lendl, Becker, Borg, Connors, McEnroe, Vilas... Y entre las mujeres, Graf, Sabatini, Seles, Sánchez Vicario, Conchita Martínez y... ella.

—Estabas ahí antes de conocerte, que conste —advirtió él.

—¿Quieres que te lo firme?

—¿Para qué crees que te he hecho subir: para enseñarte el paisaje o ponerte en un aprieto?

Ella le rogó con gestos que dejara de mostrarse irónico. Cogió un rotulador de encima de la mesa y, de pie, escribió en el margen inferior derecho del póster: «A Eladio, por su amistad y su ayuda al entrenarme en los días de Roland Garros y Wimbledon, con todo amor».

—Me gusta —dijo él—, sobre todo el final. Suena bien.

—Odio poner *con cariño*. La gente debería utilizar más la palabra amor.

Se apartó de su amigo y dio unos pasos por el reducido espacio de la sala comedor. En la vivienda todo era humilde. Sintió una fuerte sensación, en la que se mezclaban el sentido de una culpabilidad imprecisa y una gran desazón. ¿Cuánto hacía que no se enfrentaba con una realidad como aquélla? Ante sí tenía a alguien que peleaba desde la nada, intentando salir de la mediocridad; él solo, con su esfuerzo personal y su voluntad como únicas armas. Y estaba segura de que podía lograrlo; más aún, de que lo lograría.

En un simulacro de aparador, formado por unas estanterías de madera hechas a mano, vio los trofeos ganados por Eladio en su breve carrera tenística de *amateur*. Suficientes para vivir un sueño y para impulsarlo a más y mejores cotas. A ella los trofeos ya no le cabían en la habitación diseñada para guardarlos. Y, sin embargo, aquéllos tenían un valor de oro de ley.

¿No guardaba ella con más amor y ternura los primeros de su vida?

—No es mucho —oyó a Eladio—, pero para mí es suficiente. Es duro montárselo solo. Aunque en algunos casos vale la pena.

—Teniendo en cuenta tus circunstancias personales, lo importante para ti es haber conseguido la independencia y la libertad. Puedes organizar tu vida como quieres, y estoy segura de que conseguirás cuanto te propongas.

Eladio cruzó los dedos.

—Pues esto es todo —dijo—. Ahora será mejor que nos vayamos. No quiero que me comprometas. Te acompañaré a casa de tu abuela.

—¡Pero mira que eres burro cuando te pones...! —exclamó Virginia—. ¿Qué pasa contigo hoy, eh?

—Nada —abrió los ojos como extrañado de lo que acababa de decirle Virginia, y alargando deliberadamente la primera «a».

Pero, por primera vez, en esos ojos Virginia halló el inequívoco signo de una mentira y de una verdad.

Era mujer, y más que nadie sabía de emociones calladas.

40-30

Eladio era lo mejor que había encontrado durante aquellos días. Mejor aún que su amistad con Ernesto Sanmartín o que el hallazgo de su viejo ídolo de adolescente. Le recordaba a sí misma, sin saber exactamente el motivo. Dispuesto a ser, a vivir, a superar las barreras que le anclaban en una gris vulgaridad. Necesitaba únicamente un empujón, o un poco de suerte.

¡Suerte!

—¡Cielos, quién fue a hablar de suerte! —se lamentó protestando.

Con un poco de dinero podría aprender con mucha mayor rapidez, y con un poco de tiempo, probar la suerte de profesionalizarse. No tenía nada que perder, y sí mucho que ganar. Pero el tiempo y el dinero no estaban al alcance de cualquiera.

Y Eladio quería conseguirlo todo por sí mismo.

Aquella mirada...

Tenía un amigo, un amigo de verdad. Víctor era otra cosa, porque con Víctor existía un lazo, y un compromiso de cariño que, de una forma u otra, merecería una respuesta en cuanto diese con ella. Víctor la quería, y la duda era saber si ese sentimiento era tan recíproco como para entregarle algo tanpreciado como su amor. En cambio, Eladio...

Nunca había tenido una amiga o un amigo para hablar de cosas importantes.

Para ser sincera consigo misma y decir en voz alta lo que pensaba y sentía.

Claro que, ¿no habían dicho Concha y Eulalia que la amistad entre un chico y una chica no era posible? Los ojos de Eladio habían brillado de una forma especial hacía un momento.

Ni siquiera sabía qué pensar de su relación con Gary.

La atracción que sentía por él ¿era el rescoldo de su amor de juventud o... algo más?

¿Cómo saberlo?

—¡Qué complicadas son a veces las cosas! —se lamentó al darse cuenta de la ofuscación de su mente.

Lo único que no necesitaba en aquel momento eran más problemas.

Y menos de aquel tipo.

Eladio había querido acompañarla de regreso a casa de su abuela, pero le convenció de que era una tontería, puesto que él ya estaba en su piso y tenía el tiempo justo para comer y volver a su trabajo. Además, ni era de noche ni iba a perderse como una cría en una ciudad. Así que hacía el camino sola, unida a sus pensamientos.

Tan absorta en ellos, que estuvo a punto de delatar su secreto.

Pero, afortunadamente, vio el coche de su padre a la puerta de la casa antes de que, al doblar la esquina, él pudiera haberla descubierto.

40-40

Se escondió como pudo, asustada, con el corazón en un puño y latiéndole violentamente.

La había encontrado.

Era el fin.

Después de todo, era lógico. Pensándolo bien, lo raro era que su padre no hubiese aparecido antes por allí. La casa de la abuela era el primer sitio donde...

Su padre y su abuela aparecieron en aquel momento por la puerta. Estaba lo suficientemente cerca como para poder escuchar lo que decían. Se dio cuenta de que los ojos de su abuela miraban a derecha e izquierda de la calle, con precaución. No discutía a gritos, pero elevaba el tono de voz más de lo que era normal en ella. Intentaba avisarla por si se aproximaba, teniendo en cuenta que casi era la hora de comer.

—¡Bendita seas, abuela! —musitó Virginia.

Carmen decía:

—Mira, Claudio, ya has visto que no está aquí; pero... en serio, aunque hubiese estado, y por muy padre suyo que seas, sin su consentimiento no te la habrías llevado.

—No estás ayudando mucho.

—Ayudo a quien lo merece, a mi nieta.

—¿No te preocupa que una cría como ella ande sola por ahí, escondiéndose de nosotros?

—¿Una cría? —el tono de su abuela fue ahora rotundo—. ¡Por Dios santo, Claudio! —exclamó—. ¿Una cría? En primer lugar, ya es una mujer, y, además, si tiene responsabilidades como persona, hay que concedérselas al cien por cien, no sólo para jugar al tenis.

—¡Aún no es mayor de edad! —exclamó su padre.

—¿Y eso qué significa, eh? ¡No me hagas reír! ¿Se es una niña a los diecisiete años, once meses y treinta días, y una mujer a los

dieciocho años y un día? ¡Está atrapada, se siente exprimida como un limón y necesita pensar! ¿Tanto te cuesta entender esto?

—¿Y ha de hacerlo ahora, cuando acaba de dar el gran paso de su carrera?

—¡Exactamente ahora, precisamente por eso!

—¿Por qué? ¿Qué significa eso de que está atrapada y se siente exprimida?

Carmen respiró buscando un poco de calma.

—Mira, Claudio, de verdad que si tú, que eres su padre, no lo sabes, yo no voy a decírtelo.

—¿Te ha dicho ella todo eso?

—Sí.

—¿Cuándo? ¿Cómo?

—Me telefoneó para explicarme la situación.

—¿Y cuál es la situación?

Su padre estaba de espaldas. Virginia aprovechó para asomarse por la esquina y hacer señas a su abuela advirtiéndole que estaba prevenida. Ella captó su mensaje manteniendo una perfecta compostura, sin delatarse.

—En primer lugar —comenzó a decir—, tiene miedo de convertirse en una máquina y que le ocurra lo que a otras, como a Tracy Austin; o que de pronto, a los veinticinco años, pierda un torneo y se desmorone como le pasó a Borg, que por perder en Wimbledon, tras haber ganado cinco veces consecutivas, se retiró. En segundo lugar, se siente como una marioneta, obligada a hacer lo que le decís, tú y los otros dos. Le elegís los torneos, le decís «haz esto», «vete allá», «di esto». No puede decidir nada, y ya es hora de que lo haga. ¿Sabías que no soporta a Nauber y a Alce? Pues deberías preocuparte de eso. Tú mismo aún le gritas cuando pierde un punto, la riñes.

—¡Lo hago para ayudarla, para que se crezca, para que sepa que...!

—¿De verdad crees que ésa es la mejor manera?

—Hasta ahora le ha ido bien, ¿no?

Al contrario, le ha ido mal, pero ni siquiera tú te has dado cuenta. Y claro, a Miriam ni la dejas hablar. Tú sabes lo que más conviene a Virginia, ¿verdad?

Claudio Paz dio media vuelta, enfadado. Abrió la puerta de su coche con violencia y, desde él, preguntó: —¿Hay algo más, o eso es todo?

—Hay algo más —dijo Carmen—. Virginia quiere escribir. No digo que sea ya ahora una buena escritora, como es una buena tenista; pero quiere escribir y posiblemente tenga madera para ello. Ella considera tan importante escribir como jugar al tenis. Algún día tendrá que dejar el deporte profesional, pero lo otro no. Cuando te lo diga, ten mucho cuidado y no mates ese sueño, que es la esperanza para su futuro.

No podía ver la cara de su padre, pero estaba segura de que se había quedado boquiabierto con lo último que le había dicho su abuela.

Ventaja al servicio

Tuvo el tiempo justo de protegerse, escondiéndose en el instante en que su padre cerró la portezuela del coche y, tras arrancarlo, lo puso en marcha, alejándose de allí.

El automóvil se perdió calle arriba, en sentido contrario a donde se encontraba ella.

Virginia no se movió.

Acertó plenamente en su suposición. Su padre hizo una maniobra brusca cien metros más allá y retrocedió para volver a pasar por delante de la casa. Su abuela también percibió el movimiento, por el ruido del motor, y fingió arreglar un parterre en el jardín, arrodillada de forma que él pudiera verla al pasar. Virginia siguió sin dejarse ver.

El coche, esta vez, no se detuvo, aunque pasó a velocidad reducida.

Se alejó y ya no regresó.

Un minuto después, Virginia salió de su escondite y corrió como una exhalación en dirección a la casa. Su abuela se puso en pie al verla llegar. Sus brazos se abrieron para recibirla.

—¡Abuela, abuela...! —exclamó antes de perderse en su abrazo.

Juego al servicio (0-1)

No se atrevía a volver a salir de casa después de la visita de su padre. Posiblemente estuviese aún merodeando por el pueblo, o por los alrededores, buscándola. Había telefoneado a su madre para contárselo todo.

—¿Y por qué no has aprovechado la ocasión para acabar con esto de una vez? —le dijo ella—. Con tu abuela al lado, y en un terreno, digamos, neutral, tenías una gran ventaja.

No se le ocurrió. O quizá fuese que aún no era el momento ni se veía con fuerzas suficientes. Lo intentó por teléfono y, sin fracasar del todo, no pudo llegar hasta el fondo de la cuestión. Frente a frente, y sin esperarlo, sin prepararse ni mentalizarse, habría sido peor. Se lo dijo a su madre y, antes de colgar, ella le recordó: —Ya no te queda mucho tiempo, hija.

—Lo sé, mamá, lo sé.

Ahora estaba en su habitación, pensando, releendo las páginas de su diario, en busca de respuestas que pudieran estar escondidas en ellas, signos de otro tiempo que la ayudaran a tomar una decisión.

Todas las decisiones.

El tenis, escribir, su padre, Víctor...

Y encontró aquel comentario publicado en La Vanguardia el viernes 22 de septiembre de 1989. Lo firmaba un periodista llamado Josep M. Casasús.

¿Por qué, de pronto, le parecía reveladoramente maravilloso?

Cada deporte y cada actividad humana, por supuesto, tienen una cara secreta decisiva, pero el tenis, de entre todas ellas, tiene unos rasgos que lo hacen único: la cadencia de los movimientos, la sabia dosificación de los tiempos que impone su sistema de puntuación genial, el respeto al adversario, la serenidad ante los contratiempos. El tenis, como el montañismo, es una forma de educación. Una educación física y una educación del ánimo. Es, por ejemplo, un ejercicio constante de modestia activa, una lección de relatividad moral. Se pierde y se gana hasta el final. Es un trozo de vida.

Todo eso y mucho más. Aquel periodista y ella misma lo sabían.

—Se pierde y se gana hasta el final —repitió en voz alta.

¿Cuántos *match-ball* en contra había tenido a lo largo de su carrera y los había superado? ¿Cuántos a favor, y había acabado perdiendo el partido? La última bola era realmente la decisiva.

Segundo juego

15-0

Cuando le vio aparecer por la puerta de la sala, acompañado de su abuela, apenas si pudo creerlo.

—¡Gary! —exclamó.

—Hola —saludó él alegremente—. Creía que estabas enferma, o que ya te habías ido.

—¡Y has salido de tu caparazón para enterarte! ¡Qué detalle! —le aplaudió. Luego, miró a su abuela y dijo—: Éste es Gary Anderson, abuela. Vive aquí.

—Lo sé, lo sé —sonrió ella—. ¿Le haces tú los honores o se los hago yo?

—No te preocupes, es cosa mía —se levantó visiblemente entusiasmada. Creía que iba a pasar una tarde mortalmente aburrida, sin poder salir, esperando que más tarde fuera Eladio a entrenar—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. He comido hace poco tiempo.

Carmen se retiró discretamente, sin decir nada más, pero sonriendo.

—Vamos, siéntate —sugirió Virginia.

—En las películas, la chica siempre prefiere enseñarle el jardín al chico.

—Ya ves, no se me había ocurrido imaginarte como el chico de la película. ¡Fallo! ¿Quieres jugar al tenis?

—No —Gary hizo un gesto cómico de sentirse asustado ante la sugerencia de Virginia—. No vengo preparado para eso.

—Puedo prestarte lo que quieras: desde la raqueta hasta unos pantalones de mi abuelo, zapatillas, muñequeras, musleras, sudaderas...

—Tampoco vengo mentalizado.

—Cuando pases de los treinta y empieces a echar barriga, ya verás cómo tienes que moverte, querido.

Se sentaron en el sofá. Su depresión y mal humor acababan de desaparecer como por arte de magia. De pronto recordó que también estaba molesta o, cuando menos, inquieta, después de lo sucedido con Gary la mañana del día anterior.

El cantante parecía estar pensando en lo mismo.

—Ayer... —comenzó a decir, inseguro— desperté en mi cama con resaca y más o menos a esta hora, sin que tenga una exacta noción de cómo diablos pude llegar hasta ella. ¿Te dice algo eso?

Virginia asintió con la cabeza.

—¿También limpiaste los restos del naufragio?

—Incluida la porquería que arrojaste de tu cuerpo —dijo ella—. Fue mi buena acción del día.

Gary dejó de mirarle a los ojos. Mantenía su sonrisa, casi perenne, pero se le veía apesadumbrado, avergonzado.

—Siento que me vieras... así —se expresó casi en un murmullo.

—¿Te montaste una orgía tú solito?

—Vamos, no seas cizañera.

—Hice algo más que meterte en la cama y arreglar esos restos del naufragio —confesó Virginia—, y te aseguro que es lo que más siento.

—¿Leíste la carta? —adivinó él.

—Únicamente un párrafo, pero fue suficiente.

—Escucha...

—No, no tenía derecho, y ahora lo lamento. Quería que lo supieras.

—¿Cambia eso algo las cosas?

—Claro que no. ¿Por qué iba a cambiar eso nada? Odio las drogas, siempre las he odiado; pero eso no significa que pueda ser juez, y menos de lo que no conozco.

—¿Quieres oír la historia?

—No.

—¿Y si yo necesitara contártela?

Ahora fue ella la que desvió la mirada.

¿Quién no tenía problemas?

—¿Quieres dar un paseo por el jardín, chico de la película? — sugirió de pronto, recuperando su sonrisa y su vivacidad.

30-0

—Fue hace mucho, antes incluso de aquella gira en la que actué aquí y tú me viste —dijo Gary—. Eran los peores días de la locura, y mi manager lo planificaba todo sin apenas tener en cuenta las diferencias horarias entre América y Europa, los cambios de clima entre el Norte y el Sur... Te aseguro que tú no puedes saber lo que es eso, de verdad. Tú vas a una ciudad a jugar un torneo y te quedas una semana entera...

—Eso cuando no me eliminan a la primera o segunda ronda —le interrumpió Virginia.

—Yo cogía un avión en Los Angeles, me iba a Nueva York para hacer un programa de televisión. La misma noche salía rumbo a Roma para otro programa, y, al llegar, me sometía a la tortura de una rueda de prensa. Por la mañana salía rumbo a Londres o París, para coger el Concorde y volver a Nueva York, sin dormir, sin descansar. Y eso era en las giras de promoción. Lo peor eran las giras de verdad, para actuar aquí, allá. La gente siempre espera que lo des todo, que ése sea el concierto de tu vida, y en cada ciudad la prensa te hace las mismas preguntas y nadie tiene en cuenta tu cansancio, o si no te encuentras bien física o psíquicamente. Piensan: «¡Que reviente, ese...! ¿No es rico y famoso?». Van a por ti, y es suficiente una mala respuesta o un desplante para que se ceban en todo y destrocen lo que sea. Presión, tensión... Diariamente mi *manager* llamaba a la casa de discos para saber cómo iban las ventas, si el nuevo *single* subía o bajaba, si el elepé llegaría a los cinco millones o se quedaría sólo en cuatro. Y por la

noche, actuar. ¡Oh, sí, era lo que más me gustaba! ¡Lo mejor! Tú me viste una vez. Para ti fue un día importante. ¿Te das cuenta?

Yo no podía fallar. Si hubiera estado mal en ese concierto, tú te habrías desilusionado. Y es lo mismo en todas partes, y con miles de *fans*. Era rico, famoso, atractivo, pero eso no bastaba ni para ellas ni para mí. También era joven, pero... no hay cuerpo que lo resista.

—¿Qué pasó? —preguntó Virginia cogiéndose de su brazo para animarle a continuar hablando.

—Una noche no podía, estaba agotado, y mi *manager me* dio un par de anfet. «Terapia de choque», lo llamaba él. Me las tomé. A la noche siguiente fue lo mismo, y pronto empecé a pedir las yo mismo, o las llevaba en el bolsillo. No fumo, nunca lo he hecho, así que no me apetecía fumar hierba. Otros se colocaban así. Yo no. Sin embargo, cuando las anfet ya no me hicieron nada, fue inevitable pasar a ese algo más que acaba siendo la trampa definitiva. Mi *manager* era un buen proveedor. Una raya de coca sólo para estar en forma. Después, fueron dos para darlo todo en un concierto decisivo. Más tarde, tres para mantenerme en pie... Quería dejarlo, lo quise muchas veces; me decía: «¿Y qué quieres, tío, suspender el concierto, la gira, perder un millón de dólares, que te demanden por haber firmado cien conciertos, que tus discos se hundan?».

—Tu *manager* era un hijo de mala madre —dijo Virginia, y al decirlo, pensó instintivamente en su entrenador, Roque Nauber.

—Lo era, pero yo acepté, así que también fue culpa mía. Me metí de lleno en la mierda, hasta aquí —se llevó el dedo índice a la altura del cuello—. Entonces conocía Eileen y pensé... Bueno, no sé cómo decirlo; pensé que la necesitaba, que ella podría ayudarme a salir de aquello. Tenía todas las chicas del mundo, pero me enamoré, me enamoré de verdad, así que nos casamos y...

—¿Y...?

—Bueno —dijo él—. No resultó, a pesar de Cheryl.

—¿No te ayudó tu mujer?

—¿Crees que es sencillo? Me ayudó, pero... Al comienzo estaba conmigo, venía a todas partes, no como esposa, sino como miembro del equipo, del séquito, como lo llamábamos, para mantener el secreto. Fueron unos días muy cálidos, aunque también duros. ¿Tienes idea de lo que es amar a alguien, tenerle cerca, y no poder tocarle o darle un beso? Eso me pasaba a mí. Únicamente las noches eran nuestras. Eileen también logró ser una pantalla entre mi *manager* y yo. Estuve a punto de conseguirlo con ella, vencer las drogas. Entonces se quedó embarazada y decidimos tener ese hijo. Pensamos que nos iría bien, que era tan buen momento como otro cualquiera. Algo que fuera verdaderamente nuestro, algo por lo que luchar. Lo malo es que ella tuvo que regresar a casa y yo me quedé una vez más solo.

—Y volviste a caer.

—No estaba del todo bien, ni mucho menos desintoxicado; así que esa vez fue peor. Yo... Bueno, ni siquiera creo que haga falta que te cuente el resto. Mi declive, mi pérdida de popularidad coincidió con el techo de esa situación. El mundo se hundió bajo mis pies, y pese a querer mucho a mi hija recién nacida y a mi mujer...

—Pero fuiste a un hospital para desintoxicarte.

—Sí, cuando ya lo había perdido todo, y especialmente a ellas. Me vine aquí para probarme a mí mismo que podía conseguirlo y... aquí sigo.

—¿Lo has conseguido?

—Supongo que sí. Por lo menos, no he vuelto a...

—Y ahora te da miedo regresar, grabar, actuar, porque temes que todo aquello vuelva otra vez.

Gary se apoyó en un árbol del jardín. Era la primera vez que estaba absolutamente serio, profundamente reflexivo, sin máscaras.

—Yo logré salirme, pero muchos no lo han conseguido, demasiados. Hay cierta crueldad en la música: el público, los medios informativos..., ya te lo he dicho antes. Y sin duda la mayor de ellas es la mitificación que se ha hecho de los muertos, sin tener en cuenta que los que nos hemos salido de esa porquería tenemos mucho más mérito. Morir es fácil, basta con dejarse llevar. Lo difícil es vivir, estés arriba o abajo. Ése es el compromiso.

—Si vuelves y grabas, volverás a estar también arriba otra vez, y eso siempre es mejor que estar abajo —dijo Virginia.

—¿Cómo puedo estar seguro de mí, si bastó esa carta para que me emborrachara como una cuba?

—Pienso que en el fondo estás buscando excusas continuamente. Nunca sabrás si pudo o no pudo ser, si no lo intentas.

Gary la miró de hito en hito.

—¿Y eso lo dices tú? —exclamó—. Yo lo dejé, pero tú estás a punto de hacer lo mismo.

—Pero no para encerrarme.

—Nunca se encierra uno mismo, te encierran los demás. Todavía no has experimentado lo que es tener miedo a salir a la calle para no ver a nadie, para que no te hagan preguntas.

—Tú amas la música, Gary. Es parte de ti. No habrías podido hacer aquellas canciones si no fuera así. Y además... tienes a alguien por quien luchar. Quizá hayas perdido a Eileen, pero siempre te quedará Cheryl.

—He querido utilizarla como excusa, como palanca, y casi lo he logrado en un par de ocasiones. Sin embargo, la verdad es que uno nunca hace las cosas por los demás. El mejor motivo siempre es uno mismo. Se trata de ti, de tu vida, de tu mundo.

—Sí, Gary, pero para vivir se necesita amor, y eso no lo obtienes de ti mismo, te lo dan los demás.

El cantante cerró los ojos haciendo una mueca de fingido dolor.

—¡Maldita sea! —dijo—. ¿Es que tienes respuestas para todo? ¡Eres como una piedra en el zapato!

—El tenis me ha enseñado una cosa —suspiró Virginia—, y es que no hay que dar una pelota por perdida, jamás. Sólo peleando por cada una se consigue algo, aunque únicamente sea la satisfacción de haberlo intentado.

Juego al servicio (1-1)

Le había dicho a Gary que «para vivir se necesita amor, y eso no lo obtienes de ti mismo, te lo dan los demás». No podía dejar de pensar en ello. Y en Víctor, una vez más. Amar a los diecisiete años. Prematuro, aunque tal vez necesario para alguien capaz de vivir como un adulto. ¿Cómo saberlo? Se inclinó sobre la hoja de papel y escribió:

Querido Víctor:

Perdona, ante todo, no haberte mandado noticia alguna mía, pero necesitaba estar sola y pensar. Después de Roland Garros ha sido como si todo me estallara entre las manos. Quiero ser lo que yo quiera, no lo que los demás quieren que sea, y en eso va incluido lo que siento por ti. Creo que te amo, pero también creo que lo estropearíamos si ahora formalizáramos algo serio. Necesito verte y estar contigo, hablar. Espero que podamos hacerlo tranquilamente a mi regreso. Estos días me han servido de mucho, y he conocido a personas que, aun sin saberlo ellas, me están ayudando. Viéndolas, he tenido que reflexionar.

Por un lado está Gary Anderson, ¿le recuerdas? Te he hablado de él en alguna ocasión. Mi ídolo. Vive aquí, retirado, sumido en mil contradicciones, totalmente desorientado, no hundido, por más que él se refugie en esa idea. Me ha ayudado a leer en mi interior porque él

ha pasado ya por ese infierno, y aunque ha salido, todavía no lo siente él así.

Además, está Ernesto Sanmartín, el escritor. Es un personaje fabuloso, entrañable, el tipo humano que quisiera llegar a ser yo algún día. Creo que poder escribir, tener la posibilidad de expresar las ideas, los sentimientos, es maravilloso. Si pudiera escribir como él y alcanzar su madurez, sé que sería feliz. Lo esencial es percibir la vida en toda su intensidad, como hace él.

Finalmente he conocido a Eladio, un chico de aquí que juega al tenis muy bien, inmerso en una trampa de la que necesita salir. Él quiere, y de momento no puede o no sabe cómo hacerlo. Lo malo es que corre el peligro de acabar siendo un resentido. Ha de encontrar su oportunidad, o buscar a alguien que se la dé sin que por ello llegue a sentirse herido en su orgullo.

Cada persona es un mundo, y ahora me doy cuenta de que yo, encerrada en el mío, había perdido mucho contacto con la realidad. Cuento contigo para recuperar el tiempo que he perdido. Estoy segura de que ese mismo tiempo nos dará todas las respuestas. Te escribí una carta y la rompí. Estaba hecha un lío. Espero tener ahora el suficiente valor para echar ésta al correo.

Me gustaría tenerte aquí conmigo. En muchos momentos, tú has sido la energía que me ha mantenido en pie.

No te olvida

Virginia

Tercer juego

15-0

No tenía sueño, así que permaneció en su butaca al concluir el último informativo del día. Casi al instante, sin publicidad, entraron las notas del espacio deportivo con el que se cerraba la emisión antes de dar paso a la película de la madrugada. Las primeras rondas de Wimbledon eran ya inminentes, así que esperó alguna noticia del torneo. En primer lugar, como siempre, el locutor de turno habló de fútbol. El campeonato de liga había terminado, pero comenzaban ya las primeras serpientes de verano: fichajes, rumores, millones... Tras el fútbol le tocó el turno al baloncesto. La operación del pivot del Juventud de Badalona se llevó otros dos minutos. El tercero de los bloques fue para el motociclismo y la suerte de los pilotos españoles en el gran premio siguiente.

Finalmente, el locutor habló de ella.

Virginia cerró los ojos.

—... y en torno a Virginia Paz hemos hablado con Jonathan Airey, el prestigioso entrenador canadiense, que nos ha comentado...

Jonathan Airey.

Era curioso. ¿Por qué él? Le gustaba mucho aquel hombre, veterano, curtido, con una enorme sensibilidad y una gran capacidad para conocer la psicología de las personas. Había conocido a un par de pupilas suyas, ya retiradas, y todas coincidían en algo: era el mejor. Para él lo fundamental era el ser humano, la persona. Los éxitos llegaban después. Había soñado muchas veces con tenerle a su lado.

—¿Qué opina de Virginia Paz, señor Airey? —preguntaba en aquel momento un entrevistador.

—Pienso que es la tenista con más futuro ahora mismo —dijo él defendiéndose en un buen castellano—. Es buena, muy buena, y con un espléndido futuro, dada su juventud. Sin embargo... —el entrenador hizo un gesto de duda. Desvió la mirada para centrarla en unas niñas que peloteaban en una pista, al fondo de la imagen—. Yo pienso, honradamente, que está mal llevada y que la van a agotar. Corre el riesgo de quemarse en muy pocos años.

—¿No teme que los mentores de Virginia le acusen de injerencia?

—Si no me interesara por ella, no diría nada. Me callaría y en paz. Pero pienso que es una muchacha fantástica, y sería injusto que me callara hipócritamente. Sé que mis palabras pueden crear cierto malestar, y más con las especulaciones que han surgido estos días. Uno no puede traicionarse a sí mismo, y yo amo demasiado el tenis para hacerlo; y amo a las jugadoras que, como ella, son diamantes en bruto, auténticas revolucionarias del juego, alegres y vivas. Virginia Paz es especial. Pero lo más interesante es que tiene diecisiete años. Ha de llegar a los veinte en plenitud de forma; a los veinticinco, ser la número uno; y a los treinta mantenerse activa. Tal y como planifican ahora su carrera, la ahogarán, y si llega a ese colapso, se perderá para siempre. Eso sería un crimen.

Jonathan Airey miró a la cámara. Virginia sintió el poder de sus ojos, la sinceridad de aquella expresión. Era la primera vez que alguien autorizado, y en voz alta, decía lo que ella misma sabía.

La siguiente pregunta del entrevistador fue relativa al mundo del tenis en general. El entrenador canadiense dijo que lo estaban complicando en exceso debido a los sistemas de puntuación, a la necesidad de unos de jugar torneos para subir en la ATP, y la de otros para mantener unos ingresos. Criticó a las grandes estrellas, frías, convertidas en máquinas para publicitar productos y venderlos. Recordó que, como el golf, el tenis era un deporte de damas y de caballeros, algo que encerraba un modo de cultura en sí mismo.

La última pregunta fue relativa a su escuela. Un centenar de niñas aprendía en ella.

—Las enseño a sufrir —dijo Airey antes de que su imagen desapareciera de la pantalla—. Hay que aprender a sufrir, para después pensar en jugar y en ganar. Y eso vale para todo en la vida.

30-0

Eladio se alejó corriendo para ir a trabajar y ella se quedó con la carta en la mano, aún indecisa.

Había sido un buen entrenamiento, tranquilo, relajado, y al mismo tiempo contundente, efectivo, lleno de buenos golpes, una envidiable puesta a punto.

Por ambas partes.

En unos meses, Eladio podría desafiar a cualquiera, al menos en España. Bastaba con mejorar alguno de sus puntos débiles, algunas carencias evidentes, propias de la inexperiencia y de la falta de combatividad necesaria.

Se fue a echar la carta al buzón de correos, cercano al estanco del pueblo. Inmersa en sus pensamientos, se encontró casi frente a él sin apenas darse cuenta. La carta continuaba en sus manos, haciendo que en ellas sintiera una especie de hormiguillo.

Leyó de nuevo el nombre de Víctor en el sobre, su dirección. ¿Valía la pena?

Antes de hacer que se la tragara el pequeño abismo negro de aquel cilindro amarillo, la dejó bailando, indecisa, un instante en la ranura del buzón. Esperando que, como si fuese un ser inteligente, tomara su propia decisión: hacer el viaje o no.

Fue su mano, al fin, la que tuvo que decidir.

Probablemente, llegaría después.

¿Después de qué?

¿De su decisión, de su regreso, de su viaje a Londres para jugar en Wimbledon, de su negativa a hacerlo?

Virginia suspiró con fuerza.

Supo que necesitaba el valor para comenzar a tomar decisiones.

Se arrepintió inmediatamente de haber enviado la carta.
Pero se alegró de que ya no pudiera hacer nada para remediarlo.

40-0

Ernesto Sanmartín estaba escribiendo en su despacho. Virginia, sin darse cuenta de ello, traspasó el umbral; y, después de haberlo hecho, quiso rectificar, retrocediendo. No quería interrumpirle. Pero la voz del escritor la detuvo:

—Pasa, pasa, Virginia.

Se sorprendió. Parecía que, tal como estaba orientada su mesa, era imposible que pudiera haberla visto.

—No, da igual, volveré más tarde. No quería...

—Pasa, mujer —insistió él—. Estaba a punto de terminar este capítulo y de salir a comprar el periódico.

Le obedeció. Esperó un par de minutos mientras Ernesto tecleaba las últimas palabras. Sentada en la salita, escuchó aquel dulce murmullo, el canto, monótono y vivo a la vez, de la máquina de escribir. Al producirse el silencio, supo que estaba ordenando lo que acababa de escribir, con minuciosa meticulosidad. Todavía tardó unos instantes en aparecer, llevando en la mano su relato.

Virginia sintió que su corazón parecía querer detenerse.

Era como cuando, después de examinarse, esperaba las notas. Los instantes previos a la verdad solían ser insoportables.

—Bien, jovencita. Anoche terminé con esto.

—¿Ah, sí?

Ernesto Sanmartín se sentó a su lado con el manuscrito en sus manos.

—¿Dispuesta?

—Sí —dijo ella nerviosa.

—No dejes de escribir.

—Entonces, ¿es bueno?

—Llegarás a ser una buena escritora.

—¿Eso qué significa? —Virginia miraba su relato.

—Significa que esto —levantó ligeramente el manuscrito— es bueno para tu edad. Yo incluso diría, sin que ello te dé excesivos humos, que es más que bueno. Pero al mismo tiempo significa que aún está verde, que te falta escuela y madurez, lo cual es lógico. No quisiera que mis palabras produjeran en ti una frustración. ¿Me explico? Si hoy escribes así, si continúas haciéndolo, si no te precipitas y sigues aprendiendo, podrás publicar a una edad incluso prematura, entre los veinticinco y los treinta. Si lo que pretendes es que te diga que esto ya sirve, y que podrías empezar a publicar ahora, entonces no.

—No pensaba hacerlo ahora —reconoció Virginia.

—Me alegra oírtelo decir —convino el escritor—. Si lo hicieras, probablemente sería fatal. Verás... Dada tu popularidad, tu fama, estoy seguro de que te sería fácil publicar un libro de relatos como éste, o una novela. Pero sería quemar una etapa a destiempo. Ahora has de jugar al tenis. Después, el día de mañana, podrás ser una buena escritora. No al revés. Si en el oficio de escribir te entran las prisas, vas a perder una gran oportunidad en tu vida.

—Lo importante es que sirvo, ¿no?

—A tu edad, yo no escribía tan bien como tú.

Virginia comenzó a sonreír. El corazón todavía le latía con mucha fuerza. Y empezó a entender lo que Ernesto quería decirle. Le había resultado imposible al principio debido a su nerviosismo.

Tal vez sí, tal vez hubiera querido publicar un libro para demostrarle a su padre y al mundo que podía...

No era necesario. Algún día lo haría, en su momento justo. El tenis no dura toda una vida.

—Gracias, Ernesto —dijo sinceramente.

—Te he hecho algunas anotaciones al margen para que comiences a ver por dónde flaqueas, lo que has de mejorar y lo que está bien. De todas formas, espero que sigas pasándome cuanto escribas. Puede que algún día sea más famoso por haberte ayudado a ti que por lo que yo haya podido escribir.

—Espero que llegues a ser mi abuelo —dijo ella guiñándole un ojo.

—Quién sabe —repuso él—. Esta noche vuelvo a cenar en vuestra casa. He encargado luna llena para la ocasión.

Juego al servicio (1-2)

Concha parecía esperarla a la puerta de la casa de Ernesto. En actitud indolente, al lado de la verja, fingía estar leyendo. Se levantó al verla aparecer.

—Hola, ¿qué tal? —la saludó—. ¿Qué haces?

—Voy a entrenar —mintió Virginia, aunque temerosa de que la otra se invitara para verla.

—Entrenas mucho, ¿no?

—Cuatro horas al día como mínimo, gimnasia aparte, claro.

—¡Uf! No te envidio. En lo único que pienso es en que hoy comienzan oficialmente las vacaciones y tengo casi tres meses por delante para no dar golpe. ¡Las ganas que tenía!

—Bueno, después de un curso duro...

—¿Verdad? —Concha era sincera al admitir como bueno lo que había dicho Virginia con cierta sorna—. Quería hablar contigo. Esta tarde, Eulalia da una fiesta en su casa para celebrar el primer día de vacaciones. Nos gustaría que vinieras.

—¿A qué hora es? Tengo una cena importante esta noche, y antes he de entrenar.

—¡Oh, vamos, por una tarde que no entrenes...! —protestó Concha—. Nos reuniremos a eso de las siete, y a las diez, cada cual a cenar a su casa. Pasado mañana es la verbena de San Juan, y ésa sí que es la gran noche. Lo de hoy sólo será una reunión, con bebida y algo de picar, música...

No, realmente no lo sabía. A partir de los trece años, nunca había ido a una fiesta con gente de su edad. Y le hacía ilusión ir.

Aunque fuese una fiesta en la que iban a estar Eulalia y Concha.

—Bueno, no conozco a nadie, salvo a vosotras dos.

—¡Pero a ti te conoce todo el mundo, y para el caso es lo mismo!

—siguió Concha—. Además, puedes venir con Eladio. Él también está invitado.

¿Por qué no?

No se trataba más que de pasar unas horas agradables, beber, comer, charlar, bailar, reír...

Había ido a demasiadas fiestas de gala, con gente mayor, sintiéndose siempre atrapada, fuera de su mundo.

—Está bien —aceptó.

Los ojos de Concha se iluminaron. Como si acabara de conseguir un gran éxito con la aprobación de Virginia.

—¡Fantástico! ¡Ya verás qué bien te lo pasas!

—Muy bien —dijo Virginia—. Ahora debo irme.

—Hay algo más —la detuvo la vecina de Ernesto Sanmartín—. La bebida y lo de picar, a escote entre todos los que vamos.

—Sí, claro... ¿Cuánto es?

—Quinientas por cabeza —dijo Concha.

Sacó de su bolsillo una moneda de quinientas pesetas y se la entregó.

—Los refrescos y las patatas fritas son baratos —quiso justificar Concha el gasto—, pero el alcohol, para mezclarlo con bebidas suaves y entonarse un poco...

No le dijo que ella no probaba el alcohol. Tampoco era necesario.

Cuarto juego

15-0

Se puso bien las hombreras y luego se abrochó la blusa dejando libres los dos botones superiores. Por último, se puso el vaquero y estudió el resultado en el espejo de su habitación. Dejó que el cabello, limpio y recién secado, le cayera por los hombros y la espalda.

Al bajar, se encontró con su abuela.

—¿Qué tal estoy? —preguntó.

—Arrebatadora.

—Quería ir de normal —justificó—. ¿Lo he conseguido?

—No sé a qué te refieres, pero... me parece que sí, que vas de lo más normal del mundo.

—Eso espero —exclamó Virginia—. ¡De todas formas, me van a mirar como si fuera un bicho raro!

—No te preocupes de esas cosas. La fama tiene su lado malo, pero también mucho de bueno.

—¡Dímelo a mí!

—Escucha —la detuvo su abuela—. No te preocupes por Ernesto y por mí. Si te estás divirtiendo y la fiesta se prolonga hasta más tarde, tú tranquila, ¿de acuerdo?

—La verdad es que prefiero charlar con Ernesto —comentó ella—, y más después de lo que me ha dicho —se le ocurrió algo y agregó—: Claro que si queréis estar solos...

—Hemos estado solos antes de que tú llegaras, y lo seguiremos estando después de tu marcha —repuso su abuela.

—Está bien... Yo únicamente trataba de ayudar...

—¡Es increíble! —suspiró Carmen—. ¡Mi propia nieta empujándome al patíbulo!

El teléfono sonó en ese momento. Virginia esperó a que su abuela lo cogiera y preguntara quién era. Se lo tendió al instante.

—Es Eladio —dijo—. Para ti.

Virginia pegó la oreja al auricular tras apartarse el cabello y quitarse el pendiente.

—Eladio, ¿qué pasa? Creí que estarías de camino hacia aquí.

—Escucha: lo siento, me ha surgido un problema, un imprevisto, y llegaré una hora tarde por lo menos. Ya sé que no querías estar sola con extraños, pero... ¿Te importa? Vete tú, diviértete. Yo iré en cuanto pueda.

—¿Y si te espero aquí?

—No seas tonta —protestó él—. Entonces sí que habrá murmuraciones y todo ese rollo de malas interpretaciones. Dirán que has llegado tarde aposta porque vas de estrella o cualquier tontería parecida. Es una simple fiesta, y en ella habrá gente normal. ¡Vete, por favor!

Se dio cuenta de que Eladio tenía razón.

—Está bien —aceptó—, pero no tardes.

—¡Ni que fuera la final de Wimbledon! —ironizó Eladio antes de colgar.

15-15

No podía evitarlo.

Se sentía observada, criticada, blanco de todas las miradas y todos los murmullos, la mayoría muy poco disimulados. No eran muchos, apenas dos docenas. A las chicas las conocía a casi todas de vista; sin embargo...

Concha y Eulalia, satisfechas y orgullosas, la habían presentado con excesiva solemnidad: la campeona, la número uno, la celebridad del pueblo... y cosas por el estilo. Eulalia llegó a gritar: — ¡Los autógrafos luego, al final!

Al comienzo se vio rodeada por tres o cuatro chicas y otros tantos chicos. La conversación fue trivial: sobre el pueblo, sobre si iba a estar mucho tiempo en él, su victoria en Roland Garros... Después, a medida que la fiesta empezó a animarse, cada uno fue buscando sus intereses más personales. Las parejas se aislaron: las chicas, perseguidas por los chicos, jugaron con ellos, sabedoras de su poder; y los chicos, anhelados por las chicas, iniciaron sus respectivas tácticas. Se destaparon las primeras botellas de refrescos y se mezclaron con ginebra, con vodka o con *whisky*. Virginia prefirió una limonada. Tuvo que repetirlo tres veces.

—No bebo alcohol, gracias.

La miraron incrédulos. Eran más las chicas que fumaban que los chicos. En todo el mundo el número de fumadores decrecía, y en España daba la impresión de aumentar. Virginia se sintió alucinada ante aquello. Además de ecologista, una de las causas por las que creía que valía la pena luchar, era contraria al tabaco, al alcohol, a los excesos. Aunque todo el mundo pensase que sacrificaba todo eso al ídolo del deporte.

La sensación de ser un bicho raro aumentó. Tenían su misma edad, pero era consciente de no pertenecer al mismo mundo de intereses que ellos.

La sacó a bailar uno de los muchachos, un tal Agustín, que parecía estar con una chica de cabello corto y rostro pecoso. Habían puesto una canción lenta. Las luces estaban amortiguadas.

—¿Qué hacéis con el dinero que ganáis cada semana, torneo a torneo? Es imposible gastarlo todo. ¿Conoces a la Navratilova? ¿Es verdad que es un tío? Lo mío es el fútbol. ¿Te gusta el fútbol?

Se sentía deprimir por momentos. Miró la hora. Sólo llevaba treinta minutos y empezaban ya a parecerle tres horas. ¿Cuándo llegaría Eladio? Había sido un error, una tontería conociendo tan sólo a Concha y Eulalia... ¿O es que tenía miedo? ¿Por qué estaba tan inquieta?

El tal Agustín seguía hablando:

—¿Te gusta la música? Yo no soporto el *heavy*. Supongo que tú debes de pasar de estudiar, ¿no? Teniendo pasta, para qué vas a perder el tiempo. ¿Te vas a hacer monegasca, como todos, para no pagar impuestos?

La chica de las pecas no les quitaba ojo. Decidió batirse en retirada, discretamente. La mayoría de los chicos la miraba de reojo. Se percibía una leve tensión en el ambiente. Escuchó algunas murmuraciones: —Pues yo no la encuentro tan guapa.

—¡Psss! ¡Se da unos aires...!

Le dijo a Agustín que necesitaba ir al lavabo y salió de la sala. Pasó por el cuarto de baño y se miró largamente al espejo. Acabó sonriendo. ¿Qué esperaba? Debía asumir lo que era, y punto.

Había que aceptar las diferencias inevitables.

Tenía que limitarse a ser ella misma.

Al salir del lavabo no volvió a la sala y la terraza principales. Se fue al jardín y desde él escuchó la música, primero muy dulce, después más agresiva y rápida.

El anochecer era muy agradable.

30-15

De pronto, la voz la sobresaltó.

—Hola.

Giró la cabeza y se encontró cara a cara con Agustín. No lo esperaba y no supo cómo reaccionar. El muchacho, de unos diecinueve años, sonreía con cierto empaque. Llevaba un vaso en cada mano.

—Limonada, ¿no?

Virginia lo aceptó.

—Gracias.

—Se está mucho mejor aquí fuera —dijo él—. Supongo que todo esto te viene pequeño, ¿verdad?

—No, ni mucho menos. ¿Por qué lo dices?

—¡Esos críos y crías...! —se encogió de hombros haciendo un gesto un poco despreciativo en dirección al lugar de donde venía la música—. Debes de estar habituada a algo más.

Se acercó a Virginia. Le vio atractivo, aunque él intentaba por todos los medios acentuarlo.

—¿Y tú? —preguntó ella.

—Prefiero otra cosa, naturalmente —afirmó suficiente—. Los fines de semana cojo el coche y me voy a Platja d'Aro o a Lloret, donde haya más marcha. Claro que siempre es mejor Barcelona. Podríamos despistarnos, ¿qué te parece?

—No pierdes el tiempo.

—No creo que seas precisamente tú de las que lo pierden.

Intentó pasar por su lado para regresar a la fiesta. Agustín se lo impidió reteniéndola. La cogió por un brazo. Virginia le miró fijamente.

Quiso ser educada.

—¿Te importa? —dijo.

No llegó a escuchar la respuesta de su compañero, ni tampoco a saber si ésta se produjo. Por detrás de él, como una tormenta agazapada y repentinamente disparada, la chica de las pecas hizo acto de presencia gritando: —¿Qué te crees, que porque seas famosa tienes derecho a hacer lo que te venga en gana? ¡Vete a tu casa y déjanos en paz! Qué fácil es para ti enrollarte con el que te déla gana, ¿verdad?

Agustín la soltó. Se reflejó un gran susto en sus ojos. Virginia no logró reaccionar. La aparecida se lo impidió.

—¡Aquí no hacemos las cosas como tú estás acostumbrada! —continuó gritando mientras se asía al chico, dejando ver bien a las claras que aquello era su propiedad.

Virginia la miró primero a ella, luego a él. Agustín desvió los ojos. Ya no era un gallito. Se había convertido en un conejo. Virginia comprendió que por su parte no podía esperar defensa alguna. Estaba atrapado.

—Cómprate una cadena y un buen candado. Te van a hacer falta
—dijo de pronto, al mismo tiempo que se alejaba de ellos.

—¿Qué? —chilló la chica de las pecas.

—Suerte —les deseó.

Fuera ya de su vista, se puso roja, violenta, y sintió deseos de llorar de rabia e impotencia cuando alcanzó el muro exterior.

Sintió el impulso de echar a correr. Y en ese momento apareció Eladio.

40-15

—¿Pretendes llegar a Wimbledon a pie?

Virginia empezó a caminar normalmente. Jadeaba, más de ira que por el pequeño esfuerzo de la carrera. Eladio se puso a su lado.

—Deberías estar por encima de esas cosas, no ser tan vulnerable.

—No soy vulnerable —dijo ella—, pero odio la estupidez.

—Mira, ya te lo he dicho. Conozco a ese tal Agustín y es un cretino. Y no digamos Elena. Le sacaría los ojos a su mejor amiga por haberse atrevido a ponerlos encima de quien considera propiedad exclusiva suya.

—No es por ellos —reflexionó—. Es por la situación...

—Para ellos, tú estás en otra galaxia.

—¿Y eso me hace diferente, mejor, peor? Odio ese tipo de miradas hipócritas, a la gente que te sonríe con los labios y te asesina con el pensamiento. A algunos les traicionan los ojos.

—Te envidian, y es perfectamente humano. Tú desearías que todos te quisieran. Eres... eres un ser que tiende una mano pidiendo una caricia.

—No es verdad —dijo Virginia deteniéndose en seco.

—Sí lo es —manifestó él—. No puedes pretender lo mismo de todos, ni tampoco que te entiendan. Yo tampoco te entendía, ¿recuerdas?, y nos peleamos los primeros días hasta que

hablamos, te conocí y te acepté tal como eras, con tu lado positivo y negativo.

—¿Cuál es mi lado positivo?

—Que eres estupenda, honesta y sincera, y te planteas las cosas tratando de llegar a la verdad.

—¿Y las malas?

—Ya te lo dije. Deberías ir a Wimbledon. Si tienes problemas, acláralos jugando allí y dando la cara, ganes o pierdas.

—Pero ¿por qué mi indecisión sobre ese punto es algo negativo?

—Lo son los argumentos que te has montado para cuestionarte tu futuro.

—¡Vaya! —suspiró—. Además de todo, me has salido psicoanalista.

—Sabes que no lo soy, pero todos necesitamos a alguien que nos cante las cuarenta.

—O sea que, según tú, debo pasar de todo y jugar.

—Tampoco es eso, pero no puedes ir por ahí dejando que todo te afecte, comenzando por tonterías como la de hace un rato. Imagino que no es fácil ser famosa a los diecisiete años, y que cualquiera puede pensar que lo tienes todo: suerte, riqueza, poder. Pero tú has de estar por encima de eso. Eres tú, nada más. No puedes depender de los demás.

Parecía dispuesta a continuar la discusión. Los brazos cruzados y los ojos brillantes de furia. Inesperadamente los cerró y suspiró. Al volver a abrirlos, se notó en ellos un primer atisbo de relax.

Forzó una sonrisa.

—¿Qué voy a hacer sin ti cuando me vaya? —pareció preguntarse a sí misma.

—Bueno —respondió Eladio casi en el tono empleado por Virginia—. Seguirás valiéndote por ti misma, seguro, como hasta ahora. No creo que me echas mucho en falta.

Iba a responder que «eso nunca se sabía», pero prefirió callar. La noche estrenaba sus primeras estrellas. La fiesta quedaba muy atrás.

Tenía derecho a enfadarse, a que le doliera, pero no a que eso se lo estropeará todo.

—Es curioso que casi siempre tengamos muy claro lo de los demás y, en cambio, seamos incapaces de razonar con objetividad sobre lo que nos concierne —dijo totalmente convencida.

Juego al servicio (2-2)

Se detuvieron cerca de la casa de su abuela. Llevaban más de una hora caminando sin rumbo. De no haber sido por la cena con Ernesto, no le habría importado seguir.

Comprendía que estaba quemando sus últimos días allí.

—¿Por qué no te arriesgas del todo y te dedicas al tenis? —preguntó Virginia—. Mi abuela me dijo el primer día que te preparabas para jugar en el campeonato de España.

—Eso todavía está lejos.

—Pero ¿por qué? Necesitas tiempo, nada más.

—He de comer, vivir, y también está mi madre, que aunque se volvió a casar... no lo tiene muy claro. Por si fuera poco, dentro de medio año he de irme al servicio militar, y eso sí que es decisivo, mortal de necesidad.

Virginia se estremeció.

—No había pensado en eso. Creo que yo no podría...

—¿Me hago objetor de conciencia? —comentó Eladio de mal humor—. Soy pacifista, odio las armas, los uniformes, lo que significa todo ese rollo... Pero hay que tragar. ¿Quieres que vaya y les diga: «Miren ustedes, soy una esperanza del tenis y quiero un apañó»? Si no se lo dan a los campeones de verdad, aunque les dispensen de mucho, ¿van a hacerme caso a mí? ¡Ése es un condenado mal viaje que hay que tragar si se es tío!

Esta vez, su desaliento y mal humor se hicieron absolutamente patentes.

—Lo siento, no quería recordártelo. No pensé... —dijo Virginia.

—No te preocupes. Está ahí y no hay quien pueda evitarlo. Comprendo que ni se te ocurriera. La mayoría de las chicas no cae nunca en la cuenta.

—Pero siendo hijo de viuda, ¿no podrías...?

—Para bien o para mal, ya sabes que mi madre volvió a casarse. No depende de mí.

—Pero si no fuera por la mili, ¿harías algo?

—¡Claro que lo haría! Me plantearía las cosas de otra forma; posiblemente me arriesgase. Ahora no vale la pena. Y lo triste es que, cuando acabe, las cosas pueden estar peor. Yo mismo tal vez no esté ya en forma o pase de sueños.

—¡No es un sueño! —protestó ella—. ¡Eres bueno, y seguirás siéndolo dentro de dos años!

—Seamos realistas, ¿quieres? Mírate a ti, campeona a los diecisiete años. ¿Y qué me dices de Mónica Seles o de Jennifer Capriati? ¡Reinas a los quince años! En tenis el listón está bajando cada vez más. Uno no puede ir de promesa a los veintiuno o veintidós.

—Entonces, ¿te rindes? —preguntó Virginia desalentada.

Eladio sostuvo su mirada.

—Yo no me rindo —dijo finalmente—. Más bien me obligan a ser realista, consciente de mis limitaciones. Se acaba siendo práctico y se piensa que es absurdo dar cabezazos contra el muro.

—¿Y ser práctico no supone acomodarse a lo que quieren los demás, renunciar a la rebeldía? —exclamó Virginia.

Quinto juego

0-15

Carmen le entregó una fuente de ensalada.

—Toma, llévala a la mesa y quédate con Ernesto, ¿quieres? Yo me las arreglaré para hacer el resto. Él es el invitado y le hemos dejado solo.

—¿Por qué no acabo yo esto y vas tú a charlar con él?

—Virginia, no empieces —la reconvino suavemente su abuela.

—¡No lo decía por nada, mal pensada! —se defendió ella.

Cogió la fuente y la llevó al comedor. Ernesto Sanmartín estaba viendo la televisión. Un grupo de intelectuales, o lo que fueran, aunque parecían precisamente eso, hablaba con énfasis de alguna trascendente cuestión literaria. Los comentarios sarcásticos del escritor la hicieron regresar a la cocina sin molestarle.

—¿Otra vez aquí? —farfulló su abuela viéndola entrar mientras comía una aceituna.

—Picando, ¿eh?

—¡Anda ya! —la mujer simuló golpearla con un cazo.

—Oye, abuela —dijo Virginia—. ¿Tú sabías que Eladio tiene todavía pendiente el coñazo del servicio militar?

—Muy fino tu vocabulario, querida —afirmó Carmen a modo de observación—. Sí, naturalmente que lo sé.

—¿Y sabías que por culpa de eso está colapsado, sin atreverse a hacer nada, porque, haga lo que haga, luego va a estar un año y pico colgado?

—No, eso no.

—Le toca incorporarse dentro de seis meses.

—¿Ya? Sí..., claro, por la edad que tiene... —Carmen pareció inquietarse de repente, mientras calculaba.

—Es lógico que no quiera intentar nada ahora.

—No había pensado en ello.

—Y también es lógico imaginar que, cuando acabe, no lo va a tener fácil para trabajar, comer, vivir... entrenar y prepararse.

—Sí, es cierto —suspiró su abuela.

—Tú siempre dices que hay que actuar antes de que el mal sea irreparable.

Carmen Sala dejó lo que estaba haciendo —remover una masa de espaguetis que tenía una pinta extraordinaria.

—¿Adónde quieres ir a parar? —preguntó.

—¿Yo? —fingió sorpresa ella.

—Te conozco demasiado bien como para no saber que maquinas algo.

—Bueno... Maquinar no maquino nada, pero me he acordado de que eres amiga íntima de un par de generales y hasta de no sé qué capitán general...

—¡Virginia! —su abuela abrió unos ojos como platos.

—Yo no he dicho nada —se excusó su nieta—. Sólo he recordado eso, nada más. Ahora, que si a ti se te ha ocurrido algo... eso ya es otra cosa. ¿No deberías remover otra vez la pasta?

0-30

Ernesto Sanmartín levantó su copa. El champán formaba en el interior de ella unas mínimas burbujas inquietas que estallaban en el aire bañadas por la luz.

—Por nosotros —dijo.

Virginia y su abuela le imitaron.

—Haz un brindis bonito —le pidió Virginia.

El escritor cerró los ojos, como si se concentrara.

—Entonces... Por ti, Virginia —se expresó con cierta solemnidad—. Para que encuentres tu camino y sepas que el mundo de la literatura te esperará siempre en él. Por ti, Carmen, para que me

permitas estar a tu lado, tanto física como espiritualmente, el resto de mis días, y que éstos sean siempre tan maravillosos como los pasados o como este mismo momento. Y por mí... ¿Veamos? Sí, por mi nuevo libro. Es suficiente.

—Para que la Academia Sueca se acuerde de ti y te dé el Nobel —concluyó Virginia.

Las tres copas chocaron entre sí. Los ojos de Ernesto Sanmartín se encontraron con los de la dueña de la casa. Carmen no los rehuyó; al contrario, su expresión se llenó de ternura e incluso un cierto rubor cubrió sus mejillas. No dijo nada.

Después bebieron.

—¿No queda un poco más de ese perfecto...? —comenzó a decir el escritor al dejar su copa vacía en la mesa.

—¿Todavía puedes engullir más? —trató de frenarle Carmen con aire de pasmo.

Ernesto Sanmartín miró a Virginia.

—¿Lo ves? —dijo—. Aún no me ha dicho que sí y ya está gritándome lo que debo hacer o lo que debo comer. ¿Qué te parece?

—¡Ah, no! —se defendió su abuela—. ¡Por mí...! ¡Trae tu plato!

Alargó el brazo, lo cogió y se marchó con él a la cocina. Virginia se dirigió apresuradamente a su amigo en voz baja: —¿Qué tal? —cuchicheó.

—Yo creo que bien —bromeó él—. Eso de que se enfade es buena señal.

—¿Estás seguro?

—A los setenta años, que se interesen por tu salud es la mejor prueba de amor que existe, querida.

—Yo hago lo que puedo —insistió ella.

—Si te quedaras unos días más, creo que lo conseguiría. Eres una buena influencia para tu abuela.

—¿Por qué no le das un beso y le dices que deje de hacerse la tonta?

Ernesto Sanmartín no ocultó su enorme sorpresa.

—¿Qué?

—¡Eso! —se enfadó Virginia—. Ir por la vía directa, con menos fiorituras.

—Pero ¿qué te crees, que tengo veinte años?

—¿Qué tiene que ver la edad con el amor? ¡Tú mismo lo dijiste! Si la amas es porque estás vivo. Si funciona a los veinte años, ¿por qué no va a funcionar a los setenta?

—Es que...

Dejaron de hablar en voz baja. Carmen Sala regresaba con un plato nuevamente a rebosar de espaguetis.

—¡Ya está! —anunció triunfal—. He estrujado la olla —puso el plato delante del escritor y sentenció llena de decisión—: ¡Toma y que te aproveche, válgame Dios! ¡Si estuviéramos casados, me apuesto lo que quieras a que esta noche no me dejarías dormir a fuerza de dar vueltas en la cama! ¿Tienes bicarbonato en casa? ¡Desde luego, no te iría a ti mal un poco de mano dura, que ya es hora! ¡Ay, Señor!

0-40

Eladio trató de sorprenderla con un globo cuando parecía que iba a efectuar un golpe de derecha, buscando el *pashing shot*. Virginia rectificó inmediatamente, corrió hacia el fondo y de espaldas conectó un formidable golpe de revés, casi con la bola a punto de dar el segundo bote en tierra. La inesperada respuesta dejó clavado a su rival. La pelota le superó limpiamente y sentenció el punto, el juego y el set.

—¡Formidable! —exclamó agotado, sin poder ocultar su admiración.

—¡Hay días en los que entra todo! —aseguró Virginia acercándose al centro de la pista.

—No digas tonterías —protestó Eladio—. Estás inmensa, como nunca. Si juegas así en Wimbledon, no podrán detenerte fácilmente.

—No olvides lo más importante. Allí se juega sobre hierba. Eso es lo que hace de Wimbledon algo diferente. No tiene nada que ver con el resto, ni siquiera con las pistas rápidas americanas.

—Todo depende de tus oponentes, del sorteo —dijo él— y, por tanto, de quien se cruce en tu camino ronda a ronda. No creo que vayas a caer a las primeras de cambio.

—Antes de Roland Garros, hubiera firmado por llegar a cuartos de final en Wimbledon. Sigo pensando lo mismo. Digan lo que digan los demás, sería magnífico para mí.

—Entonces, ¿vas a ir?

—¿Por qué lo dices?

—Es la primera vez que no dudas ni dices «tal vez» o «quizá». Incluso has hablado en presente.

—Puede que mi subconsciente haya tomado ya la decisión por mí —sonrió ella.

—¡Oh, vamos, dímelo! —protestó él—. Has tomado la decisión, ¿no?

Virginia dejó caer la cabeza sobre el pecho.

—Supongo que quiero ir. El simple hecho de estar allí ya es algo... grandioso. Sin embargo... Bueno, la verdad es que trataba de no pensar en ello, y todavía no...

—Pues no te queda demasiado tiempo —casi murmuró para sí Eladio.

Esta vez ella no respondió. A mitad de camino de la pista y la casa encontraron a Carmen. Eladio comprobóla hora y, tras despedirse, echó a correr. La abuela le entregó a Virginia un sobre.

—Han traído esto para ti mientras jugabas —dijo—. Era ese cantante.

Virginia abrió el sobre. Le extrañaba el método, el sistema de comunicación. Llegó a temer algo desagradable hasta que, al leer el breve contenido de la nota, se tranquilizó.

—¿Algún problema? —se interesó su abuela.

—No, al contrario —respondió Virginia con dulzura—. Una invitación para cenar siempre es algo que se agradece, ¿no crees?

Y volvió a leer la nota, escrita a mano, saboreando cada palabra: «Esta noche cocino yo. Velas y música. Te espero».

15-40

Había pensado ir a casa de Gary después de comer. Teniendo una cita posterior, para cenar, optó por cambiar de planes y entrenar un poco más. Eladio trabajaba, Ernesto Sanmartín escribía y su abuela se cuidaba durmiendo la siesta. Bajo un silencio total y un sol de justicia, que apenas disimulaban los árboles que rodeaban la pista de tenis, conectó la máquina y se dispuso a pelotear un rato para mantener el ritmo y conseguir más fondo.

Durante los primeros diez minutos, ensayó golpes de revés, muy colocados, a derecha e izquierda, buscando siempre los ángulos en el campo del rival. Continuó con diez minutos de golpes de derecha, y después programó la máquina para que le lanzara bolas altas para repetir voleas y golpes con fuerte elevación.

La tarde era muy hermosa.

Debía de llevar ya unos treinta minutos de prácticas cuando creyó ver un movimiento entre los arbustos, a su derecha. Miró hacia allí, pero no percibió nada fuera de lo normal. Era la zona más tupida del jardín de su abuela, y aunque no pasaba una brizna de aire, cualquier cosa podía agitar aquellas débiles ramas.

Continuó entrenando.

El revés a dos manos no era su especialidad, pero solía resultar un golpe tan espectacular como demoledor, un golpe intimidatorio de cara a las rivales. Lo ensayó durante cinco minutos hasta que, de nuevo, la máquina se quedó sin bolas y dejó la raqueta para ir a recogerlas y proceder a su carga.

Fue entonces cuando, además del movimiento, escuchó con toda nitidez el clic de una cámara fotográfica.

Miró hacia los arbustos sin ver a nadie, pero su corazón ya se había encogido y su cerebro, trabajando a toda prisa, encendía y

apagaba la luz roja de la señal de alarma. No era una persona normal haciendo una vida corriente. Constantemente escuchaba clics como aquél, inconfundibles, eternos a su alrededor. Y era la tenista de moda, uno de los personajes del momento, atravesando un período incierto que la situaba en el objetivo de muchos. Todo en torno a ella venía cargado de interés.

Allí había alguien.

Alguien escondido con una cámara.

—¿Quién está ahí? —gritó asustada.

No obtuvo respuesta.

Pero en el instante de echar a correr hacia la puerta de la pista para interceptar en su escapada al posible intruso, éste se dio cuenta de la maniobra de Virginia y optó por dejar de esconderse.

De los arbustos surgió la figura de un hombre joven, con dos cámaras colgando del cuello y una maleta metálica de su hombro derecho.

Él también corrió en dirección a la verja.

Juego al resto (3-2)

Virginia tenía todo a su favor: era más joven y ágil; y, además, la puerta de la pista daba directamente a la entrada principal de la casa. Y por si esto fuera poco, el intruso, además de tener que recorrer una mayor distancia, lo hacía cargado con el peso de la maleta y el bamboleo de las dos cámaras.

Virginia le cortó el paso en la mitad del jardín.

No era necesario preguntar nada.

—¡No tienes derecho! —gritó—. ¡Esto es una propiedad privada! ¡No puedes entrar aquí así, por las buenas, e invadir mi intimidad!

El fotógrafo era joven, como de unos veinticinco años. No parecía precisamente asustado, únicamente contrariado por haber sido descubierto.

—Es mi trabajo, lo siento —reconoció—. ¿Qué quieres que te diga?

—¡Puedo denunciarte!

—Eso no tendría sentido —le respondió él—. La noticia es que estás aquí y yo tengo las fotos. Lo otro ya no importa.

Virginia respiró con fuerza. Se sentía indignada, pero no furiosa. Había aprendido ya a convivir con la voracidad de los medios informativos. Nada podía hacerse contra ellos y su poder.

—No vas a darme esas fotos, ¿verdad?

—No puedo hacerlo —confesó el joven—. Representan una exclusiva.

—Y darías la vida por ella.

El fotógrafo esbozó una sonrisa.

—Posiblemente —aceptó.

—¿Hay alguna posibilidad de acuerdo?

—Tal vez.

—¿Cuál?

—¿Me concederías una entrevista en exclusiva contando qué haces aquí y qué está pasando con Roque Nauber y Carlos Alce?

—No puedo.

—Entonces, lo siento.

—Espera.

El fotógrafo estaba cerca de la puerta del jardín, casi ya en la calle. Se detuvo. En la maleta metálica leyó Virginia el nombre del periódico deportivo para el cual trabajaba.

—¿Qué? —preguntó él.

—¿Puedes darme dos días antes de publicarlo?

—Ése no es el juego —se disculpó con otra sonrisa de aparente resignación ante lo inevitable.

Virginia se apartó.

—No, claro —dijo—. El juego consiste en devorarnos unos a otros. Por algo compartimos la selva.

—Todos hemos de vivir, ¿no? Cada cual con lo suyo.

El fotógrafo ya no se detuvo hasta llegar a la verja. Una vez allí giró el cuerpo y la miró por última vez. Virginia temió que fuera a sacarle una última instantánea, pero no lo hizo. Se limitó a decir: — Ha sido un placer conocerte, y lamento que tú no puedas decir lo mismo de mí. ¡Suerte en Wimbledon, Virginia!

Tras ello, desapareció de su vista.

Sexto juego

15-0

Ya no le quedaba tiempo.

Necesitaba encontrar una solución.

Decidirse.

Tal vez Eladio tuviese razón. Tal vez su subconsciente ya hubiese decidido por ella hacía tiempo. Tal vez aquellos días no hubiesen sido más que... un alto en el camino, su pequeña gran escapada para respirar un poco de aire antes de la gran tempestad.

Pero seguía teniendo el servicio en su poder. Ella imponía el juego.

Las fotografías no aparecerían hasta el día siguiente.

Era su último día, su última noche. Por la mañana estallaría el escándalo. Su padre, Nauber, Alce, la prensa, la radio, la TV... Tendría que regresar, dejar a su abuela, a Ernesto, a Eladio y a Gary. Regresar y enfrentarse a las fieras.

Unas pocas horas para reaccionar.

Buscar las palabras, razonar, comprender.

Actuar.

Bien, era como jugar el punto decisivo de un partido con un *match-ball* en contra. Algunas jugadoras preferían esperar, dejar la iniciativa a la contraria. Ella no. Ella atacaba. El miedo solía agarrotar entonces a la oponente. La proximidad de la victoria colapsaba la capacidad de pensar de muchas jugadoras.

Así que quizá fuese mejor de esa forma. Ya no podía esperar más. Tenía el servicio y la ventaja a su favor, pero también existía ese *match-ball* en contra que la forzaba a atacar.

No despertó a su abuela de la siesta. Hablaría con ella después. Se perdería la verbena del día siguiente, víspera de San Juan, pero

tenía una invitación a cenar aquella noche.

Con Gary Anderson, el ídolo de su adolescencia.

¿Por qué, pese a todo, se sentía aliviada y era capaz de sonreír?

Cinco minutos más tarde se sumergía en la bañera, llena de espuma, y se relajaba cerrando los ojos para olvidarse de todo.

De lo que no fuera la infinita paz de la que había conseguido disfrutar durante aquellos días.

30-0

Desde luego había velas, y no unas pocas, sino decenas, diseminadas por todas partes. Velas de todos los tipos y colores, algunas de ellas con formas absolutamente extravagantes. Creaban, con su conjunto, la atmósfera más apropiada para una película romántica o un vídeo-clip singular.

Cien mínimas llamas de infierno para estar en el cielo.

—Estás preciosa —dijo Gary.

—No recordaba si la nota hablaba algo acerca de la etiqueta, pero...

—Has acertado.

—Tú también estás muy puesto para la ocasión.

—¿Te gusta?

Dio una vuelta sobre sí mismo. Virginia reconoció el traje y la camisa, informales, extravagantes para cualquiera que no fuese artista, músico de *rock*. Era la misma ropa que llevó en la gira de hacía cuatro años.

La misma ropa con la que ella le vio actuar.

Y le amó.

—¿Cómo has recordado...?

—No me ha sido fácil. He tenido que echar mano de viejas fotos y hacer un par de llamadas a Londres. Ni siquiera sabía si conservaba todavía estos trapos.

—¡Eres increíble! —exclamó Virginia en tono admirativo.

—Y tú un cielo —dijo él—. Haces que las cosas valgan la pena.

La acompañó hasta la sala de grandes ventanales, ambientada por una música dulce. Virginia, con los hombros al descubierto, un generoso escote y la falda muy corta, se vio así misma reflejada en los cristales, y más allá de ellos vislumbró las luces del pueblo. De pronto, todo le parecía tener un simbolismo. El cristal era espejo y transparencia a la vez.

—La cena está dispuesta en el jardín —anunció Gary—, pero antes tomaremos un cóctel aquí. De frutas, naturalmente. Nada de alcohol.

—No me has dicho qué celebramos.

—¡Ah! —el cantante elevó el dedo índice de su mano derecha al cielo—. Es una cena con sorpresa, por supuesto, pero no una sorpresa con cena. Así que... cada cosa a su tiempo.

Virginia pensó en decirle que era la última noche, que muy probablemente al día siguiente se viese forzada a regresar. Decidió callar y no estropear el ambiente.

Las velas podían durar muchas horas.

30-15

—¿Cómo es la vida en el circuito tenístico?

—Dura —fue lo primero que dijo ella, y tras meditarlo un poco más, agregó—: Siempre tienes algún problema con el hotel, saltas de un clima cálido a uno frío, las comidas son distintas, los ambientes... Y siempre hay que contar con tus rivales. A veces somos amigas fuera de la pista, pero luego tienes que enfrentarte a alguna de ellas en semifinales y has de olvidarte de todo. Mi entrenador me dice que debo sentir rabia, incluso odio, para poder ganar. Se supone que la que tengo delante es el obstáculo que puede impedirme pasar a la final o la que me eliminará y reducirá mis ganancias. Sigue siendo un deporte de damas y caballeros, lejos de la violencia del fútbol o la pasión del baloncesto, pero...

—Sí, en el fondo uno se acuerda más de McEnroe peleándose con los jueces de silla que de un partido memorable. ¿Y de hombres? ¿Cómo andas en ese terreno?

Virginia dejó de mirar la piscina. De no haber cenado tan maravillosamente, tras descubrir que, en efecto, Gary era un cocinero de primera, detallista y lleno de sorpresas, se habría dado un chapuzón. La noche invitaba. Miró a su compañero, estudiándolo atentamente. La luz de las dos velas en la mesa exterior cargaba de sombras móviles sus rasgos.

—¿Hombres? —exclamó entre sarcástica y despreocupada—. Se supone que, teniendo diecisiete años, aún no estoy para esas cosas.

—Es una suposición muy gratuita, ¿no? —dijo él—. Estás llena de vida, así que el amor debe formar parte de ti, en mayor o menor medida. ¿Hay alguien especial?

—Sí y no, no lo sé. ¿Por qué?

—Me interesas.

—Pues yo preferiría no hablar de ello. Es una noche demasiado perfecta para estropearla. Todo me parece lejano ahora. Como dijo Escarlata O'Hara en *Lo que el viento se llevó*, mañana será otro día.

—Mañana es noche de verbena.

—Sí —musitó ella.

—Habrá fiestas y baile en el pueblo.

—Aunque seas hijo de una española, me sorprende que sepas tanto de las costumbres de por aquí. Por cierto —recordó algo que siempre la había llenado de curiosidad—, ¿cuál es tu segundo apellido? No viene en ninguna enciclopedia de música.

—Es casi un secreto nacional —apuntó Gary.

—Dímelo. Quiero saberlo.

—No.

—¡Por favor!

—¿Qué importancia tiene un nombre? —se resistió él.

—¿Qué importancia tiene que se sepa?

Estaba acodada en la mesa, inclinada hacia adelante. Las velas arrancaban a su piel todo su brillo, arropándola de ternuras.

—Prométeme que no te reirás —le pidió—. Júrame que serás capaz de permanecer como hasta ahora, encantadora y maravillosa.

—Pero ¿qué...?

—Prométemelo —la cortó.

—¡Está bien, adelante, te lo prometo!

Gary dejó pasar unos segundos. Se miraban el uno al otro fijamente.

—Rodríguez —dijo de pronto.

Virginia no se movió.

Después, muy lentamente, cambió su expresión. Se reflejaba en sus ojos, en sus labios, en sus mejillas, en su respiración... Aunque lo intentó, no pudo contener una carcajada. Gary la secundó.

Las lágrimas fluyeron de sus ojos.

—¡Gary... Anderson... Rodríguez! —exclamó entre risas.

40-15

Gary dejó de cantar, manteniendo la última sílaba en el aire hasta dejar que muriese la voz. La guitarra fraseó todavía unos segundos en torno a la melodía central, despidiéndose con unas elegantes notas que desaparecieron en la noche igual que una brisa suave.

Virginia tenía la sensibilidad a flor de piel. Y los ojos llenos de luces.

—Es la segunda vez que la oigo y... ¡Dios mío! —suspiró—. Apenas si puedo creer que sea mía, mi canción. Es preciosa, de verdad, Gary.

—Podría ser un número uno.

—¿Podría?

—Será un número uno.

—Eso sería todavía mejor —dijo ella.

El cantante colocó la guitarra sobre una de las butacas. Algunas de las velas se habían extinguido, pero la mayoría, con la cera derramándose hasta el pie de las mismas, mantenían el clima luminoso y reservado del comienzo. En cierto modo, la atmósfera parecía ser irreal, un retazo de algún siglo anterior, llamas rojas titilando en un océano de sombras derrotadas. Aquello y la canción representaban la absoluta paz de los sentidos, el equilibrio perfecto.

El mañana seguía pareciendo muy lejano.

—Estos días han sido muy importantes para mí —se sinceró él.

—Para mí también. Pienso que... decisivos.

Los dedos de Gary acariciaron la suave curva de uno de los hombros de Virginia.

Se aproximó un poco más a ella.

Virginia le miró. Quizá era todo demasiado inesperado. Tal vez absurdo.

La magia empezó a desaparecer.

El cantante le pasó un brazo por los hombros. El otro ciñó su cintura.

—Gary... —trató de detenerle ella.

No pudo evitarlo. La atrajo hacia sí. La sorpresa hizo que ni intentara luchar. Sus labios recibieron el beso, cargado de inciertas promesas.

Algo estalló en la cabeza de Virginia e iluminó su conciencia.

El beso duró sólo unos brevísimos segundos. En el momento de superar la sorpresa y reunir de nuevo sus fuerzas, Virginia le empujó con ambas manos hasta forzar la separación. Gary todavía trató de retenerla, de besarla de nuevo en los labios.

No lo consiguió.

Virginia ya se había puesto en pie.

—¿Por qué lo has hecho? —preguntó desesperada, con los puños apretados y los ojos enrojecidos.

—Sólo ha sido... un beso —Gary reflejó su extrañeza.

—Pero lo has estropeado —dijo ella—. Toda tu vida te ha sido fácil conseguir a quien quisieras. Yo no...

—Creía que...

—¡Te has equivocado! —exclamó—. ¡Necesitaba todo menos eso, y aún menos viniendo de ti! ¿Es que no lo comprendes?

—¿Qué hay que comprender?

Quiso cogerla de nuevo. Virginia se escabulló. Antes de que él lograra reaccionar, ella ya estaba en la puerta de la sala.

—Si es necesario que te lo explique, ya no vale la pena —dijo Virginia, casi sin aliento.

—¡Espera, Virginia!

Escuchó el ruido de la puerta principal al cerrarse y se dio cuenta de que era inútil correr tras ella.

Juego al servicio (4-2)

No dejó de correr, pese a sus zapatos, aun viendo que Gary no la seguía.

Y fue al llegar abajo, al pie de la colina, pasado el peligro de una caída, cuando comprendió que no huía de él, sino de sí misma.

Esa verdad le dolió.

«¿A qué has estado jugando?», se preguntó.

El espejismo había desaparecido. Ahora estaba segura de ello, pero el choque con la realidad la había precipitado en un espacio absolutamente vacío.

Volvía a ser una adolescente, una *fan*, pero mantenía su razón y su corazón de mujer. Pasaba de un sueño, una quimera, un imposible insatisfecho, a la posibilidad de hacerlo real. Y reaccionaba como una niña. Tal vez él se hubiera equivocado al no medir el valor y el precio de su amistad. Pero, desde luego, el principal error lo había cometido ella misma.

Cuando terminaba un partido, lo visionaba en el vídeo para aprender de sus aciertos y de sus errores, y también de los aciertos y errores de su rival. Ahora era capaz de visionar las imágenes de los días pasados y comprender.

Su juego, sí, y muy especialmente... su miedo.

Había deseado que pasara aquello desde el primer día, y al mismo tiempo lo había rechazado, temiéndolo. Pensó que los sentimientos de adolescente estaban superados, y que la amistad marcaba el nuevo rumbo de aquel inesperado hallazgo. Por extraño que pareciese, en aquel momento estaba segura de que era amistad, pero había necesitado la reacción de Gary para darse cuenta de ello.

Se había colocado en tierra de nadie.

Como un niño que quiere algo desesperadamente, y cuando lo consigue se da cuenta no sólo de que ya no lo desea, sino que tampoco le interesa.

A los trece años amó a Gary Anderson, cantante y estrella pop.

A los diecisiete era amiga de Gary Anderson, el hombre, la persona.

Se detuvo, perdida en su propia zozobra, en su indecisión. Pensó volver sobre sus pasos y subir de nuevo a la casa para hablar con él y explicarle su reacción. Instintivamente decidió que no, que sería mucho mejor dejar pasar aquellas horas y que al día siguiente, por la mañana, más calmada, estaría en condiciones de hacerlo. Si regresaba ahora, podía suceder cualquier cosa.

Cualquier cosa.

Incluso que cediera y se acostara con él.

Y eso sería volver a los trece años.

Con o sin miedo.

Continuó andando. Se sintió mejor. Culparle a él, culparse a sí misma. ¿Qué sentido tenía buscar siempre un culpable? Los seres humanos tenían un componente fundamental de sentimientos, y eso significaba que en sus relaciones cabía todo.

Se atrevió a forzar una sonrisa.

«¡Si lo hubiera sabido entonces!», se dijo.

Tenía suerte. La mayoría de las chicas nunca llegaba a descubrir la verdad.

Que los sueños son hermosos hasta que se hacen realidad.

Entonces dejan de ser sueños.

Sonrió casi abiertamente.

—Rodríguez —susurró, y repitió—: Gary Anderson... Rodríguez.

Mantuvo la sonrisa, aún sintiéndose extraña, con ganas de reír y de llorar. ¿Por qué las cosas eran sencillas y complicadas a la vez? ¿Por qué no eran de una u otra forma, sin más?

¿O las hacían complicadas las personas?

Llegó a casa de su abuela sin apenas darse cuenta de ello. Reaccionó al ver la entrada del jardín. Decidió entrar sin hacer ruido, por si ella, dada la hora, no muy avanzada realmente, estuviera ya durmiendo. La aparente oscuridad le indicó que, seguramente, así era.

Traspuso el umbral de la puerta principal.

Entonces vio una débil luz en la parte posterior, en la glorieta que daba al jardín por aquel lado.

No quería que su abuela la viera intranquila, aunque ella podía achacarlo al incidente con el fotógrafo y a lo que la esperaba al día siguiente. Pero tampoco quería subir a su habitación sin decirle hola y darle las buenas noches. Incluso pudiera ser que la luz estuviese encendida por descuido. Avanzó hacia la zona iluminada.

No llegó a salir al exterior.

Se detuvo de golpe, atenazada por la sorpresa primero, y por una exultante sensación de alborozo después. No estaba muy segura de lo que aquello pudiera significar, pero sí lo estaba, cuando menos, de lo que veían sus ojos.

Su abuela y Ernesto Sanmartín.

Él tenía las manos de ella cogidas entre las suyas.

Y en aquel momento la besaba suavemente en los labios.

Séptimo juego

0-15

QUERIDO diario: las cosas suceden unas veces de forma exasperantemente lenta, y otras, con abrumadora velocidad. Estos días, que tal vez en un futuro no muy lejano considere decisivos, parecían destinados a ser de los primeros, y en cambio van a terminar siendo de los segundos. Ahora mismo es como si me desbordara casi todo, pero no para mal. Unas veces se va a favor de corriente, y otras contra corriente. Y lo esencial es saber nadar o remar. Así de sencillo.

Mañana me enfrentaré a todo. Aún no sé las palabras, pero ya conozco el color de mis sentimientos. El tenis es un juego tremendamente individual, pero yo he necesitado contar con los demás para jugar esta partida. Me siento viva. En la hora del tie break decisivo sé que la esperanza final está de mi lado.

15-15

No durmió bien. Había escrito el diario y, al acostarse, la luz de la glorieta todavía seguía encendida. A pesar de ello, no quiso hacerse ilusiones. ¿O un beso en la ancianidad era diferente a uno en la adolescencia?

Tal vez sí. No lo sabía.

Se levantó temprano, dispuesta a enfrentarse al día, sucediera lo que sucediera. Después de ser descubierta por aquel fotógrafo la

tarde anterior, avisó ya a Eladio de que por la mañana no habría entrenamiento. En cuanto el periódico llegara a los quioscos, su padre se enteraría, subiría al coche y se plantaría allí. Disponía de dos o tres horas a lo sumo.

Y antes tenía algo muy importante que hacer.

Quedar en paz consigo misma.

Hizo gimnasia para desentumecer los músculos tras el escaso sueño, y se duchó con agua fría para provocar la reacción de su cuerpo. Su abuela aún dormía y no quiso despertarla. Salió a buen paso y en menos de diez minutos ya subía por el camino de la colina. Sabía que Gary a esas horas estaría dormido, y que tendría que despertarle entrando en su habitación, pero no tenía más remedio que hacerlo. Si esperaba más, era seguro que ya nunca podrían hablar sobre lo de la noche pasada.

Había que solucionar las cosas en caliente. Al menos, los malentendidos de tipo personal. Gary tenía derecho a saber que no toda la culpa era suya.

Entró en la casa tras recuperarse unos segundos del esfuerzo, ya que hizo la marcha a buen ritmo, totalmente decidida. Todo seguía igual que la noche anterior: la mesa con los restos de la cena junto a la piscina, las velas ya completamente consumidas y apagadas en la sala, y las evocaciones de lo que pudo ser y no fue prendidas en el ambiente, como formas inquietas, agazapadas, a la espera de una segunda oportunidad que ya no iba a llegar. Gary no había tocado nada. Virginia pensó que, entre furioso y perplejo, se habría ido a dormir inmediatamente.

Su habitación estaba vacía, y la cama sin deshacer. Fue como asomarse a una premonición. La noche anterior pudo representar su naufragio personal, y ahora era como un símbolo de su nueva madurez. Pero en estos momentos se abría ante sus ojos una nueva incógnita.

¿Dónde estaba el cantante?

—¡Gary! —llamó.

Nada. Silencio. No se lo explicaba. Regresó al jardín y miró la piscina; luego, el entorno; finalmente, el garaje. El coche, un Porsche 911 Carrera, estaba en él. Gary no se había ido a ninguna parte, al menos en automóvil, y dudaba que lo hubiera hecho a pie. Le constaba que no tenía ninguna moto ni bicicleta.

Regresó a la casa imaginando lo peor, una nueva borrachera.

Miró en la sala, en la cocina, en la despensa, en la sala de música, en todos los rincones, y acabó regresando a la habitación con otro extraño presentimiento. Quizá se hubiese quedado dormido en el baño, o algo peor.

Esa idea la asustó.

Entró en la habitación y rodeó la cama. Fue suficiente.

Gary estaba en el cuarto de baño. Lo vio a través de la puerta del mismo, abierta. Con el torso desnudo, se le veía caído de bruces.

Se dio cuenta de que esta vez no se trataba de una borrachera.

Su inmovilidad la aterró.

30-15

Se precipitó sobre él y le dio la vuelta. Gary estaba inerte. Acercó su nariz para hacer una comprobación y corroboró la sensación que ya tenía: no se trataba de una borrachera. No había visto botellas vacías en ninguna parte. Y siendo así...

No supo qué hacer, pero intentó no dejarse dominar por los nervios. Buscó su pulso y lo encontró. Le pareció normal, pero luego cambió de idea y pensó que era extremadamente débil. ¿Cómo saberlo? El pulso de un deportista puede rondar los 60 latidos por minuto, y en algunos casos llegar a mucho menos; pero también hay personas con un pulso extremadamente fuerte y desatado.

No iba a conseguir nada quedándose allí, junto a él, arrodillada. Se levantó, abrió el grifo del lavabo y mojóla toalla con agua. Se

arrodilló por segunda vez y refrescóla frente de Gary. No hubo ninguna reacción. Acabó por ponerse nerviosa y le zarandeó.

—¡Gary...! ¡Gary, por Dios, contesta!

Fue como sacudir un pelele. Esta vez no tenía otro remedio que llamar a alguien; pero ¿a quién? Lo más lógico era al médico del pueblo.

Eladio la ayudaría.

Con un primer asomo de decisión, fue hacia la cama para coger una almohada y ponérsela bajo la cabeza. En el momento de hacerlo fue cuando vio el frasco abierto encima de la mesita contigua a la cama, al pie del portarretratos con su hija Cheryl.

Un frasco de somníferos.

Se le doblaron las rodillas. Tuvo que sentarse en la cama antes de cogerlo. En su interior no quedaban más que dos cápsulas. Al pie de la etiqueta podía leerse la especificación sobre la concentración de la sustancia, el peligro de que la tomaran los niños y la prohibición de ingerir más de dos cápsulas al mismo tiempo.

Una fuerte sensación le oprimió el pecho.

—¡Dios mío... Gary! —gimió asustada.

Después, reaccionó, se abalanzó sobre el teléfono y marcó el número de Eladio precipitadamente, equivocándose en el primer intento. Al oír la voz de su amigo, sólo pudo gritarle: —¡Eladio, por favor, ven corriendo...! ¡Ven a casa de Gary! ¡Es urgente!

40-15

Tardaron cuarenta minutos en llegar a Figueras. A pesar de que Eladio sabía conducir, manejar un coche tan especial como el de Gary no era fácil. La urgencia hizo que por dos veces estuviera a punto de salirse de la carretera al no calcular bien las reducciones y las aceleraciones. El muchacho estaba todavía más blanco que el cantante.

—¿Aún respira? —preguntaba de vez en cuando.

Virginia no había podido hacer nada por sí misma, sola, y no precisamente a causa de los nervios. Eladio cogió a Gary en brazos, le llevó al coche y se ocupó de todo. Aunque en la parte posterior del Porsche no había espacio y la incomodidad era evidente, ella prefirió ir allí con Gary para sujetarle la cabeza.

—¿Por qué? ¿Por qué? —susurraba una y otra vez.

No era por haberse ido la noche anterior, estaba segura de ello. Sin embargo, comprendía que, de alguna forma, él podía haber asociado ese fracaso con su propio fracaso artístico. Era el miedo a volver, a grabar, a actuar, a ser Gary Anderson, la estrella, y, naturalmente, el miedo a una responsabilidad llamada Cheryl.

Tenía que ser eso.

No sabían si en Figueras habría un hospital capaz de ayudarle o si deberían ir a Gerona, aunque entonces sería mejor hacer el viaje en ambulancia. Tuvieron suerte. La palabra «envenenamiento» puso alas en los pies de las enfermeras y los médicos que les salieron al paso en Urgencias. Virginia llevaba el frasco de cápsulas somníferas. Se lo arrebataron de las manos y luego todo entró en una especie de letargo infernal, en una extraña calma. En ellos se había desatado una tormenta interior agobiante. Y fuera de aquel edificio, donde Gary se debatía entre la vida y la muerte, los truenos y los rayos ponían un acento de catástrofe universal en el ambiente.

Por primera vez, Virginia miró a Eladio.

—No lo entiendo —dijo débilmente.

Eladio no respondió.

—Por encima de todo, vivir es tan... importante —agregó ella.

Eladio le cogió una mano. Las tenía muy frías.

—Eso sólo lo sabemos los que aún no hemos renunciado a luchar —dijo.

Compró el periódico deportivo en el puesto de venta del mismo centro médico, mientras Eladio telefoneaba al pueblo para decir dónde estaban, a su trabajo y a casa de Carmen Sala. Una de las fotografías tomadas por sorpresa, a traición, la tarde anterior ocupaba la primera página, a todo color. El titular no podía ser más explícito: Virginia Paz descubierta. Más abajo, otros tres titulares más pequeños rezaban: La campeona entrena en secreto en casa de Carmen Sala, su abuela y gran jugadora en su tiempo. Quiso impedir la publicación de la noticia. Se negó a hablar.

En el interior, a doble página, había exactamente diez fotografías en todas las posiciones, y también una de la pista y dos de la casa, tomadas desde el exterior. Un buen trabajo. Una gran exclusiva. El periodista y fotógrafo habría ganado su palmadita en la espalda por parte del director, la felicitación de sus colegas, o su envidia, y hasta quizá un pellizco monetario o un aumento.

El texto era otra cosa: ambiguo, impreciso, lleno de contradicciones y errores, estupideces y falsedades. Se notaba que era una montaña de especulaciones redactadas con el simple propósito de llenar el espacio y ampliar la noticia. Su encuentro con el intruso, una vez descubierto éste, parecía más una pelea a brazo partido que lo que en realidad fue. Las frases y los comentarios no tenían desperdicio: ... así que, patéticamente primero, implorando y dispuesta a todo después, con su raqueta todavía en la mano, Virginia Paz trató por todos los medios de impedir que las fotografías pudieran ver la luz. La pregunta es simple: ¿por qué? Sigue en el aire la incógnita en torno a su participación en el próximo torneo de Wimbledon, que comienza pasado mañana en las pistas del All England Club de Londres en su primera fase. ¿Sabía Roque Nauber, entrenador de Virginia, el exacto paradero de su pupila? ¿Por qué Virginia Paz entrena en una pista de tierra batida cuando debería estar haciéndolo en hierba? ¿Por qué lo hacía sola y no con jugadoras experimentadas? La desconcertante reacción de

la campeona de Roland Garros en los días en que más concentrada debería estar frente al decisivo embite de su carrera profesional...

Cerró el periódico y lo depositó en una papelería al ver a Eladio acercarse a ella. Su amigo le dirigió una sonrisa de ánimo.

—Todo está bien —le informó.

—¿Te ha dicho algo mi abuela, si han llamado o...?

—No, nada.

—Puedes regresar si quieres, Eladio. Yo me quedaré aquí hasta saber a qué atenerme.

El muchacho negó con la cabeza.

—Me quedo contigo. Ni siquiera sé cuándo volveré a verte después de hoy.

—Los amigos se tienen aunque no se vean. Eladio sonrió, ya más relajado.

—¿Por qué será que eso, dicho por ti, suena tan bien?

—Porque es verdad y lo sabes —repuso ella.

—¿Volvemos a la sala de espera, o quieres pasear? Nos avisarán cuando...

—Vete tú. Yo he de hacer una llamada. Se miraron fijamente por espacio de unos segundos.

Luego, Virginia le besó cariñosamente en la mejilla.

—Gracias —fue lo único que dijo antes de dar media vuelta y dirigirse al teléfono público.

Juego al servicio (4-3)

—¿Víctor?

Al otro lado del hilo telefónico, el primer momento de silencio fue rápidamente superado por una reacción de desbordada alegría.

—¡Virginia!

—Hola, ¿cómo estás? —dijo ella muy suavemente.

—¿Es todo lo que se te ocurre decir? ¡Dios Santo! Yo estoy bien, ¿y tú?

En el tono se adivinaban un gran alivio, una suave tranquilidad y un gran nerviosismo.

—Necesitaba estar sola y repensar todo. Imaginé que lo entenderías.

—¡Claro que lo entiendo, pero estaba preocupado! No sabía si la razón era... Bueno, ya me entiendes. Después comprendí que con toda la presión encima tras lo de París...

—¿Has recibido mi carta?

—¿Carta? ¿Qué carta?

—Te escribí —le dijo ella.

Esta vez, la voz de él indicaba cierta cautela y preocupación.

—¿Algo... importante? —preguntó inquieto.

—Claro —dijo Virginia—. El amor lo es. Te decía que me parece que yo también te quiero, pero que lo estropearíamos todo si formalizáramos algo serio en estos momentos contando sólo con ese sentimiento. Me habría gustado estar contigo, verte, hablar de esto cara a cara, con tranquilidad y libertad. De momento nos va a ser imposible. He de arreglar tantas cosas y en tan poco tiempo que...

—Eso significa...

Virginia tenía un nudo en la boca del estómago. Miró a su alrededor. Los hospitales la asustaban. No estaba acostumbrada a ellos. Allí la vida y la muerte se entremezclaban, el dolor y el sufrimiento gritaban a todos lo más importante: que el tiempo siempre se escapa de las manos a traición. Vio pasar a médicos y enfermeras, a hombres y mujeres que entraban y salían. No era como un gran hotel de Londres, Tokio, Roma, París, Nueva York o Toronto, aunque de ellos la gente también entrara y saliera con aire de absoluta indiferencia. En un hospital se jugaba cada día el *tie break* decisivo entre la vida y la muerte.

El tiempo, siempre él.

—Virginia —escuchó la voz apagada de Víctor—, ¿sigues ahí?

Demasiados morían sin haber conocido nada, sin siquiera haber vivido.

La edad era un pretexto.

—Cuando recibas esa carta, rómpela —dijo—. Y si decides leerla, piensa tan sólo que la escribió otra Virginia, en algún remoto lugar del pasado, cuando todavía la oscuridad no le permitía darse cuenta de que a veces basta con tender la mano para encontrar luz y calor.

—No te comprendo.

—Significa que yo también te quiero, y aunque me dé mucho miedo comprometerme ahora y emplear esa absurda palabra de novios, pienso que deberíamos intentarlo, probar, luchar por salir adelante..., aunque con libertad, ¿entiendes, Víctor? Con toda la libertad del mundo, porque son las cadenas las que matan los sentimientos. Soy tenista por encima de todo, y algún día seré escritora; pero ni ahora ni mañana puedo olvidar que también soy una mujer, y que sin amor, esté donde esté, o se produzca cuando se produzca, no hay esperanza.

—Virginia... —suspiró Víctor.

—Debo irme —le detuvo ella—. Sólo quería que supieras esto.

—Te esperaré. Gracias.

—Hasta pronto, cariño —se despidió.

Agradeció que él no añadiera nada más. Ésa era la clase de comprensión que todos tienen derecho a esperar de la persona amada. El respeto al silencio forma parte de toda comunicación, lo mismo que la sinceridad.

Y hay siempre un momento para todo.

Colgó el teléfono, sintiéndose mucho mejor, y regresó a la sala de espera.

Octavo juego

15-0

—Eladio, prométeme una cosa.

—¿Qué es?

—Que no lo dejarás, pase lo que pase, con o sin mili.

—Vamos, Virginia, conoces, como yo, que no es fácil...

—¡Prométemelo! Eladio aguantó la intensidad de su mirada.

—¿Sabes lo que me pides? —preguntó.

—Comienzo a pensar que sí existe la suerte —dijo ella—. Existe para quien la trabaja, la busca sin descanso, la persigue y la acorrala. Pero lo importante es tener voluntad y comprometerse personalmente a no ceder. Y tú lo conseguirás, lo sé.

—Pareces estar muy segura.

—Llámalo instinto profesional —admitió Virginia.

—Supongo que todo es posible —observó.

—Acabas de pronunciar una de mis frases favoritas —corroboró ella.

—De acuerdo —dijo él, aparentemente resignado—. Te lo prometo.

Virginia saltó para abrazarle. Lo hizo con todas sus fuerzas. Al otro lado de la puerta de la sala de espera, venía hacia ella el médico que se había encargado de Gary. Se separó de Eladio tan súbitamente como, en su primera reacción de alegría ante su promesa, se había abrazado a él. El chico comprendió el cambio al darse la vuelta y seguir la dirección de la mirada de Virginia. Los dos estaban ya en la puerta cuando el médico la traspuso.

El hombre los abarcó con una mirada cargada de sensaciones.

—Bien, señorita —comenzó a decir—, le hemos hecho un lavado de estómago y...

—¿Qué? —le preguntó Virginia, con la angustia de nuevo reflejada en su rostro.

—Ahí no había nada.

—¿Cómo... dice?

—Lo que ha oído —continuó el doctor—. Luego, hemos inspeccionado mejor al paciente, y en su cabeza hemos encontrado un golpe, un chichón, para ser más preciso y usar un término coloquial, tan grande como una pelota de tenis, porque usted es es Virginia Paz, la tenista, ¿no es así?

Virginia ignoró la pregunta del médico.

—No entiendo... —balbuceó aún insegura.

—Estoy diciéndole que el señor Anderson tomó, en efecto, una cápsula para dormir, sólo una, y que al dirigirse al cuarto de baño trastabilló, cayó y se dio un golpe en la cabeza que le dejó inconsciente.

Virginia no pudo dominarse; abrió los ojos y la boca, irresistiblemente.

—No ha habido ningún intento de suicidio, señorita —concluyó el doctor afortunadamente.

—¿Está seguro?

—Me lo acaba de confirmar él mismo. Ya está despierto. Quiere verla.

30-0

Eladio esperó fuera. Virginia traspuso la puerta de la habitación, todavía sin creérselo del todo, pero más y más tranquila, incluso feliz, a cada segundo que pasaba.

Gary estaba en la cama, con la cabeza aparatosamente vendada. La habitación, blanca y sencilla, estaba inundada por el sol que penetraba a través de la ventana, pese a que la persiana cegaba la mitad de ella. El cantante ladeó muy despacio su maltrecha cabeza al verla entrar.

Sonrió.

—¡Oh, Gary! —dijo Virginia emocionada, desarmada...

Se acercó a él y le cogió la mano.

—¡Hola, cariño! —la saludó él bajo los efectos de la conmoción.

—Lo siento, lo siento de veras —suplicó ella.

—¿Por qué? Me has salvado la vida.

—De verdad. Ese golpe era malo. Si no llegan a reanimarme aquí..., quién sabe lo que habría podido suceder. Igual me despierto con amnesia o, peor aún, creyéndome Gary Anderson, la famosa estrella *rock*.

—¡Vamos, no me tomes el pelo! —protestó Virginia.

El cantante puso su mano libre sobre las dos de ella.

—Has estado muy bien —dijo—. Estuve toda la noche pensando, y ya de día, al irme a acostar... ¡Qué estupidez!

Podía haberme matado. Supongo que llegaste no mucho después del golpe.

—¡He hecho el ridículo!

—No, tú no podías saber...

—¡Pero pensé que te habías tomado ese frasco de cápsulas, que era tu forma de acabar con los problemas, huyendo! ¡No confié en ti! ¡En el fondo es como si te hubiera fallado!

—¡Eh, eh...! —la detuvo él—. Está bien que veas demasiadas películas y creas que la gente va matándose por ahí a las primeras de cambio, pero no lo conviertas ahora en una especie de drama existencial, ¿quieres? ¡Tú no me has fallado, al contrario!

—Anoche... —comenzó a decir Virginia.

Gary no la dejó hablar.

—Anoche vi muchas cosas claras —afirmó con tanta decisión que hizo una mueca de dolor al resentirse su cabeza, pese a lo cual siguió diciendo—: Muchas, en serio, aunque ya estaba convencido de la mayoría de ellas antes de tu llegada. Ésa era la razón de la cena. Bueno, ésa y...

Desvió su mirada, como con miedo a continuar.

—Fue culpa mía.

—No, compartida todo lo más. Sin embargo, ése fue el punto final. Antes hubo más. ¿No recuerdas que te hablé de una sorpresa?

—Creí que...

—¡No, la sorpresa era decirte que estaba decidido, que volvía a grabar, a cantar, a ver a Cheryl!

—¿Hablas... en serio?

—¡Nunca he hablado más en serio en toda mi vida! —aseguró él—. Estoy curado, ¿no? Cuando sentí deseos de componer e hice *Virginia*, comprendí prácticamente todo: que no tenía derecho a renunciar, que no podía hacerlo, que era absurdo vivir encerrado esperando... ¿Esperando qué? ¡Me sentí tan vivo, con tal plenitud, con tantas ideas, sensaciones, que de pronto lo vi muy claro! La cena era para decírtelo y darte las gracias.

—¿A mí? Yo no he hecho nada.

—¿Recuerdas lo que es un catalizador? Es un elemento que acelera una reacción. ¡Tú has sido ese catalizador! ¡Has hecho que me enfrente a la realidad con todas sus consecuencias, a lo que fui, a lo que soy, a mi propio compromiso como ser humano y artista!

Virginia continuaba mirándole, incrédula.

—¡Vaya! —dijo de pronto—. Estaba intentando encontrar mi camino y dar con un montón de respuestas, y resulta que he servido para que los demás resuelvan las suyas, ¿no te parece increíble?

40-0

—Eres una persona especial —repuso Gary.

—No, soy un desastre. Estaba hecha un lío y te metí en él —confesó ella.

—Entonces fuimos los dos. Creo que en cierto modo tanteábamos a ciegas. Tú cometiste el error de mezclar el pasado con el presente, y yo de creer que el presente podía ser como el pasado. De todas formas, quien lo intentó y se equivocó fui yo.

—Lo deseaba. No lo sabía, pero es así. Y entonces descubrí la verdad. Tuve miedo, pero, sobre todo, comprendí el punto exacto en el que me encontraba. ¿Quieres que te diga algo importante? — Virginia bajó los ojos—. En el fondo me halagaste.

—Yo pensaba que era como haberte insultado.

—No, en serio. Que tú quisieras... Bueno, ya lo he dicho: lo consideraré siempre como un halago.

—¡Eh! —bromeó él—. ¡Todavía estamos a tiempo de...!

—¡No seas tonto!

Gary estaba serio.

—No lo soy —dijo—. Ahora sé que habría sido maravilloso.

—Por favor...

—Quizá, incluso, demasiado maravilloso. Te voy a echar de menos, Virginia.

—¡Bah! En cuanto vuelvas a grabar, a ser número uno, y a salir de gira...

—He aprendido demasiado para olvidarlo.

—Confío que esta vez te tomes las cosas con más tranquilidad. Las drogas...

—Se terminaron, te lo juro.

—El tiempo nos devora, pero, de la misma forma, siempre se está a tiempo de volver.

—¿Eso va por mí o por ti?

—Por los dos.

—Entonces, ¿tú...?

Virginia miró hacia la ventana. Gary leyó en sus ojos una decisión total.

—Esta mañana, cuando te he visto tendido en el suelo y he creído que estabas muerto, o a punto de morir, he comprendido que ese tiempo es muy valioso, hoy y mañana, en cualquier momento, tanto si se tienen diecisiete años, veintisiete o... setenta. De pronto lo he visto todo muy claro, absolutamente todo.

—Así que irás a Wimbledon.

—¿Ves? Ésa es sólo la parte final, aunque parezca la más inmediata. Antes tengo mucho que hacer.

—No te entiendo.

—Piensa en tu canción, en ese fragmento que dice: Eres el misterio insondable, la respuesta del viento, polvo de *estrellas*.

—Eres Virginia, la voz del arco iris —concluyó Cary.

Ella se inclinó, le besó en los labios con dulce intensidad. Al separarse, el cantante no ocultó su perplejidad, ni tampoco el aire de paz que le inundaba interiormente.

—He de irme —dijo ella.

—Te veré en televisión.

—Haz que *Virginia* sea número uno, ¿de acuerdo?

Gary asintió con la cabeza.

No hizo falta decir más.

Juego al servicio (5-3)

Dejaron el Porsche en el aparcamiento del hospital para que Gary lo utilizara al volver y tomaron un taxi que los llevó de regreso al pueblo. A lo largo del trayecto apenas si intercambiaron media docena de palabras.

El aire decidido de Virginia hizo que Eladio respetara su silencio.

Allá por donde pasaban, el estallido de petardos y cohetes anunciaba que aquélla era noche de verbena.

La noche que adentraba de lleno a la primavera en el recién nacido solsticio de verano.

Tiempo de alegría.

Noveno juego

0-15

Dejó a Eladio en su lugar de trabajo. Al despedirse, ella le dijo: —Te veré luego, antes de irme.

—¿No podrías quedarte esta noche?

—Lo intentaré —le prometió—. Nada me gustaría tanto.

El taxi tomado en Figueras la llevó hasta la casa de su abuela. Al meterse en la calle, exactamente igual que el día en que apareció su padre, vio el coche de su madre frente a la entrada de la verja.

No lo esperaba, o quizá esperase otra cosa.

—Pare aquí —dijo al taxista.

Se alegró de llevar el dinero suficiente para abonar el viaje. Entrar a buscarlo habría sido embarazoso, especialmente por el necesario *impasse* producido entre el momento de enfrentarse a quien hubiera en la casa y el regreso. El taxista le deseó buenos días. Nada en él delató un posible reconocimiento. Luego, el vehículo realizó la maniobra oportuna para retroceder y alcanzar la salida del pueblo.

Virginia comenzó a caminar en dirección a la casa.

No estaba nerviosa.

Sólo experimentaba una vaga sensación de responsabilidad.

Debieron de verla desde el interior, cuando avanzaba por la parte frontal del jardín. Había cubierto un poco más de la mitad del trayecto cuando por la puerta de la casa aparecieron su abuela y su madre.

—Hija... —dijo Miriam Moré.

Corrieron la una hacia la otra y se abrazaron fuertemente. Carmen Sala, a cierta distancia, serenamente tranquila, sonrió con orgullo. Sus ojos no pudieron disimular la emoción.

—¡Mamá! —exclamó Virginia—. Te he echado de menos.

—Esta mañana, al ver ese periódico...

—Lo sé, lo sé, ¿y papá?

—No está aquí —dijo su madre—. Le he pedido que me dejara venir sola, para hablar contigo sin presiones. Está de acuerdo..., como lo está ya de tu decisión, sea cual sea. Has ganado, cariño.

¿Era una victoria?

Lo ignoraba, pero, en todo caso, miró fijamente a su madre, sin acabar de creérselo del todo.

Después, las dos volvieron a abrazarse.

15-15

—¿Así que has decidido jugar en Wimbledon?

—Sí, mamá.

Su madre se dejó caer en la butaca. Pareció no entenderlo demasiado. Sus ojos fueron de su hija a su madre y luego de nuevo a su hija.

Carmen Sala, siempre sonriente, ocupó la otra butaca.

—¿Cómo...?

—Es largo de contar —dijo Virginia, de pie, interrumpiendo la perplejidad de Miriam Moré.

—¿Vas a llamar a tu padre?

—Antes he de hacer algo, además de una llamada.

—No entiendo.

—Te lo contaré de regreso a Barcelona, si es que puedo, porque no es fácil.

Miriam volvió a mirar a su madre.

—¿Qué ha pasado aquí estos días? —quiso saber.

—Bueno, pocas cosas —manifestó con naturalidad la abuela de Virginia, y dirigiéndose a su nieta preguntó—: ¿Verdad, querida?

—Es cierto. He entrenado con Eladio, he visto a Gary, he charlado con Ernesto sobre mi futuro, nada más.

—¿Quiénes son éstos? —su madre se mostró perpleja.

—Digamos que son el norte, el este y el sur de la cuestión.

—¡No entiendo nada! Virginia y su abuela lanzaron una carcajada. Todavía reían, viendo el desconcierto de Miriam, cuando Virginia se sentó en las rodillas de la mayor de las mujeres.

—Abuela —dijo—, he de hablar contigo seriamente, ¿de acuerdo?

—Sí, claro —ahora le tocó el turno a Carmen. Parpadeó sorprendida.

—Es sobre Eladio —avanzó Virginia.

—Ya.

—No digas ya, porque ignoras de qué va la película.

—Bueno... Es que esta mañana he hablado con ese amigo mío, el capitán general. Pensaba que...

—¿Lo has hecho? ¿Lo has hecho de verdad, abuela? —los ojos de Virginia brillaban.

—Sí, me pareció que era justo, y como mi amigo es muy comprensivo...

Entonces, ¿tendrá una mili cómoda, podrá entrenar y...?

—A lo mejor ni siquiera tiene que ir —dejó escapar ella.

—¡Abuela! —la abrazó inesperadamente, casi ahogándola. Se apartó de nuevo, para apuntarla con un dedo y continuar—: Hay algo más, algo muy importante y secreto.

—¿Qué es?

—Vas a inventarte una beca de ayuda deportiva; móntatelo como quieras. Puedes decir que es debido a tus contactos con la federación de tenis o que te has interesado en el tema y has dado con ello. No me importa cómo lo hagas, pero vas a hacerle creer a Eladio que le has conseguido una beca. No importa el dinero; yo te lo enviaré. Lo que quiero es que entrene, compita y tenga su oportunidad. Sé que él no aceptaría nunca una ayuda directa, pero sí algo como esto. No puede fallar.

—Utilizas bien la cabeza —señaló su abuela.

—Eladio nunca puede llegar a descubrir la verdad, ¿conforme? Es necesario, por él mismo, que crea siempre que lo logró con su esfuerzo y su valía personal.

—Estoy de acuerdo.

—Júramelo, abuela.

—Pero...

—Eres una sentimental, así que vas a jurármelo —insistió Virginia.

—Te lo juro —aceptó Carmen rindiéndose.

—Por el abuelo.

—Por el abuelo.

Virginia respiró aliviada.

Y cuando volvió a abrazar a su abuela, las dos escucharon a Miriam Moré, preguntando en un tono absolutamente alucinado: —Pero ¿qué está pasando aquí? ¿Se puede saber de qué demonios estáis hablando?

15-30

Al otro lado del hilo telefónico, la voz, en inglés, le dijo: —No está. Tardará alrededor de una hora. ¿Quién le llama, por favor?

Estuvo tentada de colgar, pero optó por no hacerlo. Aquélla era la llamada más importante de su vida, además de la que tenía que hacer a su padre.

—Virginia Paz —informó—. Telefono desde España. ¿Podrá decirle, cuando llegue, que volveré a llamar dentro de una hora?

—Muy bien, señorita Paz.

—Gracias —se despidió.

Colgó el auricular y no se movió de donde estaba. Una hora más. Su abuela y su madre paseaban por el jardín hablando, probablemente de ella. Era curioso, no recordaba ningún momento como aquél.

Las tres juntas.

Tres generaciones del tenis y una misma dinastía juntas y solas, compartiendo un espacio común entrañable.

Tan cálido como sus sentimientos.

La noche anterior estuvo a punto de quemar su álbum de recortes, destruirlo para que nunca pudiera hacerle sentirse nostálgica, el cáncer de los recuerdos cuando en ellos no hay vida, sino dolor. Por alguna extraña razón no lo hizo, y ahora se alegraba profundamente. Supo frenar su instinto. Aquel álbum era parte de sí misma y, desde luego, no era ni bueno ni malo. La historia, su historia, seguiría siendo igual con o sin él. Conservarlo sería, simplemente, saber que todo fue real, y que en un momento dado... ella había ganado.

Ganar el derecho a seguir.

—En el futuro no dejaré que las cosas me ahoguen —se dijo en voz alta—. Solventaré los problemas cuando se produzcan, no antes de aparecer ni después de haberlo hecho. Lo haré en el momento adecuado. Lo prometo.

Quería ver a Víctor, pero necesitaba aquella noche para ella.

Se la había ganado a pulso.

30-30

Eladio apareció, en silencio, en la puerta de la sala.

—Hola, ¿puedo pasar? Si estás haciendo algo...

—No, pasa —le invitó—. Tengo que esperar casi una hora para hacer una llamada.

—Tu abuela está fuera y he conocido a tu madre.

—¿Qué tal?

—Bien —sonrió él con despreocupación.

—Vamos, siéntate, no te quedes ahí de pie.

—No puedo. Ya he perdido la mañana, y aunque no suele trabajarse en una tarde como ésta, cuando todo el mundo prepara la

verbena, he de volver para acabar unas cosas. Sólo quería saber si vas a quedarte esta noche o...

—Aún no lo sé. He de hablar con alguien.

—¿Es la llamada que esperas?

—No, ésa es otra.

No quería ser misteriosa, pero lo fue. Eladio no profundizó más.

—Bien, en tal caso... me voy —dijo—. Estaré en la droguería, y si para cuando termine no te has ido, volveré para despedirme.

—Escucha —le detuvo ella—. Por si después no hay ocasión, o no estamos solos, o... Bueno, por cualquier cosa que pase, quiero que sepas que te agradezco lo que has hecho por mí.

—¿Yo? Yo no he hecho nada.

—Me forzaste al máximo, ¿te parece poco? Sin ti no habría entrenado como es debido. Pase lo que pase, llegue hasta donde llegue en Wimbledon, lo habré logrado gracias a ti.

—Bueno, en lo de haberte obligado, sí —reconoció él haciendo un fingido gesto de satisfacción—. Estabas muy tonta al principio.

—Tampoco era para tanto —se defendió Virginia.

—Confundida, ¿recuerdas?

—Tú tampoco estuviste lo que se dice fino y galante.

—Lo acepto, me pasé. Pero lo arreglamos, ¿no?

—El día que ganes tu primer campeonato de España y comiences a despegar, no te olvides de mí.

—Quizás podamos formar un doble mixto en el circuito. Virginia arqueó una ceja.

—Puedes apostar por ello —afirmó. Caminaron juntos en dirección a la puerta, pero no la traspusieron. Su abuela y su madre seguían en el jardín.

Virginia se detuvo y le miró con afecto.

—Has hecho algo más por mí que entrenarme —dijo.

—¿De verdad?

—Has sido el primer amigo que he tenido, y el único.

—¿Y Gary?

—Gary es diferente —aclaró ella—. Es el sueño del pasado, un aviso para el futuro, un momento importante en el presente, pero no la clase de amigo que yo necesitaba.

—¿Y ese chico, Víctor? —tanteó Eladio.

—Tú mismo lo dijiste, ¿recuerdas? Siendo amigos no hay por qué renunciar a nada. Él y yo estamos enamorados, y es posible que, con el tiempo, partiendo de ese sentimiento, también seamos amigos. Pero tampoco es lo mismo, o al menos no lo es ahora. El amor es una cosa y la amistad es otra, y se necesitan ambas, aunque yo necesitase más lo segundo, porque el amor llega cuando llega, pero la amistad es un pequeño pan de cada día. Te alimenta y te da fuerzas.

—Eres extraña —suspiró él.

Vio en sus ojos algo más que amistad, pero supo que era fuerte. Era la clase de chico capaz de querer y callar, aceptar el imposible, dominarlo y, de esta forma, convertirlo en la mejor de las fuerzas, la naturalidad. Un amor absurdo y a contratiempo representaba siempre el fin. Una amistad podía ser eterna.

—Sólo las cosas son extrañas, especialmente cuando no las comprendemos y nos desbordan —dijo Virginia.

Eladio la besó en la frente.

—¡Mujeres! —exclamó.

Traspuso el umbral, y en ese instante Virginia le dijo: —Si me quedo esta noche, entrenamos, ¿de acuerdo? No creas que por ser verbena vamos a descansar, ¿eh?

40-30

Al otro lado del Atlántico, a más de ocho mil kilómetros de distancia, donde eran las diez de la mañana y el día estaba aún recién estrenado, la voz en inglés de la secretaria le anunció: —Sí, ha llegado ya, señorita Paz. Un momento, por favor.

Cruzó los dedos índice y medio de su mano derecha, símbolo característico del deseo de la mejor suerte, y esperó. Sólo unos segundos. Jonathan Airey se puso al aparato y empezó a hablar en correcto castellano: —¿Virginia? —preguntó—. ¿Virginia Paz?

—La misma, señor Airey. Llamo desde España. Siento...

—Es una gran alegría. ¿Puedo felicitarte por lo de Roland Garros, aunque sea un poco tarde?

—Una felicitación de su parte siempre viene bien, sea cuando sea.

—Por favor, no me llames de usted. Hace que me sienta mayor.

—Está bien, Jonathan —agradeció.

—Los amigos aún hacen más: me llaman Jonty.

Ella rió. Su último miedo desaparecía borrado por el tono natural y franco de aquella voz.

—Jonty —comenzó a decir—, he pasado unos días muy... No sé cómo llamarlos. Malos es poco. Digamos desconcertada.

—He oído hablar de ello.

—Vi la entrevista que te hicieron y en la cual opinaste acerca de mi entorno profesional.

—No quería inmiscuirme, de verdad, aunque contesté honestamente y...

—Estoy de acuerdo contigo —intercaló Virginia.

El entrenador dejó transcurrir unos segundos.

—Entiendo —manifestó lleno de tacto.

—Me gustaría tenerte a mi lado, como entrenador —dijo ella.

—¿Y Nauber?

—No lo quiero, y tampoco quiero a Alce. Podrías designar tú al preparador que estimaras oportuno.

—En caso de que yo no pudiera aceptar, ¿qué harías?

—Desde luego, prescindir de ellos igualmente, mañana, antes de Wimbledon.

—Es lo que quería oír —suspiró Jonathan Airey.

Virginia notó el aumento de su ritmo cardíaco.

—Como ves, te necesito —tanteó.

—Sé también que tu padre se inmiscuye por completo en tu carrera. Yo necesito libertad.

—Eso también se terminó, te lo garantizo —afirmó ella.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Las que quieras.

—¿Cuál es tu idea acerca del tenis, de ti misma, del futuro?

—En primer lugar, amo el tenis mucho, muchísimo, pero también amo otras cosas. Quiero vivir, y que el tenis me haga disfrutar y me ayude, y estoy dispuesta a ayudarlo yo también, aprendiendo, tratando de mejorar. Me... me es difícil explicarlo con palabras. No quiero forzar nada, quiero que las cosas sucedan cuando tengan que suceder, y asimilarlas debidamente, éxitos y fracasos. Tampoco quiero ser una máquina, sino una persona que haga aquello que más sabe y le gusta de la mejor forma posible. En la entrevista, tú dijiste que querías...

—No importa lo que yo quiera, Virginia —dijo Jonathan Airey—. Importa lo que desees tú. No pensaba volver a entrenar profesionalmente; sin embargo...

—¿Qué?

—Bueno, yo también soy un enamorado del tenis. Me temo que moriré con las botas puestas, tal vez de un infarto al pie de una pista en la final de Forest Hill o en cualquier fase previa.

—¿Eso significa que... aceptas?

—Será un placer, te lo digo muy sinceramente.

Su corazón estuvo a punto de estallar.

—¡Bien! —se atrevió a gritar.

—¡Vaya! —dijo el entrenador—. Éste es un hermoso día. Aquí luce el sol, ¿y ahí?

—¡También! Esto es España, ¿recuerdas? Gracias, Jonty, gracias.

—Soy yo quien debiera darte las gracias por esta oportunidad, Virginia.

—Siempre deseé esto. Nunca imaginé que pudiera llegar a ser verdad.

—¿Irás a Wimbledon?
—¡Por supuesto! —volvió a gritar ella.
—Entonces nos veremos allí.
—Tendrás trabajo, te lo advierto.
—¿Creías que iba a ser fácil? —bromeó él.
—Buenos días, entrenador —se despidió Virginia.
—Buenas tardes, campeona —la secundó Jonathan Airey.

40-40

Fue muy distinto de la otra vez.

Ahora se sentía relajada, dueña de sí misma, por fin.

—¿Papá?

—¡Virginia, cariño!

—Pensaba llamarte de todas formas, aunque mamá no hubiese venido o lo hubieses hecho tú.

—Llevo todo el día esperando, pegado al teléfono. ¿Te ha dicho tu madre que...?

—Espera, papá, por favor. Ante todo, quiero que sepas algo.

—¿Qué es?

—Que te quiero.

—Eso ya lo sé, hija, aunque siempre es bueno oírlo.

—Y mejor decirlo. Creo que las personas dan muchas cosas por entendidas y callan. Lo malo es que lo primero que callan son los sentimientos.

—Estos días he hablado mucho con tu madre, y hemos discutido. Supongo que estaba equivocado con respecto a ti.

—Todos cometemos errores. Tú creías que gritándome o empujándome para que llegara a ser la número uno, lo sería de verdad, o llegaría antes, y yo pienso que ésa no es la cuestión.

—Lo único que en verdad deseo es que seas feliz.

—Lo soy ahora que tengo las cosas claras, y espero serlo en el futuro contando con el apoyo de las personas que me interesan.

Al otro lado del hilo telefónico se escuchó un prolongado suspiro.

—¡Dios mío! —musitó Claudio Paz—. ¡Has crecido tanto, y en tan poco tiempo! Es difícil verte como una mujer, y lo eres, lo eres de verdad, incluso.

—Pensaba llamarte de todas formas, aunque mamá no hubiese venido o lo hubieses hecho tú.

—Llevo todo el día esperando, pegado al teléfono. ¿Te ha dicho tu madre que...?

—Espera, papá, por favor. Ante todo, quiero que sepas algo.

—¿Qué es?

—Que te quiero.

—Eso ya lo sé, hija, aunque siempre es bueno oírlo.

—Y mejor decirlo. Creo que las personas dan muchas cosas por entendidas y callan. Lo malo es que lo primero que callan son los sentimientos.

—Estos días he hablado mucho con tu madre, y hemos discutido. Supongo que estaba equivocado con respecto a ti.

—Todos cometemos errores. Tú creías que gritándome o empujándome para que llegara a ser la número uno, lo sería de verdad, o llegaría antes, y yo pienso que ésa no es la cuestión.

—Lo único que en verdad deseo es que seas feliz.

—Lo soy ahora que tengo las cosas claras, y espero serlo en el futuro contando con el apoyo de las personas que me interesan.

Al otro lado del hilo telefónico se escuchó un prolongado suspiro.

—¡Dios mío! —musitó Claudio Paz—. ¡Has crecido tanto, y en tan poco tiempo! Es difícil verte como una mujer, y lo eres, lo eres de verdad, incluso en el carácter.

—¿Recuerdas lo primero que me dijiste del tenis?

—He dicho demasiadas cosas en estos años, y no todas inteligentes —reconoció el hombre.

—Ésa fue muy inteligente. Se me quedó grabada en la cabeza. Dijiste que era una escuela para aprender a vivir.

—Celebro que lo hayas hecho, aunque yo casi lo haya olvidado.

—Papá, escucha —dijo Virginia—. Lo único que quiero es sentir respeto por mí misma, y amar lo que hago.

—¿Qué has decidido con relación a ti, al tenis, a todo?

—Quiero planificar yo cada temporada junto a mi entrenador, tener voz y voto, elegir los torneos y racionalizar mi tiempo en función a mí, no a ellos. Necesito tiempo para mí misma, para escribir, que es mi otra gran pasión, y estudiar. Prefiero ser la número dos en el *ranking*, feliz, que la número uno amargada. Y estoy convencida de que si soy feliz... podré ser la número uno a pesar de todo, y aceptarlo sin tensiones, sin miedos.

—Nauber y Alce no querrán...

—No los quiero a mi lado, papá —le detuvo ella.

—Pero la próxima semana comienza Wimbledon —objetó él.

—No es más que un torneo, importante, sí, del *Grand Slam*, pero no voy a ir a jugar como si fuese la reválida de Roland Garros o el cara o cruz de mi carrera. Mañana los llamaremos y les diremos que se acabó.

—¿Quién va a entrenarte?

—Jonathan Airey.

—¿Qué? —el tono de su padre era de sorpresa.

—El otro día vi una entrevista que le hicieron. Siempre soñé con ser entrenada por él, y al oírle hablar de mí como lo hizo... Bueno. Pensé: «¿Por qué no?». Le he llamado y ha aceptado. Estará en Wimbledon junto a mí, para comenzar a trabajar.

—¡Jonathan Airey! —repitió Claudio Paz.

Ventaja al resto, match-ball

—Papá, quiero pedirte algo.

Él aún no se había repuesto de su sorpresa.

—Virginia, me has dejado...

—Papá, ¿por qué no vienes aquí esta noche?

—¿Qué?

—Es la verbena de San Juan. La abuela va a preparar una cena maravillosa y habrá baile en el pueblo, fuegos artificiales. Podrías estar aquí en un par de horas. Nos olvidaríamos de todo; por lo menos, hasta mañana por la mañana.

—Había olvidado... —dejó caer él—. Bueno, en realidad casi he olvidado lo que es una verbena, lo bien que lo pasaba antes. El comienzo del verano.

—Si quieres, regresamos mamá y yo, pero sería estupendo que pudieras... Imagino que Quique ya tendrá sus propios planes. ¡Vamos, ánimo! Tengo aquí muy buenos amigos, y conocerías a Ernesto.

—¿Ernesto? ¿Quién es Ernesto?

Virginia sonrió misteriosamente.

—¡Oh, pues... un joven que está muy enamorado, inteligente y de muy buen ver! —bromeó.

—¿Enamorado... de ti? —Claudio Paz seguía siendo cauto.

—¿Vendrás, papá?

Esta vez la respuesta no se hizo esperar.

—¡Naturalmente que voy a ir! —manifestó—. No me perdería esa cena, ni ese baile, ni esa verbena por nada del mundo. Y habrá que echarle un ojo a ese tal Ernesto.

—Entonces, hablaremos luego —dijo ella—. Sal inmediatamente, no pierdas un minuto; las carreteras se congestionan en noche de verbena, y es peor a medida que avanza la noche. ¡Hasta ahora!

—¡Virginia, espera un min...!

Ya había colgado.

Juego al resto (6-3 en el tercer set; 0-6, 6-1 y 6-3 en el partido) Al entrar en su habitación se encontró con una sorpresa inesperada.

Sus maletas estaban hechas.

No había vuelto a subir a ella desde la mañana, cuando salió de casa para ver a Gary. Su abuela aún dormía. Recordó, de pronto,

sus palabras, repetidas un par de veces a lo largo de aquellos días, en torno a su decisión final.

Sí, su abuela siempre supo que iba a jugar en Wimbledon, que volvería a tiempo, que no se rendiría.

Salió de la habitación y la buscó. La encontró en la cocina y se alegró de pillarla sola.

—¿Y mamá? —preguntó al entrar.

—Tiene un ataque de nostalgia. Sigue en el jardín, paseando sola.

—He estado en mi habitación.

—¿Ah, sí?

—He visto las maletas, mi equipaje hecho —la abuela la miró con aire de complicidad—. Te has precipitado al hacerlas —dijo Virginia.

El gesto de complicidad desapareció y dio paso a la extrañeza.

—Creía que...

Su nieta lanzó una carcajada.

—Nos quedamos esta noche —le informó—, y ya puedes poner un plato más en la mesa. Viene papá.

—Entonces...

—¡Es noche de verbena! —gritó ella, feliz.

—Bueno, pues si vamos a ser tantos, ya no importará uno más. ¿Por qué no invitas a Eladio?

—¡Eh, no me devuelvas la pelota! —protestó Virginia—. Yo hice de casamentera contigo porque estabas libre. Sigue habiendo alguien llamado Víctor esperándome.

—Pero Eladio es tu amigo, ¿no?

Amigo.

La mejor de las palabras.

—Sí, lo es —reconoció—. Mi mejor amigo.

—Ésta puede ser una gran noche —reflexionó Carmen.

—Papá y mamá, Ernesto y tú, Eladio y yo. ¡Suenan a película! Espero que Gary no se aburra mucho en el hospital.

—Anda, vete, que la cena se ha complicado y he de ponerme a trabajar inmediatamente.

Virginia estuvo a punto de irse. De pronto recordó algo, algo que había olvidado por completo.

Miró a su abuela con una mirada interrogante.

—¿Por qué puede ser una gran noche? —preguntó.

—Pues... —Carmen vaciló. Sonreía con misterio—. Por nada. Pero dicen que la noche de San Juan es una noche mágica.

Virginia se apoyó en la jamba de la puerta de la cocina.

—Abuela —dijo despacio—, ¿recuerdas que me dijiste que tú y yo éramos iguales?

—Sí.

—Anoche te vi muy cariñosa con... Ernesto.

Carmen se sobresaltó.

—¡Vaya! —gritó—. ¿Haces horas extras de espía?

—Fue algo completamente fortuito. Yo entraba en casa, había una luz... y como, por lo visto, habéis olvidado la discreción...

—¡Pues menuda sorpresa! —volvió a exclamar Carmen.

—Bueno, yo la tuve anoche. A los demás puedes dársela durante la cena.

Su abuela avanzó hacia ella. Sonreía de nuevo con ternura. Puso una mano en su mejilla.

—¿Crees que lo entenderán? —quiso saber.

Virginia la abrazó.

—Claro que sí, abuela, claro que sí. Es lo más fantástico que haya podido suceder estos días.

—¡Y culpa tuya, estoy casi segura! —protestó Carmen—. ¡A mis sesenta y siete años!

Virginia continuó abrazándola con fuerza. Era curioso. Hasta los números formaban un juego cabalístico. Ella tenía 17 años, Gary 27, su madre 37 y la abuela 67.

—¿Cuándo será la boda?

—En cuanto mi nieta favorita tenga un hueco en su apretado programa tenístico. Ella es la madrina, ¿hace falta decirlo?

—¡Bien! —lanzó un grito.

Su abuela se separó de su lado.

—¿Y ahora vas a dejarme trabajar en paz para que la cena esté a la altura de la noche? —protestó fingiendo un enfado que estaba lejos de sentir.

Virginia echó a correr.

En realidad, no quería que su abuela la viese llorar.

Aquél había sido el día más grande de toda su vida, y aún quedaba la noche, toda la noche.

Recordó a Escarlata O'Hara en la última escena de *Lo que el viento se llevó*.

—Mañana... será otro día —exclamó.

Epílogo

Primer servicio

Sobre la imagen estática de la pista de tenis, verde y hermosa, con los graderíos llenos a rebosar de un público ávido y expectante, la voz en *off* del locutor comenzó a hablar:

—Bienvenidos, señoras y señores telespectadores, a esta primera retransmisión que desde las pistas del All England Club Tenis de Londres vamos a efectuar, en directo, para toda España. Primera retransmisión y primer partido de la revelación del pasado torneo de Roland Garros, y gran sorpresa de este torneo de Wimbledon, Virginia Paz. Sorpresa, en efecto, porque después de la incertidumbre que rodeó a su desaparición, Virginia no sólo está aquí, radiante y feliz, como siempre, sino que ayer mismo, en una rueda de prensa celebrada a su llegada, conmocionó al mundo tenístico anunciando su cambio de entrenador y haciendo unas revelaciones que hoy han sido noticia en todos los medios informativos; y no sólo en lo deportivo, sino en primera página, porque han sido las manifestaciones de una mujer joven que ha querido formular una declaración de principios importantísima, para sí misma y para el mundo del tenis en general. Esta mañana, varias jugadoras más se han adherido a lo dicho ayer por Virginia, asegurando que la presión, la competitividad, el sobreesfuerzo que se exige a las más jóvenes, o la crueldad de pretender retirar

anticipadamente a las que se aproximan a los treinta años, son lacras que están cambiando el tenis, y transformando a quienes compiten en él en máquinas perfectas sin tener en cuenta al ser humano y sus sentimientos.

La cámara enfocó a Virginia Paz.

Tras el peloteo de calentamiento, se preparaba ya para iniciar el partido.

Una segunda cámara enfocó, tras ella, en el graderío, a Jonathan Airey.

La primera cámara volvió a Virginia, se aproximó, pareció querer atravesarla y se congeló en sus ojos decididos y en su sonrisa firme y relajada.

El locutor continuaba hablando, prolongando los instantes finales del calentamiento, antes de que la primera pelota rodara sobre la pista de hierba.

—Virginia, que ayer manifestó su deseo de ser escritora el día de mañana, afirmó que se sentía orgullosa de haber ganado Roland Garros, pero que por encima de todo se sentía feliz jugando. Dijo también que lo importante era vivir, creer en algo, tener ilusión y estar de acuerdo siempre con uno mismo. Según ella, sólo sabiendo perder se sabe ganar, y especificó que, por suerte, había conocido ya las dos sensaciones. En algunos momentos de su rueda de prensa dedicó emocionadas palabras al recuerdo de jugadoras como Tracy Austin, prematuramente malogradas para el tenis, y comentó que su cambio de entrenador se debía, precisamente, a esa circunstancia.

La cámara enfocó ahora a su rival. Estaba seria, muy seria, concentrada y, al mismo tiempo, tensa. También en este caso se aproximó a su rostro para captar hasta el más mínimo detalle de su expresión. Los ojos, duros, apenas si constituían dos trozos de carbón frío. La línea de los labios era hermética. El objetivo de la cámara recorrió su cuerpo hasta detenerse en la mano que empuñaba la raqueta.

—Atención, el partido va a empezar. Virginia Paz, una de las grandes favoritas y cabeza de serie número...

Las dos jugadoras se dirigieron a sus respectivos lugares. Las pantallas se multiplicaron ahora por dos, para captar al mismo tiempo los gestos y los movimientos de las dos contendientes.

—Virginia Paz, tranquila, muy tranquila...

La otra jugadora hizo girar la raqueta entre sus manos. Se colocó en el ángulo derecho de su campo y miró a los graderíos, en los que, poco a poco, se hacía ya el silencio. En sus ojos brilló un desafío. En los de Virginia reinaba, únicamente, una firme decisión.

El sol lucía sobre Londres.

—Virginia Paz al servicio —dijo el locutor en voz más baja—. La jugadora española no ha dejado de sonreír en ningún momento. Atención...

Virginia cogió las dos primeras bolas del partido. Guardó una en el bolsillo de su falda y con la otra en la mano miró al otro lado del campo. Hizo un gesto con la raqueta. Su contrincante la correspondió, indicando que estaba dispuesta. Brincaba y se movía sobre sus pies a derecha e izquierda, nerviosa. La raqueta continuaba girando entre sus manos.

Virginia botó la pelota, una, dos, tres veces. Luego, la echó hacia arriba, a un metro largo por encima de su cabeza. La cámara siguió este movimiento y el de su otra mano trazando el potente arco del que iba a ser su primer golpe.

—Allá va —dijo el locutor—. ¡Primer servicio!

Vallirana, septiembre de 1989

Gracias a todas las personas reales, cuyos nombres aparecen en este libro, por permitirme el atrevimiento de usarlo.

Gracias a cuantos pronunciaron frases o escribieron artículos citados en esta obra, y a los medios informativos que los publicaron, por su reproducción.

Y gracias a mi voz secreta, mi conciencia literaria y amigo, que me dijo: «Preséntate».

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital)